El hilo que todo lo cose



Viri Vallera

EL HILO QUE TODO LO COSE

Viri Vallera

Derechos de autor © 2024 Viri Vallera

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo

Capítulo 1

Aixa es una experimentada piloto de avión comercial. A sus treinta y cinco años, cuenta con una amplia trayectoria y, sobre todo, es joven. Es conocida por su calma bajo presión y su habilidad para manejar situaciones difíciles.

Mientras sobrevuela de regreso a la ciudad tras un vuelo internacional, Aixa mantiene una conversación con su copiloto para asegurarse de que todo esté en orden. A mitad del trayecto, sobre el océano Atlántico, comienza a sentirse mal. Al principio, lo atribuye a una simple fatiga, pero los síntomas empeoran rápidamente.

Se le nubla la vista y siente un intenso dolor en el brazo derecho, pero se aferra con todas sus fuerzas a la palanca del avión. Aixa está sufriendo un ataque al corazón en pleno vuelo. Aunque intenta mantener el control, su copiloto intenta ayudarla. En medio de esto, el avión entra en una turbulencia peligrosa y los pasajeros comienzan a entrar en pánico.

A pesar de sus esfuerzos por mantenerse alerta, Aixa pierde la consciencia y su copiloto asume el mando. Decide llamar a la torre de control para pedir ayuda y también solicita a los auxiliares de vuelo que le proporcionen primeros auxilios a Aixa.

Mientras tanto, el copiloto explica a los pasajeros lo que está sucediendo. Cuando Eir escucha lo que ocurre, no duda en levantarse de su asiento de primera clase y correr a ayudar a la piloto. Encuentra a los auxiliares dándole los primeros auxilios, pero Eir sabe que eso no será suficiente para mantenerla con vida.

—Soy doctora, me gustaría ayudar —dijo Eir al acercarse, después de que le permitieran el paso.

Eir miró a la piloto; jamás había visto a una mujer al mando, ya que la mayoría eran hombres. Le alegró gratamente ver a su congénere, aunque sabía que ese día podría ser su última vez pilotando un avión. Al darse cuenta de que el RCP no estaba funcionando, pidió el desfibrilador y oxígeno, pues la piloto no se veía bien.

Eir observó la pantalla del desfibrilador, que indicaba la necesidad de administrar una descarga. Después de una segunda y una tercera descarga, logró estabilizar a la piloto. Sin embargo, era crucial hacer una parada en el aeropuerto más cercano, si aún no estaban cerca de su destino.

—Tiene que recibir ayuda pronto —dijo Eir—. ¿En dónde estamos?

—Estamos a diez minutos de llegar —respondió una azafata que se acercó en ese momento—. Ya han solicitado una ambulancia para que la esperen.

—Es lo mejor. Me gustaría hacer más por ella, pero dadas las circunstancias, me es imposible.

—No se preocupe, muchas gracias por su ayuda.

Eir no volvió a su asiento; prefirió quedarse con la piloto y el personal de primeros

auxilios, ya que temía que Aixa sufriera un nuevo ataque. Afortunadamente, la piloto aguantó hasta llegar, y la ambulancia ya la esperaba, junto con algunos reporteros que tomaban fotos y hacían preguntas a quienes mostraban interés en aparecer en los chismes del día siguiente.

Eir optó por no mostrarse demasiado y trató de permanecer discreta. Sin embargo, fue ella quien informó a los paramédicos sobre la condición de la piloto. Luego, respondió brevemente a sus preguntas antes de retirarse sin decir más. Deseaba llegar a casa y descansar, pero lo que más le hubiera gustado era que Cadence, su pareja, hubiera ido por ella.

∞∞∞

Aixa abrió los ojos, sin saber dónde estaba. Lo primero que sintió fue una molestia y dolor en el pecho, el brazo izquierdo y parte de la mandíbula. Además, se sentía fatigada y débil, con dificultad para respirar, náuseas y mareos, mientras comenzaba a sudar.

—Tranquila, Aixa. Todo está bien —dijo Liu, cuya voz sonó distante. Aixa no lograba comprender lo que estaba sucediendo. —Aixa, cálmate —agregó, sujetándola de los hombros para obligarla a mirarla a los ojos.

—¿Liu? —articuló con dificultad.

—Sí, soy yo. Descansa y no te preocupes por nada, ¿de acuerdo?

Aixa asintió suavemente y volvió a cerrar los ojos; se sentía demasiado cansada para mantenerlos abiertos. Liu había estado esperando una llamada como esa desde hacía tiempo y se sintió aliviada de que su constante preocupación hubiera sido en vano. No obstante, ahora sí había ocurrido algo malo.

Meses atrás

Aixa llegó a casa tras un largo vuelo internacional, que realizaba de dos a cinco veces por semana. Por eso, pasaba la mayor parte del tiempo fuera, dejando a su compañera de vida sola. A veces, Aixa se sentía culpable por no poder compartir más tiempo con ella, pero cuando estaba en casa, dedicaba todo su tiempo y atención a la persona que tenía en su corazón.

Aixa amaba a Raina con los ojos cerrados, tanto que soportaba sus enojos, berrinches y desplantes, que a menudo hacía solo para hacerla sentir mal y conseguir que Aixa le concediera cualquier capricho o la llevara de compras. Si había algo en lo que Raina era experta, era en gastar dinero y pasarse el día en casa subiendo videos a las redes sociales, donde tenía muchos seguidores, en su mayoría hombres.

Lo curioso era que tenía dos perfiles y Aixa solo conocía el de ellas, en el que aparecían dándose un beso. Del segundo perfil, la piloto ni siquiera sabía de su existencia, y no tenía idea de que Raina chateaba a menudo con varios hombres que le coqueteaban, a quienes ella les correspondía.

Como Aixa era mayor por pocos años, permitía que Raina hiciera sus caprichos. Además, podía permitírselo y, sobre todo, la amaba y no podía negarle nada. Llevaban tres años como pareja y dos viviendo juntas, tiempo en el que Aixa creía que nada podría separarlas. Ni siquiera le importaba que su familia continuara sin hablarle después de que, a los veinticinco años, confesara que le gustaban las mujeres.

Como era de esperarse, sus padres pusieron el grito en el cielo y la echaron de casa meses después, al no lograr convencerla de que se casara con el hijo de unos amigos. Para entonces, Aixa comenzaba su carrera como piloto, realizando cortos viajes por el país, lo que le permitió ganar dinero y no le resultó complicado encontrar un lugar donde vivir. Con el paso de los años, logró comprar una casa y decorarla a su gusto.

Ahora, esa casa era el hogar que Aixa compartía con Raina, donde deseaba envejecer a su lado. Sin embargo, un día, al regresar de un vuelo, la encontró en medio de un mar de llanto, sentada en la cama de su habitación. Aixa corrió directamente hacia ella al verla, y Raina solo pudo mostrar una expresión de sorpresa y miedo al tenerla tan cerca.

—¿Qué pasa? —preguntó Aixa, mirando a Raina a los ojos, enrojecidos por el llanto.

Raina sabía que no podía ocultarlo. La prueba aún estaba en sus manos, apuñadas en su regazo, y Aixa aún no la había descubierto, pero solo era cuestión de tiempo antes de que viera la verdad.

—Estoy embarazada.

La noticia cayó sobre Aixa como un balde de agua fría. Se levantó en cuanto escuchó eso.

—Me engañaste con un hombre —manifestó Aixa, sin poder creerlo, mirándola con estupor y furia que hacía hervía su sangre, sintiendo que su corazón se hacía pedazos.

—Fue tu culpa — se defendió Raina —. Me dejas mucho tiempo sola y yo necesito compañía, alguien con quien pasarla bien.

— ¡Cállate! ¡Eres una descarada! ¡Una cínica! Te acostaste con un hombre por...

—Dilo, dilo y será la última vez que me volverás a ver.

—Eres una puta y lárgate de mi casa. No te quiero volver a ver.

Raina empacó sus cosas y se fue. A pesar de la traición, Aixa la extrañó, y Liu estuvo allí para consolarla. Pero una mañana, dos meses después de que Raina saliera de su vida, esta apareció pidiendo ayuda, suplicándole que la perdonara. Aseguró que había sido un error, que solo la había engañado una vez y que todos los humanos cometen errores, y que ella era humana. Le confesó que aún la amaba y quería regresar.

El discurso y las lágrimas de Raina fueron más que suficientes para convencer a Aixa, ablandando su roto corazón y llevándola a recibirla de nuevo en casa, con la promesa de que el bebé en camino sería de ambas. Aixa se creyó aquella profecía que Raina le vendió. A pesar de la traición, aún guardaba amor por Raina, así que decidió perdonarla y aceptar a su hijo como suyo también.

Y como era de esperarse, en cuanto Raina volvió, Aixa la llevó a la mejor ginecóloga para que llevara su embarazo. A pesar de su trabajo con largos vuelos y días fuera de casa, Aixa no se perdía ninguna cita. Generalmente, siempre agendaban las citas cuando Aixa calculaba que estaría en casa. Su amor por esa personita que no llevaba su sangre creció día a día. Por las noches en que estaba en casa, acariciaba el vientre abultado de Raina y le hablaba al pequeño. Para entonces, ya sabían que esperaban a un niño, y Aixa había preparado una habitación con motivos azules esperando la llegada de su hijo, porque ese pequeño sería suyo.

Sin embargo, el destino tiene planes distintos a los que uno ha pensado y decidido,

llevándonos por caminos inesperados y causando desilusiones. Así le ocurrió a Aixa, que tuvo que enfrentar el dolor y la desilusión nuevamente. Estaba por salir de regreso cuando Liu, su amiga de varios años, la llamó para informarle que Raina se encontraba en el hospital porque ya iba a dar a luz; el parto se había adelantado.

Y aunque Aixa quería estar presente en el momento del parto, sabía que no iba a poder llegar a tiempo. Sin embargo, estaba feliz de que, a su regreso, ya no sería una persona esperándola, sino que serían dos.

Cuando llegó al hospital que Liu le había indicado, Aixa se llevó la sorpresa de que Raina ya no estaba. Al preguntar en la recepción, le informaron que Raina se había ido hacía una hora, acompañada de un hombre de su misma edad, después de firmar el alta y pagar.

Eran las diez de la noche cuando Liu fue a recoger a Aixa al hospital y se encontró con su amiga completamente devastada, nuevamente engañada y estafada. Raina había vaciado la cuenta en la que Aixa mantenía la mitad de sus ahorros, traicionando una vez más la confianza que la piloto le había dado.

Liu escuchó a Aixa llorar y vio cómo, en incontables ocasiones, marcó el celular de Raina, que había apagado su teléfono o se había deshecho de ese número para hacerse con un chip nuevo. Raina, al igual que Aixa, era una mujer sin familia, o la que tenía la había desterrado por sus preferencias sexuales. Quizás por eso le daba lo mismo perder sus contactos y comenzar una vida nueva con otra persona.

—Nunca dejó de verlo —dijo Aixa, con la voz cargada de enojo ahora que había dejado de llorar—. Todo este tiempo me estuvo viendo la cara de estúpida y yo no me di cuenta.

Liu solo la escuchaba. Hubiera querido brindarle algún consuelo, pero se sentía la menos indicada para hacerlo, ya que su relación con Ebba no pasaba por su mejor momento. Esperaba que lo que estaban atravesando fuera pasajero y que pudieran superar los problemas como en otras ocasiones.

—Es mejor que vayas a casa. No te preocupes por mí. Raina no vale la pena, al menos no para que yo cometa una estupidez —le dijo Aixa—. Gracias por todo, no quiero que Ebba se enoje contigo.

—De acuerdo, aun así, estaré en contacto.

Cuando Aixa se quedó sola, entró a la habitación que había decorado para quien sería su hijo, uno que al final le habían arrancado sin siquiera haberlo tenido en brazos. Nuevamente, la rabia corrió por sus venas, le calentó la sangre y sintió el deseo de destrozar aquella habitación y todo lo que había en ella. Sin embargo, pensó que sería un desperdicio arruinar las cosas y el dinero que había gastado en esos objetos, así que decidió que lo mejor sería regalar todo lo que había allí.

Lo que sí se dio el lujo de hacer fue destrozar la ropa de Raina y luego salir al patio de su casa para prenderle fuego, viendo cómo todo lo suyo se convertía en cenizas. Desde esa noche, no volvió a derramar una lágrima más, pero, en el fondo, no dejaba de dolerle lo que Raina le había hecho. Sobre todo, le dolía que la hubiera engañado durante siete meses para que la ayudara a llegar al final de su embarazo, solo para irse con su amante, el cobarde que la dejó en sus manos, obligándola a hacerse cargo de una responsabilidad que no era suya, sino de él.

Desde ese día, Aixa no volvió a ser feliz. Se llenó de enojo y amargura, y se obligó a no llorar más por Raina, convencida de que era su castigo por haber sido tan tonta al perdonarla y creer en sus falsas lágrimas.

Aunque Aixa parecía una mujer fuerte y siempre seria, en el fondo era sensible y amante de las mujeres. Admiraba especialmente a aquellas que daban vida, y Raina lo sabía, siempre lo supo. Para Aixa, una mujer embarazada era sagrada; cuando las veía con sus hijos, las consideraba guerreras, mujeres fuertes que sacaban fuerzas de donde no podían para hacer que el mundo girara.

Sin embargo, el corazón de Aixa se oscureció y se entristeció, dejando que el dolor la carcomiera por dentro, mientras que por fuera continuaba mostrándose igual, aunque moría silenciosamente cada día. Se refugió en su trabajo, que era lo único que la mantenía con los pies en la tierra. Ser piloto de avión había sido su sueño desde niña, y ese anhelo de volar era lo que la mantenía de pie.

Capítulo 2

Eir estaba ansiosa por volver a casa después de una semana fuera para asistir al congreso de medicina de ese año. Regresó más enamorada de su profesión que nunca.

Eir estaba fascinada por lo que el corazón podía hacer por el cuerpo humano: una pequeña máquina compuesta de músculo y carne, capaz de hacer que todo en nuestro organismo funcionara como un reloj. Era un órgano fuerte, pero al mismo tiempo tan débil y romántico. Lo asociaba con lo romántico porque el corazón siempre ha sido el símbolo del amor para los enamorados, y Eir creía que muchas personas enfermaban del corazón por amor, como la piloto. A sus casi treinta y seis años, Eir sabía diferenciar una enfermedad congénita o degenerativa de una causada por decepciones amorosas. No todas las personas las sufrían, solo unas cuantas: aquellas sensibles y soñadoras que realmente creen en el sentimiento del amor.

Eir se encontraba justo en el medio, aunque más bien se consideraba fría y no tan entregada. Amaba más su trabajo y sabía que no sentía por Cadence la misma intensidad. Cadence era una hermosa pelirroja de cabello ondulado y ojos de gato, que calentaba su cama todas las noches desde hacía tres años. Sin embargo, últimamente Eir había notado que su pareja parecía menos apasionada e interesada. Casi podía estar segura de que, al regresar a casa después del trabajo, percibía el ligero aroma de un perfume que no era el suyo ni el de Cadence.

Al llegar a la puerta del apartamento que compartían, suspiró aliviada al encontrarse en casa. Planeaba pedirle a Cadence que le diera un masaje, ese que su pareja sabía hacer tan bien y que le relajaba todos los músculos de la espalda.

Al entrar y llegar a la primera estancia, Eir se encontró con un bolso que no pertenecía a ninguna de sus amigas, ni a Cadence. No había nadie a la vista, así que pensó que probablemente estaba en la cocina. Sin embargo, al dirigirse allí, tampoco encontró a nadie. Escuchó murmullos provenientes de su habitación, y no eran solo murmullos; eran sonidos que indicaban algo más. Con el corazón en un puño, sintiéndose como si estuviera en otra dimensión, se dirigió hacia la habitación que compartía con Cadence.

Con la mano temblorosa, abrió suavemente la puerta deseando no ver lo que sus oídos escuchaban cada vez con más claridad. Entonces, la escena de Cadence devorando el sexo de otra mujer que yacía desnuda y con los ojos cerrados disfrutando del sexo oral que recibía, apareció ante Eir, que sintió que iba a desmayarse, que se le revolvía el estómago y que sufría una terrible arcada, pero que su ira la llevó a tragarse todo lo que sentía para acercarse hasta la cama en donde las dos mujeres aun ignoraban su presencia.

—¿Esto es lo que haces cuando no estoy? —preguntó Eir a Cadence, tomándola del cabello con toda su furia.

Cadence, por un momento, había pensado que era su amante, pero al ver la mirada furiosa de Eir, supo que estaba perdida. De reojo, observó cómo Ebba se apresuraba a cubrirse, aprovechando que la ira de Eir recaía solo en ella por el momento.

—¡Contéstame! —gritó Eir, levantando una mano como si fuera a golpearla, pero al final la dejó caer a su costado, sin fuerzas, y soltó su cabello.

Cadence nunca había visto a Eir tan enojada y fuera de sí, pero comprendía que no era la mejor manera de recibirla tras varios días ausente. Eir le recordaba a un toro bravo; casi podía jurar que bufaba por la nariz, y tenía todo el derecho de estarlo. A pesar de su rabia, les dio la espalda y permitió que las amantes se vistieran, mientras ella aún se encontraba en shock.

—Dile a tu amante que se vaya —dijo al escuchar que ambas mujeres terminaban de vestirse.

—Vete, luego hablamos —le dijo Cadence a Ebba.

Eir la observó salir y luego se volvió hacia Cadence.

—¿Desde hace cuánto tiempo me ves la cara de estúpida? —preguntó, pero Cadence solo agachó la cabeza.

—¿Desde cuándo? —exigió, alzando la voz.

—Desde hace seis meses —respondió Cadence en voz baja.

Eir no podía creer que Cadence llevara tanto tiempo engañándola con alguien más en su propia casa y cama. Sintió que una parte de su corazón se rompía y las lágrimas comenzaban a surcar su rostro. Cuando Cadence se acercó, Eir la detuvo.

—No me toques, no quiero que vuelvas a hacerlo. Te odio en este momento y lo menos que deseo es que me toques. Traidora.

—Yo… lo siento —dijo Cadence, también llorando.

—No te creo, lo que sientes es haber sido descubierta en la cama con tu amante.

—No pude decírtelo.

—Simplemente debiste decirme que ya no me amabas, que deseabas a otra mujer con mejor cuerpo y cara que yo.

—Tú no eres fea.

—No digas nada, porque no voy a creer nada de lo que salga de tu boca.

—Yo te quiero. No de la misma forma que antes, pero…

—No sigas, por favor. Solo me haces sentir peor.

Eir caminó hacia el armario y sacó una maleta, comenzando a empacar las prendas que usaba más seguido y sus artículos personales.

—¿Te vas?

—Sobro en este apartamento y en tu vida, Cadence.

—No me gusta la idea de que te vayas en el estado en el que estás.

—¿Y cómo quieres que esté? ¿Festejando los cuernos que me has puesto, haciendo una fiesta para anunciar que soy una tonta por no darme cuenta?

—Solo digo que podría pasarte algo.

—No creo que pueda pasarme algo más desagradable que encontrar a la mujer en la que

confiaba con otra en nuestra propia cama. Eso debió preocuparte más, Cadence.

Eir salió de la habitación arrastrando la maleta. Al llegar junto a la otra que había llevado de viaje, tomó su bolso y sacó las llaves del apartamento, decidida a no volver a poner un pie allí.

Podía sentir la mirada de Cadence sobre su espalda, pero eligió no volver a mirarla. Aun la amaba y la odiaba a la vez, y estaba segura de que si la miraba, su ira podría crecer descontroladamente. Sabía que golpearla no borraría el dolor de la traición que sentía, pero el impulso de hacerlo era fuerte. Sin embargo, se convenció de que no valía la pena.

La cardióloga no quería ir a un hotel ni le apetecía buscar un apartamento, así que decidió ir a casa de su hermana. Allí estaría rodeada de sus sobrinas y no tendría tiempo para pensar en Cadence y su traición.

Naima le abrió la puerta con su hija de cuatro meses en brazos y, al ver a su hermana mayor, le sonrió. Eir quiso corresponderle, pero solo pudo ofrecerle una mueca. Naima, al notar las maletas de Eir, bajó la vista, comprendiendo que algo no iba bien.

—¿Qué pasó? —preguntó Naima, haciéndose a un lado para que su hermana mayor pasara.

—Que me han cambiado el nombre —declaró Eir, tratando de sonar chistosa, pero su voz se quebró al final.

—¿El nombre? ¿Ahora cómo te llamas? —inquirió Naima, confundida.

—Cornelia.

Las hermanas se miraron a los ojos, y Naima comprendió que lo que Eir le decía no era una broma.

—Cadence me ha puesto los cuernos.

Naima se acercó a Eir y la abrazó, ofreciéndole el consuelo que tanto necesitaba. La pequeña de cuatro meses le dio un beso baboso y se unió al abrazo. Eir lloró hasta que se sintió cansada, dándose cuenta de que ya había sido suficiente llanto por alguien que no lo merecía.

—¿Crees que pueda quedarme unos días contigo mientras busco dónde vivir? —le preguntó Eir.

—Puedes quedarte, sabes que Julio no dice nada.

—Muchas gracias, Naima.

—Para eso estamos las hermanitas.

Eir volvió al trabajo al día siguiente, aunque no tenía ánimos. Tenía varias citas agendadas y no podía dejarlos sin atención. La poca paz que había logrado reunir esa mañana se esfumó cuando Cadence le envió un mensaje preguntando cómo estaba. La ira de Eir resurgió, pero respiró hondo y decidió ignorarla.

La semana pasó volando, y Eir solo estaba en casa de Naima durante el almuerzo y las noches. Aprovechaba esos momentos para distraerse y jugar con Sofía, su sobrina mayor, a quien le encantaba pasar tiempo con su tía, y a Eir también le hacía bien.

Y aunque le agradaba estar en casa de su hermana, sabía que no podía quedarse allí de manera indefinida. Por eso, contactó a un agente inmobiliario para que le buscara una casa. Ya

no quería un apartamento; su anterior elección había sido para complacer a Cadence, pero ahora podía tomar decisiones sin tener que compartir opiniones.

Al día siguiente de contactar al agente, este le presentó tres casas que cumplían con sus requisitos. Quedaron de verse un sábado por la tarde para visitarlas. Después de evaluar las opciones, Eir se decidió por una de una sola planta que contaba con tres habitaciones, una cocina-comedor, una sala de estar, dos baños y medio, y un patio vacío que imaginaba llenando de rosas en su tiempo libre.

Y como si Cadence se hubiera enterado de que Eir había encontrado un lugar donde vivir, le envió un mensaje preguntándole si iba a llevarse algunos muebles del apartamento. Esta vez, Eir decidió responderle, diciendo que no quería nada de lo que había en ese lugar y que dejara de enviarle mensajes.

Con su nueva casa, Eir aprovechó su tiempo libre para comprar muebles y comenzar a darle forma a su hogar. Se centró en lo esencial: una cama, una televisión, un refrigerador, una estufa, un comedor y un sofá cómodo donde pudiera relajarse después de un largo día de trabajo.

Cuando Eir tuvo lo mínimo necesario en su nueva casa, dejó la de Naima, pero sin darse cuenta, comenzó a extrañar la calidez del hogar de su hermana, lleno de risas y llantos de sus pequeñas. Ahora, todo estaba en silencio, y el único sonido era el de la televisión, que veía sin realmente prestar atención. Su vida había cambiado de una manera inesperada, y aún no se acostumbraba a estar sola sin Cadence a su lado. En casa de Naima, se sintió mucho mejor, pero su mente seguía recreando la imagen de Cadence en la cama con otra mujer.

La semana en su nueva casa se le hizo larga, pero Eir sabía que solo era una percepción. La costumbre de haber estado acompañada durante tres años había dejado su huella, y aunque lo reconocía, estaba decidida a adaptarse nuevamente a su soledad.

Y cuando menos lo esperó, Eir llevaba un mes siendo soltera nuevamente. Cadence no le había vuelto a escribir, y aunque en más de una ocasión sintió el impulso de bloquearla, sabía que aún tenía algunas cosas personales que debía recuperar y no estaba lista para enfrentarla. Sin embargo, pensaba que eventualmente tendría que contactarla para coordinar la entrega de sus cosas.

Esa tarde, tras despedir a su último paciente, su celular comenzó a sonar. Como era habitual, respondió la llamada, ya que sus pacientes a menudo la contactaban con dudas. Contestó de inmediato, sin pensar en lo que podría venir.

—Hola, buenas tardes — respondió Eir, mirando la hora en su reloj de lujo.

—¿Es usted la señora Eir Wiesner?

—Sí, dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Le llamo para informarle que un familiar suyo ha sufrido un accidente.

Al escuchar aquello, el corazón de Eir se aceleró y la presión sanguínea bajó, provocándole una sensación completamente distinta a la que había sentido al ver a Cadence con otra mujer.

—Dígame el nombre de mi familiar. — se atrevió a decir, sintiendo cómo la ansiedad comenzaba a apoderarse de ella. Desde que eran muy jóvenes, ella y Naima habían quedado

huérfanas y solo se tenían la una a la otra.

—Naima Wiesner.

—Es mi hermana. ¿Cómo está ella? ¿Con quién está? ¿Viajaba sola? —las preguntas de Eir salieron como una retahíla.

—El hombre que viajaba con ella y conducía murió al instante. Ella está bastante malherida y las dos niñas menores tienen algunas lesiones.

Eir sintió que su corazón se partía y volvía a unirse, latiendo aceleradamente por la preocupación. Sin más dilación, pidió que le dijeran adónde las iban a llevar para dirigirse allí de inmediato. Sin embargo, cuando llegó al hospital, recibió la mala noticia de que su hermana menor había muerto en el camino y que solo las dos niñas habían sobrevivido. La de cinco años solo tenía golpes, mientras que la más pequeña tenía fracturada una pierna.

Eir lloró, peleando con el de allá arriba por el destino que le había dado a su hermana y a sus sobrinas, que, al igual que ellas, habían quedado huérfanas.

Capítulo 3

Liu llegó a casa y no le sorprendió no encontrar a Ebba allí; no era la primera vez en esos últimos días, o más bien semanas, que Ebba llegaba mucho después que ella. Desde hacía exactamente seis meses, Liu notaba que Ebba estaba extraña, como si se estuviera transformando en alguien nuevo, incluso en la forma en que se veía a sí misma. Parecía que Ebba se había enamorado, pero no de Liu precisamente.

Era alguien diferente, alguien que había robado su corazón, y Liu, a pesar de su apariencia serena y calmada, no estaba en calma. Frente a Ebba, fingía no notar su nueva felicidad y lo que hacía inconscientemente. Liu se había dado cuenta de que para Ebba había pasado a ser solo una amiga. En la cama, solo se limitaban a dormir; si Liu no buscaba tener sexo, a Ebba parecía no importarle. Desde hacía esos seis meses, al notar su poco interés, Liu dejó de buscarla, limitándose únicamente a dormir en extremos opuestos de la cama.

Liu no le hizo preguntas a Ebba sobre lo que estaba pasando. No era estúpida; con aquellos ojos claros y serenos, era capaz de observar y darse cuenta de todo sin aparentar que lo sabía o lo entendía. Prefería navegar por la vida con la fachada de mujer ingenua, pero realmente no tenía ningún pelo.

Lo que la hizo sospechar de Ebba fueron las mentiras que decía y que nunca sostenía. Liu tenía una memoria excepcional, y todo lo que le decían se quedaba grabado en su mente. Por eso pudo darse cuenta de que Ebba ya no era la misma, que había alguien misterioso en su vida.

Liu sabía que, después de dar clases, Ebba iba al gimnasio. Al menos, sabía que iba tres veces por semana y solo por una hora. Sin embargo, los días de entrenamiento cambiaban continuamente, y la ropa que Ebba utilizaba para hacer ejercicio permanecía intacta en su maleta, sin usar. Además, su ropa tenía otro perfume.

En una ocasión, cuando Ebba se estaba duchando, Liu entró al baño y se sorprendió al verla. Lo que le pareció extraño fue que Ebba intentara ocultar su desnudez, y Liu entendió el porqué.

—¿Con qué te has golpeado aquí? —preguntó mientras acariciaba el moretón sobre su clavícula.

—Con las pesas —respondió Ebba, tratando de disimular su nerviosismo.

—¿Ya te has puesto ungüento?

—Sí.

—Para la próxima, ten más cuidado.

—Lo tendré, no te preocupes.

Algo más que había desaparecido era que Ebba ya no le dedicaba palabras de cariño. Aunque Liu sentía puñales clavándose en su espalda, fingió no darse cuenta, haciéndose ciega ante el engaño de Ebba.

Pasaron tres meses desde que lo descubrió y Ebba continuaba igual, incluso más absorta en aquella persona que le enviaba mensajes a menudo, mientras ella decía que era el grupo de chat de WhatsApp de sus amigas. Pero Liu sabía que no era así. Nunca había revisado el celular de Ebba, pero ante la situación que estaba viviendo, una noche, mientras Ebba se bañaba, Liu aprovechó para desbloquear su teléfono y ver los mensajes. Antes de hacerlo, apagó los datos móviles y el Wi-Fi para no levantar sospechas.

Ante sus ojos apareció un chat con una sola letra, que no pertenecía a ninguna de las amigas de Ebba. Ebba lo había registrado simplemente con la letra “C” en mayúscula, y aunque estaba en la lista de chats, la conversación estaba vacía.

Un día, Liu dejó de preguntarle a Ebba qué hacía o a dónde iba, porque hacía tiempo que Ebba había dejado de hacerle esas preguntas. Ahora simplemente iban y venían de la casa como dos extrañas que compartían un cuarto y los gastos de un hogar. Lo único que hacían era tomar café juntas y nada más. Liu la miraba, pero Ebba tenía sus ojos y pensamientos en otra parte, lejos de ella. Liu sentía envidia de la felicidad de Ebba, porque no la compartía con ella.

Liu era psicóloga, quizás por eso siempre trataba de mantenerse en calma y comprender a Ebba. Sin embargo, tras tantos meses esperando a que Ebba le hablara sobre su amante y su aventura, se cansó y decidió averiguar por sí misma si era verdad o solo imaginaciones suyas. Siguió a Ebba después de que salió de clases. Como ya lo sospechaba, no fue al gimnasio, sino que tomó un taxi, el cual Liu apenas pudo seguir. Lo vio detenerse en un enorme edificio.

Liu aparcó y se apresuró a seguirla lo más cerca que pudo, pero aunque deseó subir hasta el piso al que Ebba accedió, el guardia no la dejó y ella no insistió. Sin embargo, esperó a que Ebba saliera, y lo hizo tres horas después, dirigiéndose directamente a casa.

Liu se descompuso por primera vez y lloró a solas en su consultorio. A esa hora no había nadie; ella era la única que podía entrar y salir, por lo que fue el único lugar donde encontró espacio para desahogarse. Sin darse cuenta, se le pasaron las horas y volvió a casa a las once de la noche. Ebba ni siquiera la estaba esperando o preocupada por ella; estaba profundamente dormida de su lado de la cama, como si nada hubiera pasado.

Liu la miró dormir y se preguntó cómo podía estar tan tranquila sabiendo que la engañaba. De repente, sintió náuseas y corrió al baño a vomitar. Aquello era demasiado incluso para ella, que usualmente podía calmar sus emociones.

Se dio una ducha y, por un momento, estuvo tentada de dormir en otra habitación, pero pensó que sería ridículo. Ya sabía que Ebba la engañaba y que lo único que hacían en esa cama era dormir como dos hermanas. Así que evitó el trabajo de arreglar una cama y se acostó, dándole la espalda a Ebba. Esa noche no buscó verla; ahora Ebba tenía un nuevo amor.

∞∞∞

Ebba llegó a casa con el corazón a mil por hora tras la escena que había vivido en el apartamento de Cadence. A pesar de que trató de despejarse antes de llegar, olvidar lo ocurrido le era imposible; estaba preocupada por Cadence y temía que Eir le fuera a hacer algo, pues había visto la ira brillar en aquellos ojos color aceituna.

Al cruzar la puerta de su hogar, escuchó algunas voces y, para su disgusto, se encontró

con las amigas en común que tenía con Liu. Ebba no estaba de humor para recibir visitas, pero sabía que Liu tenía todo el derecho de hacerlo. Cuando decidió entrar a la estancia para saludarlas, fue sorprendida por las felicitaciones de sus amistades.

—¡Feliz aniversario! —le dijeron.

Ebba se preguntó a qué aniversario se referían. Sus ojos se posaron en Liu, que la miraba con aquellos ojos que todo lo analizaban. Su silencio era demoledor y su boca estaba sellada, esperando a que Ebba dijera algo.

—Gracias —respondió Ebba, dejándose abrazar por las amigas.

Se hallaba tan sorprendida de que Liu no le hubiera dicho nada esa mañana ni mencionado nada durante el día. Por primera vez, se dio cuenta de que Liu había cambiado y que no era la misma. Antes, la hubiera recibido con un beso y se habría acercado a ella, pero ahora mantenía distancia, como si Liu fuera solo una más de sus amigas y no su esposa de cuatro años.

—¿Cuántos años están cumpliendo? ¿Cuatro? —preguntó Mía, una de sus amigas.

Ebba volvió a mirar a Liu, que continuaba impasible en el mismo lugar, como si fuera una estatua.

—Cuatro años —habló Liu por fin.

—Ya veo que Liu es la única que se acuerda, pero aun así, no tenía nada para festejar —continuó Mía—. Si no llegamos, ella no se pone a trabajar en la cocina.

—La comida ya casi está —dijo Liu—. Deberías darte una ducha para venir a cenar.

—Claro —fue lo único que atinó a decir Ebba antes de dirigirse a la habitación.

Cuando Ebba entró a la habitación, esperaba que Liu la siguiera para reclamarle por haberse olvidado de su aniversario de bodas, pero no ocurrió nada de eso. Ebba sabía que Liu, por lo general, era tranquila y mantenía sus emociones bajo control, así que era imposible leer lo que pasaba por su cabeza.

Al salir del baño, se encontró con Liu, que estaba poniendo a cargar su celular.

—Lo siento —dijo Ebba, disculpándose mientras se disponía a salir de la habitación—. No recordé que era nuestro aniversario.

—No te preocupes —respondió Liu, restándole importancia.

—Tampoco compré un regalo.

—No tardes, la cena se va a enfriar —le recordó con voz serena antes de salir.

Ebba se sentía aún más inquieta que antes. Liu había puesto la mesa, dejándola elegante como siempre, pero reparó en que faltaba Aixa, la mejor amiga de Liu. Aquella por la que alguna vez Ebba había sentido celos, pero ahora sabía que esos celos habían sido irracionales. Liu era demisexual y difícilmente sentía deseos sexuales por otra persona a menos que tuviera una conexión emocional profunda, algo que raramente ocurría.

Durante la cena, Ebba se dio cuenta de que Liu la estudiaba con esos ojos grises que ahora lucían melancólicos y tristes. Aun así, su rostro era sereno e imperturbable, como si ya hubiera pasado por todo y solo quedara una pequeña tormenta azotando su interior, pero con menos fuerza.

La cena terminó y Ebba seguía inquieta. Despidieron a sus amigas y, al buscar a Liu para hablar con ella, se dio cuenta de que ya no estaba en la cocina. Decidió ir a buscarla en la habitación, donde la encontró encendiendo su celular.

—No me había dado cuenta de que mi celular llevaba horas muerto —le comentó Liu al verla entrar.

—Necesitamos hablar —dijo Ebba sin más preámbulo; necesitaba decirlo todo de una vez por todas o explotaría.

—Claro, ¿qué pasa? —inquirió Liu, mirándola a los ojos. Lo que Ebba había estado por decir se quedó atorado en su garganta.

Liu esperó pacientemente, observando cómo los ojos de Ebba se llenaban de lágrimas. A Ebba le desesperaba que Liu permaneciera igual de tranquila, que sus lágrimas no le alarmaran ni preocuparan lo que fuera que iba a decirle.

—No me acordé de nuestro aniversario de bodas porque… porque ya no te amo —por fin lo había dicho, temiendo lastimar a Liu con esas palabras. Sin embargo, se sorprendió al ver que Liu continuaba igual de serena—. Estoy enamorada de otra mujer.

—Pensé que nunca me lo dirías —fue la respuesta de Liu, dejando perpleja a Ebba.

—¿Lo sabías?

—Sí.

—¿Desde cuándo? —preguntó Ebba, consternada al saber que Liu sabía la verdad y no había hecho nada.

—Desde hace seis meses has comenzado a actuar diferente. Tal vez no eras consciente de tus cambios, pero yo sí.

—Nunca me dijiste nada. ¿Por qué? ¿Tú también tienes una amante? —preguntó, haciéndose la ofendida, aunque sabía que con Liu eso sería imposible.

—Al principio pensé que era solo una etapa tuya, que estabas preocupada por algo, pero luego me di cuenta de que no. Parecía que tratabas de agradar a otra persona. Comenzaste a hacer cambios sutiles, una rutina distinta, y dejaste de prestarme atención, de preguntarme cómo me sentía. Empezaste a olvidarte de mí, a verme como una compañera de cuarto en lugar de tu mujer, y me cansé de buscarte. No se puede obligar a querer, mucho menos cuando has perdido el amor por esa persona.

—¿Por qué nunca me dijiste nada?

—Quería que tú me lo dijeras. Quería saber hasta dónde eras capaz de llegar, y ya vi que has llegado lejos.

—Hay algo más que quiero que sepas —dijo Ebba, secándose las lágrimas—. Hoy nos sorprendió en la cama Eir, la pareja de Cadence.

—¿Qué? ¡Por Dios, Ebba! Si esa mujer hubiera reaccionado mal, seguramente estarías medio muerta en un hospital.

—Lo sé, aunque no he sabido nada de Cadence desde que dejé su apartamento —le dijo a Liu, como si estuviera hablando con un amigo sobre su preocupación—. Lo siento —se disculpó

al ver que sus palabras habían tocado por primera vez el corazón de Liu.

—Lo entiendo, estás enamorada de ella ahora y te preocupa. Yo ya no soy nada para ti.

—No es cierto. Tú siempre serás una parte importante de mi vida —dijo, tomándola del brazo al ver que Liu se disponía a salir de la habitación.

—Fui, Ebba. Lo fui, ahora ya no. Puedes iniciar el proceso de divorcio que yo no me opondré.

Liu se soltó de Ebba para salir de la habitación, pero antes de cruzar la puerta, su celular comenzó a sonar. Era un número desconocido, pero, dado que tenía pacientes, respondió.

—Diga.

—¿Es usted Liu Villaseñor?

—Sí, soy yo.

—Disculpe molestarla, pero hemos estado intentando comunicarnos con usted durante todo el día.

—Lo siento, no me había dado cuenta de que mi celular se había quedado sin batería.

—La razón de mi llamada es para informarle que su familiar Aixa Bayori se encuentra hospitalizada desde esta mañana debido a un infarto mientras volaba.

—¿Cómo se encuentra ella?

—Por el momento está estable, pero necesitamos que un familiar se presente.

—Entiendo. Dígame qué hospital es y enseguida voy para allá.

Ebba vio a Liu entrar de nuevo a la habitación, cambiarse de ropa y zapatos, y luego tomar las llaves de su auto antes de dirigirse hacia la calle.

—¿Qué pasó? ¿A dónde vas? ¿Quién te llamó? —inquirió Ebba.

—No te dije nada porque hace tiempo que dejaste de interesarte por saber qué hago o qué me pasa. Creí que no querías saber a dónde voy.

—¿Qué ha pasado?

—Aixa ha sufrido un ataque al corazón mientras volaba de regreso, y como soy la única persona que aparece como su familiar, debo ir a verla.

—Lo siento mucho.

—Me voy.

Liu evitó decir “no me esperes” porque sabía que a Ebba poco le importaba ya. Estaba segura de que, en cuanto se fuera, llamaría a su amante y se olvidaría de todo lo demás.

Capítulo 4

Cadence se quedó en blanco después de que Eir se fue. No era así como quería que terminara su relación, pero su cobardía le había impedido decirle la verdad. Además, había una parte de ella que aún amaba a Eir, aunque no con la misma pasión que sentía por Ebba. Eir se había cerrado a la posibilidad de tener hijos, y Cadence no estaba dispuesta a quedarse con las ganas de formar una familia. Esa era una de las razones por las que se decía a sí misma que el haber sido descubierta por Eir era lo mejor.

Moría de ganas de llamar a Ebba para decirle que estaba bien, que Eir no le había hecho nada, que simplemente se había ido del apartamento hecha una furia. Sin embargo, ambas tenían un acuerdo: después de que Ebba regresara a casa, no podían enviarse mensajes ni hablarse. Los mensajes solo se enviaban durante las horas de trabajo, lejos de sus parejas. Así que Cadence pasó muchas horas llena de preocupación, reflexionando sobre lo que pasaría a partir de ahora con su relación.

Cadence estaba enamorada de Ebba. Lo que sintió por ella desde el primer momento en que la vio fue algo que nunca había experimentado. Con Eir sentía cosas, o al menos las sintió en su momento, pero nada comparado con lo que Ebba le provocó cuando le sonrió aquella primera vez en el gimnasio.

No sabía por qué, pero sin darse cuenta, se habían acercado desde el primer día en que Ebba llegó. Era como si hubieran sido imanes, se atrajeron y no dejaron de verse. Después de tantas miradas y de haber terminado su rutina, se dijeron “hola”, y ese simple saludo dio paso a una larga conversación que las llevó a las duchas, un escenario que nunca visitaban, pero que ese día y en los siguientes decidieron usar solo para pasar más tiempo juntas.

Y con el paso de los días, se fueron haciendo cada vez más cercanas, hasta que llegaron al momento de las preguntas personales. En ese instante, ambas quedaron al descubierto: tenían pareja, pero solo Ebba estaba casada, mientras que Cadence vivía en unión libre.

—Pero creo que casarme no ha sido una buena idea —le confesó Ebba a Cadence.

—¿Por qué? ¿No es lo que esperabas?

Ebba la miró unos instantes antes de abrirse por completo. Aunque sabía que aún eran casi desconocidas, no podía evitar sentir cierta conexión con Cadence, una que ya no sentía por Liu, una que parecía haber desaparecido desde hacía un tiempo sin que se diera cuenta.

—No lo sé, es difícil de explicar.

—¿Ya no te gusta tu esposa?

Cadence le había hecho la pregunta que temía escuchar, porque era la verdad: Liu ya no le gustaba. Había dejado de parecerle interesante, y hacer el amor con ella se había vuelto aburrido, ya que Liu no quería explorar cosas nuevas ni usar juguetes. Ebba sabía desde un principio que Liu no era precisamente una persona muy sexual, pero cuando se casaron, pensó

que Liu cambiaría. Sin embargo, continuaba mostrándose reservada y sin interés en experimentar.

—Puede que sea eso y algo más. No es que Liu sea fea, pero es reservada —dijo Ebba—. Aun así, no creo que sea correcto hablar de ella contigo.

—Claro, lo entiendo.

Y aunque Ebba en un principio no contó todo sobre su relación con Liu, al final Cadence y Ebba terminaron hablando de las cosas que no les gustaban de sus parejas. Cadence se quejó de que Eir no tenía mucho tiempo libre y que no quería tener hijos, mientras ella sí deseaba formar una familia.

Ebba, por su parte, se quejó de que el sexo con Liu era aburrido; lo que más hacía en la cama era leer, en lugar de mostrarse provocativa o intentar revivir la pasión. Su vida sexual se limitaba a encuentros monótonos dos veces por semana, exactamente los martes y jueves, como si se tratara de un ritual.

Cadence mencionó que el sexo con Eir no era malo, pero ella dedicaba mucho tiempo a su trabajo y a asistir a congresos, a menudo por más de una semana. Cuando le hablaba sobre ser madres, siempre cambiaba de tema y nunca la dejaba terminar. Cadence se había cansado de ello.

—¿Tú quieres hijos? —le preguntó Cadence, yendo directo al grano.

—Sí, me gustaría tener en un futuro.

—¿Y a Liu le gustaría tener también?

—Estoy segura de que sí, ella tiene un gran corazón y mucha paciencia. Pero no creo que sea con ella con quien yo desee tener hijos —declaró Ebba, mirando a Cadence a los ojos.

—¿No?

—No.

—Entonces, ¿con quién te gustaría?

—Me gustaría que fuera con una pelirroja que va al mismo gimnasio que yo.

Y fue tras aquellas palabras que todo inició, las charlas dieron lugar a besos apasionados en las regaderas cuando solo estaban ellas dos y, días más tarde, el apartamento de Cadence fue el lugar indicado para llevar a cabo sus encuentros sexuales. Una vez allí, Ebba se deshacía de su anillo y Cadence miraba el placer que Ebba sentía al quitárselo de su dedo corazón, era como si fuera libre y fuera solo de Cadence y de nadie más.

Las primeras veces se controlaban y trataban de que el encuentro fuera lo más breve posible, pero, a medida que pasaban los días, se les hacía imposible no perderse en el cuerpo de la otra. Así, una hora no era suficiente; comenzaron a tomar dos y, con el tiempo, ocupaban el resto de la tarde. Eir llegaba a casa alrededor de las siete u ocho de la noche, y Ebba no se preocupaba por Liu, pues sabía que no era celosa. Con cualquier excusa que le daba, Liu se quedaba tranquila y no exigía pruebas. Ahora, Ebba comprendía que Liu solo había fingido no darse cuenta de nada.

Tras los recientes acontecimientos, Ebba reflexionó sobre por qué Liu había dejado de buscarla para hacer el amor y por qué ya no se acercaba a ella para abrazarla y dormir. Se

preguntó si Liu había llorado, qué había sentido al darse cuenta y qué sentía ahora que le había confesado la verdad.

Sin embargo, sabía que ahora Liu, además de lidiar con la noticia de su engaño, debía ocuparse de Aixa en el hospital. Ellas dos eran como hermanas, aunque no tenían parentesco sanguíneo, solo el desprecio de sus familias por ser lesbianas.

—Ebba.

—Cadence, ¿estás bien? ¿Eir te hizo algo?

—No, nada. Solo estaba hecha una furia, pero yo estaría igual si te encontrara de esa manera con otra mujer.

—Entiendo, yo estaría igual. ¿Estás sola?

—Sí. ¿Y tú? ¿También?

—Sí, de otra forma no te hubiera llamado.

—¿Dónde está Liu?

—Fue a ver a su mejor amiga al hospital.

—¿Qué le pasó?

—Sufrió un infarto y creo que pasará la noche con ella.

—¿Te molesta?

—En realidad, no. Antes, cuando recién la conocí, estaba celosa de Aixa porque eran muy cercanas. Aixa es guapa, atractiva, alta, casi como una modelo si la ves.

—¿Y luego qué pasó para que dejaras de estar celosa de ella?

—Más tarde descubrí que su unión y complicidad se debían a que ambas comparten el desprecio de sus familias por ser lesbianas. Hicieron un poder notarial para que, dada las circunstancias, una pudiera tomar decisiones sobre lo mejor para la otra. Pero Liu y yo nos casamos, y era yo quien tomaba las decisiones; supongo que ahora volverá a hacer lo mismo.

—¿Por qué?

—Liu sabe la verdad; se lo dije hoy, que era nuestro aniversario de bodas, y ni siquiera me acordé de la fecha. Si no es por encontrarme con algunas de nuestras amigas en casa…

—¡Dios! ¿Cómo se lo tomó?

—Tranquila.

—¡¿Qué?! Ninguna mujer puede tomar con tranquilidad que su esposa la engañe.

—Ella lo sabía todo.

Cadence se quedó callada, con el corazón latiéndole a mil, temerosa de lo que Liu pudiera hacer. Una mujer celosa y herida era peor que un asesino en serie suelto.

—¿Qué dices?

—Que ya sabía que la engañaba. Me observó durante todo este tiempo y guardó silencio. Esa fue una de las cosas que me gustó de ella, aunque había olvidado su encanto.

De repente, hubo un silencio en la línea. Ebba se arrepentía de haber dicho lo que dijo, pero no pudo evitarlo; era verdad. Si algo la cautivó de Liu fue su inteligencia y la manera en que abordaba las situaciones. No quería decir que Cadence no fuera inteligente; lo era, pero a su manera, y eso era distinto de Liu. Le encantaba todo de Cadence y, sobre todo, se llevaban de maravilla en la cama y fuera de ella.

—¿Quieres decir que no soy tan inteligente como ella? —preguntó, comenzando a enojarse por primera vez con su amante, mientras los celos se instalaban en ella.

—No quise decir eso. Eres inteligente y diferente a Liu. Me gusta todo de ti.

Sin embargo, Cadence sentía la incertidumbre y el temor de que Ebba también pudiera desenamorarse de ella y que le hiciera lo mismo que a Liu. Hasta ahora había temido que el amor de Ebba fuera como el de una estrella fugaz: hermoso y brillante, pero solo por un instante.

—¿Tienes miedo de que lo nuestro termine? —inquirió Ebba tras el largo silencio de Cadence.

—Tengo miedo de que dejes de quererme de la misma manera en que dejaste de querer a Liu.

—Eso significaría que yo también debería tener miedo de que tú me traicionaras con otra mujer en mi propia cama.

—Yo nunca lo había hecho —respondió Cadence, sintiéndose culpable y como la peor mujer del mundo—. Nunca creí que sería capaz de hacer algo así contigo. Pero no pude evitarlo.

—¿Te sientes culpable? —preguntó Ebba, ahora al escuchar su voz.

—Sí, no puedo evitarlo. Creo que debí decirle a Eir la verdad mucho antes, antes de que nos encontrara en esa situación. Pero tampoco tuve el valor para decirle que ya no la quería, y tú estás casada. Para serte sincera, aunque me dijeras que me amabas, temía que un día ya no quisieras verme.

—No puedo culparte por eso, pero ahora somos libres.

—¿Vas a divorciarte?

—Liu me lo ha puesto fácil, aunque ahora mismo tiene otras cosas en qué preocuparse.

—¿Quieres pasar esta noche conmigo?

—Me encantaría.

Capítulo 5

Liu se encontraba sentada, mirando al vacío en la habitación que Aixa ocupaba. Desde que Aixa intentara abrir los ojos por primera vez, no lo había hecho de nuevo. Liu pensaba que era lo mejor; así podía descansar y evitar que Aixa se inquietara, ya que, conociéndola, seguramente querría abandonar el hospital pronto.

Al día siguiente, alrededor del mediodía, Aixa abrió los ojos y se encontró con su amiga Liu profundamente dormida en una silla, en una posición incómoda. Intentó hablarle, pero su voz, normalmente fuerte, no fue más que un murmullo débil. Trató de moverse, pero su cuerpo no respondía. La fatiga y la debilidad que sentía la llevaron a dejar caer pesadamente la cabeza en la almohada nuevamente.

Poco después, una enfermera entró para revisar sus signos vitales y salió sin decir nada, pero momentos más tarde entró un médico.

—Me dijeron que ya había despertado. ¿Cómo se siente? —le preguntó el doctor. Aixa iba a responder, pero Liu dejó escapar un bajo ronquido, lo que hizo reír a Aixa y al doctor.

—Me siento cansada y débil.

—Eso es normal tras haber sufrido un ataque al corazón —respondió el médico. Aixa puso cara de sorpresa ante sus palabras.

—¿Por qué ha pasado? Considero que soy joven para un infarto, ¿no es así?

—Así es, pero me temo que usted padecía una cardiopatía isquémica no diagnosticada a tiempo, y el infarto fue lo que lo reveló.

—Soy piloto. ¿Podré volar de nuevo?

—Yo le sugiero que por ahora no se preocupe por eso. Por el momento, descanse y nada más.

El doctor salió del cuarto sin añadir más, mientras Aixa no se sentía satisfecha con la respuesta. Liu despertó cuando la puerta se cerró y comenzó a frotarse el cuello.

—Me quedé dormida —murmuró Liu para sí misma, sin darse cuenta de que Aixa ya estaba despierta.

—Deberías ir a casa —dijo Aixa con voz baja, sorprendiendo a Liu.— Gracias por estar aquí, pero necesitas descansar. Estoy rodeada de médicos y enfermeras.

—De acuerdo, me iré. Pero vendré más tarde —respondió Liu, levantándose de la silla para acercarse y despedirse con un beso en la frente.

Liu se sentía igual o peor que Aixa, pero sabía que debía continuar adelante y enfrentar la realidad que le esperaba en casa, una que aún no deseaba ver, pero que tenía que afrontar para seguir. Sin embargo, cuando llegó a casa, eran las nueve de la mañana y lo primero que notó fue que el auto de Ebba no estaba. Era algo extraño para un domingo por la mañana, ya que, por lo

general, Ebba solía dormir hasta tarde ese día. Aun así, Liu no quiso hacerse malos pensamientos y decidió fijarse en otros detalles antes de confirmar lo que sospechaba.

Entró a la habitación y observó que la cama estaba hecha, tal como ella la había arreglado el día anterior, una clara señal de que Ebba ni siquiera había pasado la noche allí. Lo segundo que hizo Liu fue acercarse a la cama para oler el pijama de Ebba, que había lavado el día anterior para que su esposa lo usara por la noche, pero que sin duda no había sido utilizado. Sintió un nudo en la garganta y, mientras trataba de digerir la información, le llegó un mensaje de Ebba.

¿Cómo está Aixa?

Dentro de lo que cabe, bien.

Me alegra oír eso.

¿A qué hora vuelves a casa?

Estoy en casa

Fue la respuesta de Liu, quien se quedó esperando una contestación de Ebba, que se quedó helada al leer su mensaje. Ebba había enviado el mensaje con la intención de saber a qué hora volvería Liu, para estar en casa a esa hora, pero resultó que ella había llegado antes.

Liu miró hacia el techo y apretó el celular con fuerza; no podía creer que Ebba había salido corriendo de casa solo para irse a dormir con su amante en la primera ocasión que tenía. Agotada, Liu se desnudó y entró a la ducha, buscando que el agua caliente la relajara un poco y la ayudara a conciliar el sueño que había perdido.

Cadence había leído el mensaje, que había dejado a Ebba tan blanca como una hoja de papel. Ahora comprendía que la situación seguía siendo complicada, pero no había nada que hacer. Ebba se levantó de la cama y comenzó a vestirse.

—¿Te vas? —preguntó Cadence.

—Sí, creo que Liu y yo necesitamos terminar de hablar. No se merece lo que estoy haciendo.

—¿Vas a dejarme? —inquirió Cadence, con los ojos vidriosos de lágrimas.

—No, solo necesito cerrar completamente el capítulo con Liu. Hacer las cosas bien.

Cuando Ebba llegó, Liu se encontraba profundamente dormida, hecha un ovillo. Se había dormido pensando que era Ebba quien la abrazaba. Antes de que Ebba apareciera en su vida, Liu se sentía sola y le resultaba casi imposible sentir apego por alguien. Pero un día conoció a Ebba, quien poco a poco se ganó su amor y su confianza. Liu no se rió cuando le explicó que era demisexual y que solo estaría con ella cuando realmente sintiera algo más, cuando su confianza y amor superaran el romance y llegaran a una conexión emocional y deseo sexual. Ebba esperó paciente hasta que Liu sintió que ese lazo emocional era muy fuerte.

Ahora se sentía sola y sin apoyo, aunque ya hacía seis meses que no percibía la presencia de Ebba en su vida como antes. Pero al menos sabía que dormía a su lado y que estaba allí. Pensando en Ebba, se abrazó y se quedó dormida.

Cuando despertó, se sintió un poco mejor y el olor característico de los huevos revueltos que Ebba solía preparar llegó a su olfato, algo que hacía cuando aún tenía sentimientos por ella.

Antes, Ebba cocinaba por las mañanas y le preparaba café, pero desde que conoció a su amante, había dejado de hacerlo. Aun así, Liu pensó que quizás era solo una ilusión, un anhelo con el que había despertado. Sin prisas, fue al baño, se quitó el pijama y se puso ropa cómoda para ir al hospital a ver a Aixa de nuevo.

Una vez lista, se dirigió a la cocina y se quedó sorprendida al ver a Ebba terminando de poner la mesa. No era un sueño ni una ilusión; Ebba estaba allí, le había cocinado, pero no por amor, sino porque una parte de ella se sentía culpable, y tras aquellas atenciones se escondía una despedida.

—Sabía que estabas por despertar —le dijo Ebba al verla—. Siéntate, imagino que tienes hambre.

Liu no respondió, solo tomó asiento en la mesa y miró a Ebba mientras se movía por la cocina. Ebba sintió los ojos de Liu observándola en silencio, lo que la ponía nerviosa. Por su parte, Liu la veía radiante y feliz, incluso años más joven. Comprendió que ya no le daba ese brillo y que debía dejarla ir. Siempre supo que no era el tipo de mujer alegre y chispeante que Ebba quería que fuera.

—Gracias —dijo Liu cuando Ebba le puso el plato de huevos revueltos y una taza de café negro.

—De nada —respondió Ebba, sentándose frente a Liu.

Sin decir nada más, Ebba comenzó a comer, pero Liu sentía el estómago revuelto y la garganta apretada, así que decidió darle un trago a su café, que le quemó la lengua y le llenó los ojos de lágrimas.

—¡Está caliente! —exclamó Liu.

—Lo siento, se me olvidó que no lo tomas de esa manera, Caden…

La mirada de Liu se encontró con la de Ebba.

—Lo siento —se disculpó Ebba.

—Estás enamorada de ella; es lógico que solo pienses en ella todo el día —dijo Liu, meneando los huevos con el tenedor y fijando la vista en lo que movía.

—No pude evitarlo.

—Me duele escucharlo, pero no te odio —declaró, mirándola a los ojos. Ebba notó por primera vez el dolor en sus ojos grises. —Si has venido a pedir el divorcio, no me voy a oponer. Si quieres irte de la casa hoy mismo con ella, hazlo. No voy a rogar que te quedes ni a suplicar que me ames de nuevo.

Se levantó de la mesa.

—Gracias por el desayuno; no te hubieras molestado.

Liu se había dividido entre el hospital y su consultorio médico; se hallaba agotada, pero lo prefería. Pensar en Ebba era algo que le dolía, pero no había solución. Ebba se había ido de la casa ese mismo domingo y, cuando Liu regresó por la noche, ya no encontró la mayoría de las cosas personales de Ebba, solo una nota que decía que volvería por el resto de sus cosas y los muebles que ella había comprado.

Lo único que no podía pelear Ebba era la casa, ya que era un regalo de los padres de Liu como consuelo por su destierro.

Liu pasó exactamente siete días yendo y viniendo entre el hospital, el trabajo y su casa. Aixa notó que había perdido peso, pero lo atribuyó a las muchas vueltas que daba para verla, sin saber lo que ocurría entre Liu y Ebba. Liu se limitó a decirle que todo estaba bien y le sonreía cálidamente, ocultando lo que pasaba en su vida, ya que no quería que Aixa tuviera algo más en qué pensar, especialmente ahora que el doctor le había dicho a Liu que muy probablemente Aixa no podría volver a volar un avión, debido a las normas de aviación y a que su salud ya no era la misma.

—¿Cuándo me van a dar el alta? —preguntó Aixa al médico—. Quiero irme a casa.

—Le daremos de alta esta misma tarde para que pueda irse, pero no podrá hacer lo que antes hacía. Deberá descansar y asistir a rehabilitación para monitorear su evolución y evitar complicaciones.

—¿Podré volver a volar, verdad?

La pregunta que Liu había temido llegó, y pensó que era mejor que Aixa se enterara antes que después, para que así pudiera comenzar a trabajar en ello.

—Me temo que no —respondió el doctor—. Tengo un poco de conocimiento sobre las normas de aviación y, en tu condición, dudo mucho que te permitan volar. Tu estado físico ya no es el mismo.

—¿Por qué?

—Tu corazón ya no bombea suficiente sangre y a veces sentirás fatiga, retención de líquido y dificultad para respirar. Por lo tanto, no creo que puedas volver a volar.

Los ojos de Aixa se llenaron de lágrimas; volar era lo único que le quedaba, lo único que le hacía sentir que aún tenía algo por qué vivir.

—Le haré una receta para los medicamentos que la paciente deberá tomar y los cuidados que debe tener de ahora en adelante —se dirigió el médico a Liu, ya que Aixa había apartado la mirada.

—Muchas gracias, doctor.

—De nada, en un momento vuelvo.

Liu llevó a Aixa a su casa. Ahora eran dos mujeres solas; la piloto no tenía quien la cuidara, y a Liu le resultaba más fácil atenderla en su hogar. Planeaba contratar a alguien durante el día para que estuviera pendiente de Aixa, mientras ella se encargaría de su amiga por la tarde y la noche.

—Te dije que me llevaras a mi casa —se quejó Aixa, con apenas aliento, al entrar en casa de Liu—. A Ebba no le gustará que invada su espacio.

—Ebba ya no vive aquí.

—¿¡Qué!? —exclamó Aixa, sorprendida, lo que le causó un poco de malestar en el pecho—. ¿Por qué me dices eso así? Te dijeron nada de sorpresas.

—Lo siento, pero no había manera de decírtelo de otro modo.

—¿Qué pasó? ¿Por qué no me habías dicho nada?

—Primero déjame llevarte a la habitación que vas a ocupar para que descanses, y allí te cuento.

Liu instaló a Aixa en una de las habitaciones de la planta baja; ella usaría la que estaba al lado, por si su amiga necesitaba algo. Aixa se recostó en la cama, mientras Liu, sentada en el borde, le contaba lo que había sucedido.

—Lo siento mucho y no deberías estarme cuidando. Ya tienes tus propios problemas.

—No te preocupes, me agrada tener tu compañía. Es mejor hacernos compañía la una a la otra.

—Pero al menos tú estarás trabajando, mientras que yo soy una inútil. No podré volver a volar —dijo Aixa con voz triste.

—Aixa, estoy segura de que podrás hacer otras cosas.

—No es cierto, ahora soy casi como un anciano al que se le dificulta… —hizo una pausa y tomó aire—. Hacer las cosas, incluso hablar me cuesta ahora.

—El doctor dijo que será por unas semanas.

—Si es que mejoro con el tratamiento.

—Y estoy segura de que lo harás; eres joven.

—Eso lo dices… porque eres mi amiga… y psicóloga.

—Deja de menospreciarte. Descansa y no pienses que eres una inútil. Seguro hay algo relacionado con los aviones que puedas hacer.

Capítulo 6

Eir estaba completamente con la mente en blanco. El dolor de saber que su hermana menor había muerto era abrumador, al igual que el hecho de que la abuela de las niñas, madre de su cuñado, renunciara a cuidarlas, alegando que estaba vieja y cansada para hacerse cargo de dos criaturas: una de cinco años y otra de cuatro meses, que necesitaría cuidados especiales mientras su pierna sanaba.

Eir amaba a sus sobrinas, pero nunca había deseado ser madre; le bastaba con ser tía y darles su amor durante cortos períodos, disfrutando de su compañía solo algunas horas. Pero ahora, estar con ellas a diario sería algo muy diferente. La cardióloga sabía que su vida cambiaría completamente, que se llenaría de nuevas responsabilidades que nunca había estado dispuesta a asumir. Sin embargo, la vida, el destino y la pérdida de su hermana la obligaban a cuidar de esas niñas.

Para Eir, no era el mejor momento de su vida. Primero, el engaño de Cadence y ahora la muerte de su hermana. Se sentía fatal; había perdido completamente el apetito y solo lloraba. Cuando no lloraba, pensaba en cómo iba a cuidar a sus sobrinas y en cómo le diría a Sofía que su padre y su madre ya no estaban, que habían muerto.

Fue una noche larga y una mañana espantosa para Eir. Horas antes, tuvo que pasar a reconocer el cuerpo de su hermana y cuñado para que le fueran entregados y pudiera darles cristiana sepultura. Ahora, a la luz del día, Sofía ya había despertado. A pesar del accidente, en el que no le había pasado nada grave, había sufrido una leve contusión, por lo cual también tuvo que ser ingresada a observación. Eir sabía que Sofía la necesitaría cuando abriera los ojos y, cuando su sobrina lo hizo, ella estaba allí.

Lo primero que hizo Sofía fue preguntar por su mamá, luego por su papá y, por último, por su hermana menor. Eir tuvo que hacerse la dura y contener las lágrimas para explicarle a su sobrina, de la manera menos cruel posible, que sus padres ya no estaban con ella. Sabía que Sofía no era tonta, pero seguía siendo una niña inocente, a pesar del mundo y de los peligros que la rodeaban. Ahora, Eir tendría que velar porque eso continuara hasta que Sofía se convirtiera en adulta.

—¿A dónde han ido? —quiso saber Sofía.

—Al cielo.

—¿Y por qué no nos llevaron con ellos? —inquirió Sofía, con los ojos llenos de lágrimas, y Eir también se sintió inundada de los mismos sentimientos.

—Porque ahí solo van ciertas personas, las que son buenas y se portan bien —dijo Eir, abrazándola.

—Pero yo quiero ir con ellos —sollozó Sofía.

—Cuando seas más grande podrás ir. Por ahora, tú debes ayudarme a cuidar de tu

hermanita. Las dos se quedarán conmigo.

A pesar de que intentó hacer menos dolorosa la noticia, Sofía lloró porque sentía que sus padres la habían dejado. Eir, por su parte, estaba enojada con la vida, por la forma en que el destino le había quitado a su hermana.

Horas más tarde, cuando Sofía salió del hospital, Eir la llevó a casa de una de sus amigas para que cuidara de ella mientras ella preparaba el funeral de su hermana. Además, Eir no deseaba que Sofía estuviera presente, pues sabía que eso de que habían ido al cielo era solo una forma disimulada de decirles que sus padres habían muerto.

Eir no sabía cómo seguía en pie después de organizar y asistir al funeral de su hermana, recibiendo el pésame de cada persona que llegaba para darle el último adiós a la pareja. La abuela de Sofía y Lía estaba más que inconsolable, y Eir no podía decirle nada porque se sentía igual; solo podía ignorarla por momentos para no volver a llorar.

No obstante, tuvo que enfrentarse a las preguntas de sus amigas, que le cuestionaron sobre la ausencia de Cadence a su lado en un momento como ese. Eir simplemente les dijo que se habían separado y nada más. Por supuesto, no iba a entrar en detalles, mucho menos a confesar que Cadence le había sido infiel. A pesar de que le hirviera la sangre al recordar lo que había visto, aquello seguía siendo parte de su intimidad, y decidió permanecer en silencio.

Eir sentía que la amargura se había atascado en su garganta. Tras el entierro de su cuñado y hermana, volvió al hospital para buscar a Lía, que esa tarde le daban de alta. La cardióloga apenas podía con su alma, pero no podía ir a casa y dejarse caer en el sofá. Además de ir por Lía, necesitaba recoger a Sofía en casa de su amiga.

Con las dos niñas juntas, Eir finalmente condujo a casa. Al llegar, aunque deseaba echarse a dormir, no pudo hacerlo, ya que Lía comenzó a llorar, seguramente porque tenía hambre. Eir se había olvidado de comprar leche y biberones. No quería salir de nuevo, menos con una bebé de cuatro meses llorando, así que decidió llamar a una farmacia para hacer un pedido de lo que necesitaba. Luego llamó a una pizzería para que Sofía comiera, ya que todo lo que le había ofrecido se había negado a comer, excepto la pizza. Por el momento, no quería discutir con ella ni generar tensión; otro día lidiaría con su resistencia a la comida sana.

A pesar de que era tarde, Eir sintió que las horas pasaban demasiado lento. Lía, a pesar de tomar su biberón, no dejaba de llorar pidiendo a su mamá. Eir casi se pone a llorar junto con ella, sintiendo la impotencia de no poder hacer que su hermana volviera a la vida para que terminara de criar a sus hijas. Sin embargo, Lía se quedó dormida de tanto llorar, y Eir sintió una infinita ternura por la pequeña, a la cual acostó en su enorme cama y rodeó de almohadas para que no cayera al suelo. Cuando Eir levantó la vista, se topó con Sofía de pie, apoyada en el marco de la puerta de su habitación.

—Tía, tengo sueño —dijo Sofía, frotándose los ojos una vez que tuvo la atención de Eir.

—¿Quieres dormir conmigo? —le preguntó, y Sofía asintió.

Eir pensó en darle un baño a la pequeña, pero no tenía ropa, así que tendría que esperar al día siguiente para ir a casa de su hermana y conseguir algunas cosas para sus sobrinas. Acostó a Sofía y esperó a que se durmiera antes de entrar al baño, desnudarse y darse una larga ducha.

Aunque le gustaba dormir solo en bragas, ahora, con la presencia de sus sobrinas, tuvo

que usar un pijama. Apagó la luz y dejó encendida una tenue lamparita cerca de su cama para que Lía y Sofía no tuvieran miedo si despertaban en medio de la noche. Eir se quedó dormida de inmediato en una pequeña parte de la cama, pero al cabo de tres horas fue despertada por Sofía.

—Tía, tía. Lía está llorando, creo que se ha hecho caca.

Eir despertó confundida y miró a Sofía desconcertada. Luego escuchó el llanto de Lía a todo pulmón y recordó de golpe que su hermana había muerto, que ahora ella tendría que hacerse cargo de ellas y que aquello no era una pesadilla, sino la pura y cruel realidad.

Sin sacudirse del sueño del todo, se levantó rápidamente, tomó a Lía en brazos y bajó las escaleras para preparar su biberón en la cocina. Esa noche, Eir se despertó tres veces con Lía llorando por su leche. Cuando amaneció, los berridos de Lía la despertaron de nuevo; buscaba a su madre y, al sentir que Eir la cargaba, lloró aún más.

—Quiere a mamá, y yo también —dijo Sofía.

Eir no respondió; solo se dirigió nuevamente a la cocina, con Sofía detrás, para preparar el biberón de Lía. Al terminar con la pequeña de cuatro meses, Eir le sirvió cereal con leche a Sofía, agradecida de que todavía disfrutara del cereal de chocolate por las noches, lo que le permitía ofrecerle algo.

Eir se tomó una buena dosis de café. Normalmente, solo tomaba una taza por las mañanas, pero ahora estaba en una situación diferente. Para espabilarse, se preparó tres tazas y luego salió de casa con compañía, rumbo a la casa de su hermana en busca de las cosas de las pequeñas.

Sin embargo, cuando llegó y cruzó la puerta de la casa con las niñas, tanto Lía como Sofía se notaron visiblemente cómodas y relajadas. «Claro, es su entorno al que están acostumbradas». Sofía desapareció de su vista de inmediato, corriendo a su habitación, mientras Eir se sintió extraña al estar en casa de su hermana sin ella presente.

—¡Tía! ¿Vamos a quedarnos aquí? —le preguntó Sofía, haciendo que Eir olvidara momentáneamente la tristeza y soledad que la invadían.

—¿Te gustaría estar más aquí que en mi casa?

Sofía la miró con sus ojos inocentes, jugó un momento con sus manos y le respondió con toda la sinceridad característica de los niños.

—Es que aquí tenemos todas nuestras cosas. En tu casa no hay más camas, ni juguetes, ni ropa. Aquí hay todo lo que te hace falta, tía. ¿Por qué no vienes tú a vivir aquí?

—¿No te gusta mi casa?

—No, es muy aburrida —le dijo Sofía con timidez.

A Eir no le quedó más que sonreír ante la sinceridad de su sobrina. Al pensarlo bien y escuchar la petición de Sofía, comenzó a considerar seriamente la posibilidad de mudarse allí.

Había más de una razón para hacerlo. Era cierto que en su casa no había lo necesario, y mover las cosas de las niñas sería más complicado que llevar su propia ropa y lo esencial a casa de su hermana. Además, sería más fácil para las niñas acostumbrarse a su nuevo entorno y extrañarían menos su hogar, aunque sabía que siempre echarían de menos a sus padres.

Eir volvió a hacer maletas y se mudó a casa de su hermana, eligiendo no ocupar la recámara principal, ya que Sofía le mencionó que la de huéspedes estaba disponible. Eir comprendió el recelo de la pequeña. Ella no quería instalarse en la habitación que había ocupado Naima y su esposo; sabía que para Sofía, el recuerdo de sus padres debía permanecer intacto.

A pesar de que trató de dormir cuando Lía lo hacía y Sofía se entretenía viendo caricaturas, el sueño y el cansancio no se le quitaban. Se había tomado una semana para acostumbrarse a su nueva vida con las dos niñas, pero seguía sintiéndose igual y sin poder adaptarse. Por eso nunca había deseado tener hijos, pero ahora debía cuidar y criar a las de su hermana.

El lunes volvió al trabajo, necesitaba retomar su vida laboral al menos en ese aspecto, ya que ahora dos niñas dependían de ella y nadie más iba a ayudarles. Lía asistía a una estancia infantil y Sofía regresaba al preescolar mientras ella daba consultas.

Eir tuvo que organizar muy bien sus horarios para asegurarse de tener tiempo suficiente para recoger a Sofía del preescolar y a Lía de la estancia, y luego dejarlas al cuidado de una señora que había contratado por algunas horas para que se quedara con ellas el resto de la tarde mientras Eir regresaba a casa.

—¡Tía! —se alegró Sofía al verla llegar.

A Eir nunca le habían dado una bienvenida tan cálida como la que le ofrecía aquella niña y, de repente, el dolor y la tristeza que había albergado en su pecho durante esos días desaparecieron.

—Hola, mi amor. ¿Cómo te fue el día de hoy? ¿Te portaste bien? —le preguntó Eir, abrazándola.

—Sí, y me gané una estrellita —dijo orgullosa, mostrándole a su tía el distintivo en su frente.

—¿Y eso por qué?

—Porque no me peleé con ningún niño.

Ese día, Eir no había podido ir por Sofía al preescolar, así que le pidió a la señora que las cuidaba por la tarde que lo hiciera. Desde que Sofía regresó a la escuela tras el accidente y la muerte de sus padres, había comenzado a mostrar un comportamiento agresivo con algunos niños, y la directora la llamó para informarle sobre la situación. Ahora, como responsable de la niña, Eir la llevó al psicólogo. La maestra le había recomendado a una profesional que atendía tanto a niños como a personas de cualquier edad, y aunque Eir era un poco desconfiada, decidió investigar antes de llevar a su sobrina.

Tal como le había dicho la maestra, la psicóloga Liu Villaseñor era muy conocida y había dado varias conferencias. Después de algunas sesiones semanales, Sofía parecía volver a ser la niña que era antes, aunque ahora también se mostraba más temerosa. Cada vez que Eir la dejaba en el preescolar, Sofía le hacía prometer que volvería por ella para llevarla a casa. Liu le había explicado que era algo normal dado lo que había vivido.

—¿De verdad?

—Sí.

—Qué bueno, entonces mañana compraré helado de chocolate. Pero debes seguir portándote bien.

Sofía asintió efusiva. Esa noche, mientras Eir se preparaba para ir a la cama, recibió un mensaje de Cadence:

Siento mucho lo que pasó con tu hermana. Me enteré por nuestras amigas. Deseé ir, pero estaba segura de que no querrías verme. ¿Cómo vas?

Eir decidió responderle, pensando que al menos debía ser educada al contestar su mensaje por haberse tomado la molestia de darle el pésame e interesarse por su bienestar, aunque estaba segura de que Cadence sabía que ahora estaba cuidando de sus sobrinas.

Bien, gracias.

¿Cómo están las niñas?

Bien, dentro de lo que cabe.

Eir no podía negar que Cadence les tenía cariño a las niñas, y que había sido gracias a ellas que, desde que las conoció, le había nacido el instinto de ser madre, aunque no a ella. Sin decirse nada más, terminaron sus mensajes sin un adiós o hasta luego.

Capítulo 7

Liu llegaba todas las tardes agotada; rara vez tenía pocos pacientes y, últimamente, había empezado a beberse dos copas de whisky antes de ir a su habitación para ducharse e irse a la cama. Además de lidiar con todo lo relacionado con la ruptura con Ebba, Liu se esforzaba por motivar a Aixa para que no se deprimiera por no poder volver a volar y asistiera a la rehabilitación que el doctor le recomendó para que su vida fuera más o menos normal. Sin embargo, Aixa se negaba a ir, así como también a recibir ayuda para levantarse de la cama o bañarse.

Desde que Aixa llegó, no se había bañado, y Liu no había querido discutir con ella; no podía con todo. Hacer que se tomara el medicamento también era una lucha constante día tras día y, francamente, Liu necesitaba valor, mucho valor, para hablarle de manera que no fuera la psicóloga, sino su amiga.

Liu se embriagaba con poco; tres pequeñas copas de whisky eran suficientes para que se desinhibiera con las personas de confianza, y a las nueve de la noche ya estaba en su punto.

Sin pensarlo un minuto más, Liu se dirigió a la habitación de Aixa. Al escuchar sus pasos, Aixa se apresuró a volver a la cama. Ella había estado observándola durante algunos días y se dio cuenta de que bebía todos los días antes de irse a dormir.

No se molestó en tocar la puerta; simplemente entró y la miró fijamente. Aixa le sostuvo la mirada, y durante un largo momento no se dijeron nada.

—¿Cuándo piensas salir de esa apestosa cama y lavarte el culo y la cabeza? —cuestionó Liu.

—Si no quieres olerme, sal de la habitación. No puedes echarme, tú insististe en traerme aquí.

—No voy a echarte, pero como yo te traje, te exijo que te levantes de esa cama y te bañes.

—Déjame, soy yo. ¿A quién le importa cómo huelo?

—A mí me importas. Así que desvístete —dijo Liu, acercándose a Aixa para ponerla de pie.

—¡Déjame morir en paz de una vez! —gritó Aixa, rompiendo en llanto.

—No quieres morirte. Lo sé porque has comenzado a tomarte las pastillas sin que te obliguen —respondió Liu, su voz ahora más tranquila—. Comprendo cómo te sientes; sientes que has perdido todo, pero no es así. Aixa, ni yo misma puedo con todo. Si me dejas, ¿qué haré yo? Solo nos tenemos a nosotras dos, y tú quieres rendirte.

—Todo lo que tenía era volar —murmuró Aixa, con la cabeza gacha.

—¿Y yo?

—Y tú.

—Por ti y por mí es que debes seguir adelante. Tú crees que a veces no quisiera llorar y no salir nunca de la cama. Las tengo, pero hay personas que enfrentan problemas más grandes que los nuestros y siguen adelante. Si me levanto todas las mañanas es por ti, para darte ánimo.

Aixa comenzó a llorar y Liu la abrazó, a pesar del olor a descuido.

—Te quiero —dijo Aixa.

—Yo también, pero ahora ve y báñate. Yo cambiaré las sábanas.

Aixa obedeció, y antes de entrar al baño, preguntó:

—¿Liu?

—¿Sí?

—Solo no te vayas a convertir en una alcohólica —le dijo Aixa, mirándola a los ojos, y Liu se sonrojó—. Te he visto y sé por qué lo haces; solo te pido que no lo lleves a más.

—Lo haré, no te preocupes.

Aixa entró al baño y Liu la siguió para ayudarla a quitarse los pantalones y a tallar su cuerpo de las rodillas hacia abajo.

—No tienes por qué hacerlo, ¿sabes? —le dijo Aixa.

—No me digas que ahora te da pena que te vea desnuda, sabes bien que nunca voy a llegar a tener deseo sexual por ti, así seas mi mejor amiga, no siento ese tipo de anhelo por ti.

—Lo sé, pero aun así me resulta raro que sea una amiga quien me mire así.

—Umm, tal vez.

—No lo niegues; tú no soportarías que ni yo ni nadie te viera desnuda.

—Solo lo permitiría en casos extremos en los que no pueda hacer cosas por mí misma.

—Pero al menos te dejarías.

—Quizás por eso Ebba se aburrió de mí y se fue —manifestó Liu mientras tallaba los pies de Aixa—. Ella quería probar cosas nuevas en la cama y yo nunca quise.

—Aun así, creo que el sexo no es algo tan importante en una relación.

—Tal vez para ti, que no eres como yo. Pero si fueras como yo, estoy segura de que tus relaciones no durarían mucho, y menos sobrevivirían a un matrimonio.

Aixa no dijo nada; tal vez Liu tuviera razón y su amiga se hubiera equivocado al casarse con la primera mujer que le hizo sentir cosas que nadie más había logrado.

—Creo que le propusiste matrimonio rápidamente a Ebba, y ella, al ver lo sensible que eras, no pudo rechazarte.

—Tal vez —aceptó Liu, mientras le ponía los pantalones chándal—. Quizás sentí que ella era el amor de mi vida. Fue tan distinta de todas las que conocí. En ese momento, me sentía tan sola.

—Me tenías a mí —le dijo Aixa.

—Sí, pero teníamos poco tiempo de conocernos y tú solo tenías ojos para tu novia de aquel entonces. ¿Lo recuerdas?

—Sí —aceptó—. Era todo un bombón.

—Y tú, toda una rompecorazones. Tenías amores en cada vuelo y no en cada puerto.

—Creo que lo que la zorra de Raina me hizo fue como cobrarse lo que hice con aquellas otras.

—Te advertí que no debías jugar con los sentimientos de los demás.

—Supongo que me lo merecía —admitió Aixa con tristeza.

—Raina no debió haber hecho lo que hizo contigo; fue cruel y ruin de su parte. Ese acto fue imperdonable.

—Pero hace un momento dijiste que no debí haber hecho lo que hice con aquellas mujeres, porque lo pagaría al doble. Y al final, la profecía que me vendías se cumplió.

Liu puso los ojos en blanco y se dispuso a salir del baño.

—Aixa, hay cosas que pasan solo por las decisiones que tomamos. Y sí, hay otras que se pagan por lo que hemos hecho en esta vida, pero aun así están ligadas a nuestras propias decisiones. Tu error fue haber aceptado a Raina de regreso.

—Ya sé que soy estúpida —dijo Aixa, dejándose caer en la cama—. Debiste encerrarme en un manicomio cuando tuviste la oportunidad.

—No serviría de nada. Cuando me preguntaste qué era lo correcto, te dije que no lo era.

—Pero también me dijiste que siguiera a mi corazón.

—Sí, pero ya sé que estaba fallando. Además, no podía decirte nada más porque casi la habías perdonado cuando me lo contaste. Y había tanta ilusión con ese bebé en camino que, ¿quién era yo para decirte si realmente estaba jugando contigo o no?

Se quedaron calladas, cada una sumida en sus propios pensamientos.

—¿Cómo va lo del divorcio? —preguntó Aixa.

—Bien, es de mutuo acuerdo, así que todo estará resuelto en tres meses, máximo seis, pero según mi abogado, en tres meses.

—¿Ya se llevó todas sus cosas?

—No, aún no. Dijo que venía hoy, pero creo que ya no va a venir —comentó mirando su reloj.

—¿Por eso es que estabas así?

—¿Así cómo?

—Alterada y pasada de copas.

—Tal vez —admitió Liu—. Te dejo —dijo, dando un bostezo—. Estoy cansada y tengo sueño.

—Gracias.

—No me las des; ahora solo somos tú y yo de nuevo. Creo que deberíamos vivir juntas

hasta que alguna de las dos se vaya primero de este mundo.

—Lo estás diciendo porque sabes que seré yo quien lo haga primero —declaró Aixa en broma.

—Sí, ya sabes que codicio tu fortuna —le siguió el juego—. Hasta mañana —dijo acercándose para darle un beso en la frente—. Y, por favor, ve mañana a rehabilitación, ¿de acuerdo?

—Te lo prometo. Hasta mañana.

Liu salió de la habitación y dejó escapar un gran suspiro de agotamiento mental. Decidió ir por el último trago de la noche; los anteriores ya habían perdido su efecto y necesitaba uno más para relajarse y caer como piedra. Justo cuando se acomodaba en su sillón favorito, escuchó que tocaban a la puerta y poco después recibió un mensaje de texto de Ebba, informándole que estaba fuera, que había ido por sus cosas, que se disculpaba por la demora y que además venía acompañada de Cadence. Sin embargo, Ebba le dio la oportunidad a Liu de no abrirles, para poder excusarla diciendo que ya se encontraba dormida. Pero Liu respondió de inmediato con un "no hay problema".

Sentía curiosidad por ver a la mujer por la que Ebba la había dejado de amar. Negarse a que tomara sus cosas sería muy infantil de su parte, especialmente cuando ya estaban en trámites de divorcio.

—Hola —la saludó Ebba al abrir Liu la puerta—. Pensé que ya estabas dormida.

—Aún no me duermo —los ojos de Liu se posaron rápidamente en la mujer pelirroja de cabello ondulado y ojos verdes. Admitió que era guapa y transmitía todo lo que ella no.

—Ella es Cadence —la presentó Ebba, no sin sentir cierta incomodidad.

Si habían ido tarde a casa de Liu, había sido porque Cadence había insistido en ir, mientras que Ebba decía que no, que no era correcto y que le daba pena por Liu. Entre las negativas de Ebba y las insistencias de Cadence, discutieron fuertemente por primera vez. Cadence aprovechó para expresar los celos que Liu le provocaba a veces, ya que quería conocer a la mujer que había estado cuatro años casada con Ebba.

Finalmente, Cadence conoció a la mujer que Ebba había descrito como inteligente y que había descubierto su engaño, aunque Liu fingió no darse cuenta y continuó como si nada. Cadence observó a Liu, una mujer demasiado flaca para su gusto, pero con ojos inteligentes y un rostro apacible.

—Hola, Cadence. Pasen —dijo Liu, haciéndose a un lado, pero sin extender la mano a nadie.

A Ebba le sorprendió ver que Liu llevaba un vaso de whisky en la mano y, conociéndola como la conocía, se dio cuenta de que estaba un poco ebria. Liu se acomodó de nuevo en el sillón y dejó que Cadence y Ebba sacaran lo que necesitaban; no las iba a observar ni a vigilar, y mucho menos iba a discutir por algo que Ebba se llevara y que no le pertenecía.

Ebba notó que su casi exesposa estaba más delgada y que el agotamiento se reflejaba en su rostro. Mientras Cadence organizaba algunas cajas de cartón, Ebba iba tomando las cosas que le quedaban por llevarse y las colocaba en las cajas.

—Es guapa —dijo Cadence de repente.

—¿Quién? —preguntó Ebba, sin saber a quién se refería Cadence.

—Y por lo que se ve, también rica.

Capítulo 8

Ebba comprendió poco después que Cadence se refería a Liu, y no quería volver a discutir ni pelear con Cadence por algo que ni siquiera le había dado motivos.

—Sus padres son ricos y le dieron esta casa. Pero ella es económicamente estable; le va bien.

—Y es guapa también.

—Sí, es guapa —admitió, sintiéndose cansada por lo que podía ver que se avecinaba.

—Y además, inteligente.

—¿Y a dónde quieres llegar con todo esto? —inquirió Ebba, dejando de sacar sus libros.

—Querías venir sola para ver si podías acostarte una vez más con ella.

—¿De dónde sacas eso?

Liu comenzó a escuchar que los murmullos provenientes de la que había sido su habitación compartida se elevaban, y aquello sonaba como una discusión. Pero, ¿quién era ella para intervenir en pleitos de pareja? Continuó con su bebida tranquilamente, hasta que oyó pasos apresurados bajando las escaleras. Al llegar al rellano, Cadence se le quedó mirando.

—¿Algún problema? —inquirió Liu con voz tranquila.

—No pasa nada —le respondió Ebba, llegando al lado de Cadence—. Creo que es tarde y te estamos desvelando. Mañana vengo y recojo todo con más calma.

—Como quieras, de todas formas no estoy durmiendo allá arriba —respondió Liu, poniéndose de pie.

—Liu, ¿qué es todo ese escándalo? —preguntó Aixa al salir de su madriguera, encontrándose con Ebba y la mujer pelirroja, de la cual de inmediato concluyó que era la amante.

—¿Por qué Aixa está aquí? —cuestionó Ebba, sonando celosa, y tanto Cadence como Liu le dirigieron miradas cuestionadoras—. ¿Acaso estás durmiendo con ella?

—Ebba, creo que eres la persona menos indicada para cuestionar eso —fue Aixa la que le respondió.

Cadence parecía estar devorando a Ebba con todo y mierda y esta ni se enteraba. Liu tenía unas ganas inmensas de reírse de la escena, pero al final no pudo contenerse y se carcajeó, llamando la atención de las tres mujeres presentes.

—Ebba, no tienes derecho a celarme cuando has venido con tu actual pareja a mi casa —habló Liu al dejar de reírse—. Aixa se está quedando conmigo porque la estoy cuidando; somos amigas, nada más. No tengo por qué darte explicaciones sobre mi vida, pero Aixa y yo siempre somos, fuimos y seremos amigas, siempre.

—Lo siento —se disculpó Ebba—. No volverá a pasar.

—Eso espero, porque si es de otra forma, no creo que te permita volver.

—¿Por qué esperaste tanto tiempo? —le preguntó Cadence a Liu—. ¿Por qué no le dijiste que sabías que te engañaba?

La estancia volvió a llenarse de tensión, y Ebba tomó de la mano a Cadence para retirarse, pero esta no se movió, esperando que Liu respondiera.

—¡Basta, Cadence! Vámonos.

—Espera, Ebba. Voy a responderle a tu amante —la detuvo Liu—. Porque esperaba que solo fuera algo pasajero. Aunque al principio pensé que eran problemas en su trabajo, comenzó a cambiar; su modo de verse a sí misma cambió, como si hubiera alguien nuevo a quien impresionar y yo solo fuera una compañera de cuarto y nada más.

—¡Pero esperar seis meses!

—Esperé con la esperanza de que cuatro años de matrimonio no podían terminarse de ese modo; en algún momento creí que Ebba regresaría.

—¿Y qué te hizo cambiar esa idea?

—Que el día de nuestro aniversario no se acordó de la fecha. Esa mañana, esperé a que preparara el desayuno como disculpa por su olvido, pero no ocurrió. Simplemente se marchó sin decir adiós; creo que llevaba prisa. Mientras tanto, yo seguí guardando la esperanza junto al regalo para ella. Esperé algún mensaje o llamada de su parte para disculparse, pero tampoco sucedió. Así que no me preocupé por organizar una cena especial esa tarde. Sin embargo, nuestras amigas vinieron para festejarlo, y me dio mucha vergüenza que ellas se acordaran de nuestro aniversario de bodas y Ebba no. Su cara de horror al enterarse por nuestras amigas y no por mí fue lo que me hizo darme cuenta de que lo nuestro ya no tenía arreglo. Estaba roto, al igual que yo.

Los ojos de Ebba se llenaron de lágrimas y, inevitablemente, una escurrió por su mejilla. Liu la miró y, aunque aún le dolía, ya no sentía que iba a morir; el dolor se había vuelto de baja intensidad, insistente, pero más soportable. Había aceptado que Ebba había dejado de amarla y que, por mucho que esperara, ya no volvería a su lado. Lo mejor que podía hacer por ambas era dejarla libre.

—Nunca vi el daño que te hacía —dijo Ebba, secándose rápidamente la lágrima que se le había escapado.

—No veías más allá de tus propias narices —manifestó Liu con una sonrisa.

—Estás borracha —la acusó Ebba.

—Un poco. Pero ahora, llévate a tu señora. Mañana temprano pueden venir.

Ebba y Cadence se marcharon, y Aixa se quedó con Liu en la estancia. Ambas permanecieron en silencio, mientras la psicóloga seguía bebiendo whisky.

—Dijiste que ibas a dejar de beber.

—Necesito volver a relajarme de nuevo —murmuró Liu.

—Estás borracha —le dijo Aixa, quitándole el vaso—. Ve a dormir o mañana no podrás ir a trabajar.

Aixa sabía que la presencia de Ebba y Cadence en casa de su amiga solo había servido para alterarla y angustiarla más, removiendo recuerdos dolorosos. La piloto conocía el regalo que Liu le tenía preparado a Ebba y, en otro momento, en otra situación, con mejor salud, estaba segura de que habría enfrentado a Ebba por lo que le había hecho a su amiga.

—De acuerdo —dijo Liu, poniéndose de pie.

—Estoy segura de que encontrarás a alguien que se parezca a ti y que te entienda, con quien al final podrás formar la familia que deseas.

—Gracias, pero no estoy segura. No creo volver a enamorarme. No puedo esperar que alguien que no es nada mío me ame. Si mi propia familia me rechazó, ¿por qué habría de esperar que alguien más lo haga?

—No digas eso —la consoló Aixa, abrazándola—. Estoy segura de que encontrarás a alguien. Solo es cuestión de salir.

Liu se apartó y se quedó mirándola.

—Salgo todos los días.

—Pero al trabajo, eso no cuenta.

—Claro que sí, todos los días veo gente nueva.

—Sí, pero los ves como pacientes, no como otra cosa.

—Por el momento prefiero estar sola, y tú podrías hacer lo mismo.

—No, no puedo. Ahora soy un desecho. Estoy viviendo de pura lástima.

—No estarás siempre así; mejorarás.

—No es cierto, ya no podré volver a tener sexo salvaje —dijo con una sonrisa, burlándose de sí misma.

—Me voy a dormir —manifestó Liu, poniendo los ojos en blanco.

—Yo haré lo mismo.

Aixa se volvió a su habitación, y Liu comenzó a apagar las luces. A pesar de que sabía que estaba ebria, aún era muy consciente de lo que había pasado. No podía sacar de sus pensamientos el terrible error que habría cometido si le hubiera dado aquel regalo a Ebba esa mañana de su aniversario.

Cuando entró a su habitación, en lugar de desnudarse y entrar a la ducha, se dirigió a la cómoda y abrió uno de los cajones. Allí guardaba la información de la clínica en la que ella y Ebba planeaban convertirse en madres. Junto a la carpeta, había un mameluco que había comprado impulsivamente, emocionada por la idea de ser madre, como una pista para Ebba. Ahora, todo estaba guardado, tal vez para siempre.

Se sentó en el borde de la cama y empezó a reflexionar sobre su pasado, en su familia, a la que no veía desde hacía más de seis años. No sabía nada de ellos, especialmente de sus padres, quienes la habían desterrado de casa como si fuera una leprosa. Le dolía recordar cómo la alejaron por ser lesbiana y demisexual. Aquellas palabras sonaron a sus padres como si fueran de otro mundo, cuando ella solo deseaba ser aceptada y querida, pero logró todo lo contrario.

No sabía si sus padres seguían vivos o muertos, si sus hermanos menores se habían casado y si era tía. No tenía noticias de ellos, y los números telefónicos que había conservado ya no existían. En las redes sociales la habían bloqueado, y Liu no era buena navegando por ellas; las pocas veces que intentó buscarlos, los resultados fueron infructuosos. Aun así, mantenía su perfil por si algún día decidían buscarla.

Aixa fue a rehabilitación y comenzó a sentirse mejor; al menos mostraba más ánimo, y Liu estaba feliz por ella, aunque aún sentía una sombra de tristeza en su corazón. Los días transcurrieron rápidamente y Liu se encontró sorprendida y aturdida cuando su abogado la llamó para que firmara los papeles de su divorcio. Nuevamente sintió algo extraño en el corazón, una sensación de pérdida, como si solo estuviera destinada a perder a las personas que quería. Se dio cuenta de que no había nacido para ser amada, sino que su misión en esta vida era otra.

—¿Estás bien? —le preguntó Aixa, sacándola de sus pensamientos.

—Sí.

—No lo parece —dijo Aixa, tomando asiento en el mismo sillón en el que Liu estaba para ver la película de sábado por la noche.

—Era mi abogado.

—¿Qué quiere?

—Dice que el lunes alrededor del mediodía está todo listo para firmar el divorcio.

—¡Qué rápido! —exclamó Aixa, notando cierto dolor en los ojos de Liu.

—Sí, muy rápido —susurró Liu.

∞∞∞

No se habían vuelto a ver desde aquella noche en que Ebba fue con Cadence a su casa; tampoco se habían escrito ni hablado. Ahora, sin embargo, volvían a encontrarse.

Liu miró a Ebba y la encontró radiante, con el mismo brillo de cuando la conoció. Mientras tanto, Ebba observó a Liu y se dio cuenta de que la tristeza y la melancolía cubrían su belleza, una carga que siempre parecía llevar a cuestas.

—Hola —la saludó Ebba—. ¿Cómo has estado?

—Bien. ¿Y tú?

—Bien, también.

Ebba no creyó en la respuesta de Liu; sabía que siempre decía que estaba bien, aunque no fuera cierto. Ahora, del mismo modo en que firmaron para unirse, estaban firmando para divorciarse. Liu presintió que sería la última vez que se verían.

—Espero que les vaya bien a ti y a Cadence —dijo Liu, estrechándole la mano a Ebba como despedida.

—Gracias. Lo siento, Liu —se disculpó Ebba una vez más.

—Sé feliz.

—Tú también.

Capítulo 9

Esos tres meses habían pasado volando para Eir. Entre el trabajo y cuidar de dos niñas, sentía que había envejecido tres años. A pesar de que Lía ya tenía siete meses, seguía despertándose cada tres horas, y aunque Eir comenzaba a adaptarse, la falta de sueño era abrumadora. Sus noches de ver películas o salir a cenar habían quedado atrás.

Se había convertido en casi una madre y ama de casa, y ahora entendía por qué la casa de su hermana tenía ciertos detalles que antes consideraba fuera de lugar. Ahora, esos detalles le parecían esenciales para mantener a salvo a las niñas. Cada vez que escuchaba llorar a Lía, un miedo profundo la invadía, especialmente cuando Sofía, que había dejado de pelearse con los niños de su grupo, venía a su cama buscando consuelo. Verla llorar le retorcía el corazón, y no podía evitar aceptar su presencia, incluso sabiendo que su madre ya no estaba para cuidarla.

Eir había quedado huérfana a los 19 años y, aunque ella era mayor de edad, su hermana Naima no lo era. No tenían más familiares que ellas mismas, lo que llevó a Eir a hacer todo lo posible por hacerse cargo de su hermana menor, asegurándose de que tuviera comida y estudios. A pesar de que sus padres les habían dejado una herencia, Eir no podía acceder a ella hasta cumplir los veinte, lo que significaba varios meses de trabajo arduo para mantener a ambas y, sobre todo, mostrarse fuerte para Naima.

Había enfrentado situaciones difíciles en su juventud, pero esta era diferente. Ahora eran hijas de su querida hermana, con la responsabilidad de cuidar a dos niñas en lugar de una. Lía y Sofía, con sus distintas edades y necesidades, representaban un reto mayor. Sin embargo, Lía ya se había acostumbrado a ella; siempre que la veía, extendía los brazos para que la cargara. Eir sentía un amor profundo por ambas, un amor que crecía cada día, como el de una madre por sus hijos. Sus pensamientos siempre viajaban hacia Lía y Sofía, y su deseo de protegerlas y darles un hogar lleno de amor y seguridad se volvía su prioridad.

Una tarde de sábado, Sofía le pidió a su tía que la llevara al cine. Eir no tenía mucha energía, pero Sofía la miró con esos ojos que le recordaban a Naima y no pudo negarse. Después de todo, al día siguiente era domingo y no trabajaba, así que se alistó junto a las pequeñas y se fueron.

Una vez en las taquillas, mientras hacían fila para comprar los boletos de una película infantil, Eir no se dio cuenta de que Cadence estaba entre las personas que esperaban para adquirir boletos para las siguientes funciones. Cadence observó a Eir desde el momento en que llegó con las dos niñas. Siempre había deseado verla así, pero la cardióloga siempre se había mostrado reacia a los niños. Ahora, estaba allí, con Sofía agarrándola fuertemente de la mano y cargando a Lía con el otro brazo. Se veía dulce y maternal, tal como ella había imaginado.

Ebba se dio cuenta de que Cadence miraba a alguien con mucho interés, así que siguió su mirada y descubrió que se trataba de Eir, que iba acompañada de dos niñas: una de aproximadamente cinco o seis años y la otra de solo cinco o siete meses.

—Qué caprichosa es la vida, ¿no crees? —dijo Ebba, llamando la atención de Cadence.

—¿Por qué lo dices? —preguntó, volviendo su mirada hacia Ebba.

—Por tu ex —declaró—. Es a la que mirabas, ¿verdad?

Cadence guardó silencio y volvió a fijarse en Eir.

—No quería tener hijos, y ahora tiene que cuidar de sus sobrinas. Eso es lo más irónico que puede hacerte la vida.

—Eir no quería tener hijos no porque fuera egoísta o pensara que perdería su libertad. Quizás una parte de ella pensaba en eso, pero lo que realmente temía era dejar a sus hijos solos, como ella y su hermana se quedaron. Eir tenía diecinueve años cuando se quedó huérfana con Naima, que solo tenía catorce, así que Eir tuvo que hacerse responsable de ambas.

Ebba le lanzó una última mirada a Eir justo antes de que se encaminara hacia una de las salas que proyectaría la película infantil que verían.

Eir esperaba que Lía diera molestias, pero la pequeña se portó muy bien e incluso se entretuvo viendo la película. Sin embargo, a mitad de la función, comenzó a pedir su biberón y, una vez que se lo dio, se quedó más dormida que despierta. Por eso, cuando salieron de la sala, Eir le pidió a Sofía que la agarrara de la ropa y que no se soltase de ella hasta llegar al auto. Esa noche, Sofía sintió que Eir era como una madre, y sin querer se le escapó un:

—Hasta mañana, mami.

—Hasta mañana, corazón —respondió Eir, notando que Sofía se sonrojaba por lo que había dicho—. No me voy a enojar ni molestarme si me dices mamá —añadió, acercándose para abrazarla—. Sé que no soy tu madre, pero te quiero y trataré de cuidarte a ti y a tu hermana como si ella estuviera aquí. Además, les daré todo mi amor.

Sofía asintió y abrazó a su tía. Luego, Eir la acompañó al baño para que se duchara. No la bañaba, respetaba su privacidad y desde afuera le indicaba que se lavara bien. Una vez que Sofía salió, Eir le secó el cabello y luego la peinó.

∞∞∞

Cadence se dio cuenta de que Ebba había cambiado de estado de ánimo al percatarse de que estaba mirando a Eir a la distancia con sus dos sobrinas. Una vez en la sala, mientras veían la película, Ebba no le echó el brazo sobre los hombros como solía hacer. El regreso a casa estuvo envuelto en un silencio tenso.

—¿Por qué estás enojada? —preguntó Cadence, aunque ya sospechaba la razón.

—No me gustó la forma en que te quedaste mirando a Eir —respondió Ebba con desdén.

—No me quedé mirando de ninguna forma.

—Claro que sí, la mirabas con cara de boba.

—Eso es una invención tuya para pelear conmigo.

—¡La que miente eres tú! Se te iban los ojos viendo a la cardióloga.

—¡Mientes!

No era la primera vez que Ebba y Cadence discutían por celos; solían hacerlo cuando alguna de las dos fijaba la mirada en otra mujer por más de dos segundos. Sin darse cuenta, habían adquirido esta costumbre cada vez que salían juntas, usando esas peleas como una forma de avivar la pasión en sus reconciliaciones. Aunque los celos eran genuinos, lo que sentían dentro y fuera de la cama era intensamente apasionante.

∞∞∞

Liu se sentía completamente exhausta y aburrida. Aceptaba que experimentaba cierto hastío y, en un arranque de impulsividad, decidió llamar a una agencia de viajes. Quería probar cosas nuevas por su cuenta, sabiendo que Aixa no podría acompañarla debido a sus problemas de salud. Su única mejor compañía sería ella misma.

—No puedo creer que te vayas de viaje sola —le dijo Aixa mientras observaba a Liu hacer sus maletas.

—Yo tampoco, y si sigues así, haré que me arrepienta —respondió Liu, llevándose las manos a la cara.

—No lo harás. Tú sabes mejor que nadie que necesitas este viaje. No te preocupes por mí; ya estoy mejor y Toñita está aquí cuidándome y haciendo las tareas de la casa. La rehabilitación me ha servido de mucho.

—Y no dejes de ir a tus sesiones. No hagas nada imprudente. Aún te quedan dos meses para que la aerolínea te haga la prueba y determine si puedes volver a volar.

—No cometeré ninguna imprudencia, me cuidaré para regresar a volar. Quizás ese médico solo dio un mal pronóstico.

—Tal vez, pero al final, quienes tienen la última palabra son los de la aerolínea.

—Así es.

∞∞∞

Liu tomó un taxi hacia el aeropuerto, arrastrando su maleta detrás de ella. Al llegar, se sentó a esperar su hora de vuelo. No se trataba de un viaje internacional, sino de una escapada a una isla poco visitada, donde había reservado un bungaló frente al mar por dos semanas. Deseaba escapar de la ciudad y de la casa que le traía recuerdos de su relación con Ebba. Liu quería superar su historia, y sabía que estar en casa complicaría ese proceso. Aunque Aixa la acompañara, cuando se quedaba sola, todo era diferente. La rutina la llevaba a pensar en Ebba, en sus movimientos y en todo lo que solía hacer. Era hora de seguir adelante y recuperar su amor propio.

En el avión, se sentó junto a una mujer joven, alta y delgada, de piel muy clara. Liu pensó que esa mujer realmente necesitaba el sol. No hablaron mucho, solo intercambiaron algunas palabras vagas sobre el vuelo. La mujer se durmió pronto, mientras Liu permaneció despierta. No le gustaba dormir en el aire; disfrutaba de ver las nubes y el panorama que se desplegaba desde las alturas, por lo que siempre procuraba sentarse junto a la ventanilla.

De ese modo, Liu comenzó a despejar su mente, dejando atrás su mal de amor y emocionándose por lo que viviría en su viaje. Ya se imaginaba en la playa, sintiendo el mar en sus pies o durmiendo en una hamaca al mediodía.

Al aterrizar, un vehículo de la agencia de viajes la esperaba. No era la única; la joven que había estado sentada a su lado en el avión también subió al vehículo, junto con tres personas más. A Liu le llamó la atención que la joven no cargaba ni arrastraba su maleta; otra persona se la llevaba. Cuando la subieron, la mujer le pagó al tipo que la había ayudado.

Por suerte, la mujer volvió a sentarse junto a Liu, ya que era el único asiento libre. Tras casi tres horas de viaje, llegaron a su destino: era pasado el mediodía cuando finalmente alcanzaron la Isla Holbox. Allí les explicaron los servicios que ofrecía la isla. En resumen, podían caminar a cualquier parte, alquilar bicicletas o carritos de golf para pasear, hacer compras o disfrutar de restaurantes de lujo, aunque también había opciones más casuales a pocos pasos.

Liu fue conducida a su bungaló y sintió una inmensa felicidad al quedarse sola, respirando el aire limpio y fresco con un toque salino. El clima era agradable, y la brisa mantenía una temperatura perfecta. Lo primero que hizo fue despojarse de la ropa, quedándose solo con el traje de baño que llevaba debajo.

Buscó rápidamente entre su equipaje y sacó el bloqueador solar, aplicándose generosamente en todo el cuerpo antes de salir a nadar al mar. Tenía hambre, pero decidió que comer podría esperar; no quería que el sueño interfiriera con su deseo de sumergirse en el agua. Además, quería ser la primera en disfrutar de la playa y aprovechar la tranquilidad del lugar, saboreando la soledad, aunque había un leve murmullo de gente a lo lejos.

Sin embargo, cuando llegó a la playa, se topó con la misma joven, pero en lugar de un traje de baño, llevaba bermudas y una amplia playera de tirantes negra que el viento movía debido a su delgadez. Liu sintió curiosidad por ella, ya que solo se mojaba los pies, y pudo distinguir, a la distancia en la que se encontraban, el anhelo que tenía de meterse y nadar un poco. Aunque deseó hablarle, prefirió quedarse callada y adentrarse en el agua sin más.

Nía observó a la mujer con la que se había sentado varias veces durante el viaje, y que, por cierto, tenía su bungaló al lado del de ella. También había sentido el impulso de ir al mar, pero a diferencia de Liu, Nía no podía meterse. Aunque pensó en retirarse, no pudo evitar quedarse allí plantada, hipnotizada al ver a Liu nadar como si fuera una sirena en su hermoso traje de baño.

En un principio, Liu no se dio cuenta de que la mujer la observaba mientras nadaba bajo el sol, pero al darse cuenta de que estaba siendo observada, se puso nerviosa y decidió salir del agua. Se sintió cohibida porque no había llevado una toalla para cubrirse. Sin embargo, la mujer no la miró fijamente y ambas abandonaron la playa al mismo tiempo.

Liu se duchó y se puso un sencillo vestido para ir a comer a algún lugar cercano, ya que no deseaba alejarse demasiado ese día. Luego recordó que Aixa seguramente había intentado comunicarse con ella; con la emoción de meterse al agua, se había olvidado de avisarle a su amiga que había llegado.

Una vez que se puso en contacto con Aixa, salió a buscar un lugar para almorzar. Mientras caminaba entre los pequeños puestos de los lugareños, se llevó la sorpresa de ver a la mujer que la había estado observando en la playa y que había viajado con ella, también allí para

comer.

Nía sintió que alguien la observaba y, al voltear, descubrió que era la mujer que se había metido a nadar en la playa y con la que había compartido asiento. Luego se dio cuenta de que eran las últimas en ser atendidas y que no habría más mesas libres, solo una, la cual tendrían que compartir.

Ambas pidieron lo mismo en el mismo puesto, se miraron con sorpresa y terminaron sonriéndose, ya que no era la primera vez que coincidían durante el día. De repente, surgió una conexión de complicidad y compatibilidad, algo que ninguna de las dos había sentido antes, lo que resultó extraño para Liu. Ahora que tenía a la joven mujer tan cerca y la estudiaba con detenimiento, no encontró nada malo en ella; al menos, no le dio la sensación de maldad.

—Soy Nía —dijo, extendiendo su mano hacia la psicóloga.

—Soy Liu —respondió, estrechando la mano de Nía.

—Otra casualidad, nuestros nombres solo tienen tres letras.

—Así es, incluso compartimos una vocal.

—Y así como compartimos esa vocal, ¿podríamos compartir mesa?

—Claro.

Capítulo10

Liu y Nía pasaron el resto de la tarde juntas, caminando por la playa hasta que el atardecer les regaló una vista maravillosa. Cuando oscureció, ambas bostezaron y rieron, encontrando extraño lo que hacían sin siquiera conocerse.

—Creo que será mejor que vayamos a descansar —dijo Nía.

—Sí, me muero de sueño.

Regresaron a sus bungalós, contentas de estar una al lado de la otra.

—Si necesitas algo, estoy aquí al lado —ofreció Liu.

—Muchas gracias. Lo mismo para ti.

—Hasta mañana.

—Descansa.

Liu nunca esperó encontrar a alguien con quien se sintiera tan cómoda, capaz de conversar horas sobre cosas triviales, pero lo suficientemente interesantes como para mantener su atención. Así que se encontró deseando pasar más tiempo con Nía al día siguiente.

Liu se dio una larga ducha y, antes de acostarse, decidió revisar su celular, que tenía en modo silencioso. No quería estar conectada demasiado tiempo; estaba de vacaciones para olvidar, al menos por unos días, su vida en la ciudad, y conocer a Nía había añadido un plus a su descanso.

Mientras tanto, Nía también disfrutaba de la agradable sensación de haber compartido aquel día con Liu. La encontró interesante, inteligente y, sobre todo, observadora. Notó cómo Liu la estudiaba en el pequeño puesto de comida, y le pareció fascinante la forma en que esos ojos grises le ofrecieron su confianza.

Durante su paseo por la playa, ninguna de las dos se hizo preguntas personales. Hablaron sobre el lugar y de temas triviales, como si se hubieran puesto de acuerdo en no profundizar en sus vidas. Nía, temerosa de espantar a Liu debido a la desconfianza que había mostrado al principio, se sintió aliviada al final del día cuando Liu le obsequió una sonrisa sincera.

∞∞∞

Liu despertó muy temprano; aún no amanecía del todo y el cielo estaba lleno de estrellas. Se atrevió a nadar en el mar en topless, disfrutando del silencio y la soledad. Ni siquiera Nía estaba despierta. Al salir del agua, vio que las luces comenzaban a encenderse y corrió hacia su bungaló para que no la viera.

Después de darse un baño, Liu salió para desayunar en el restaurante del bungaló. Cuando llegó, Nía aún no estaba, así que Liu pensó que probablemente era muy temprano para

ella. Mientras disfrutaba de su café, notó que alguien se detuvo a su lado y descubrió a Nía, quien le brindaba una cálida sonrisa con sus dientes blancos y perfectos.

—¡Buen día! —saludó Nía.

—Buenos días. ¿Me acompañas?

—Claro, déjame ir a pedir el desayuno.

Nía regresó poco después, aunque aún sin su desayuno.

—Tendré que esperar un momento —dijo al tomar asiento frente a Liu, quien se llevaba un bocado de fruta a la boca.

—Puedo esperarte. Mientras tanto, solo beberé mi café —manifestó Liu.

Nía le sonrió y, justo cuando Liu se llevaba la taza a los labios, notó una marca en su dedo corazón, donde usualmente se lleva una alianza matrimonial. Estaba a punto de hacerle una pregunta personal cuando llegó su desayuno.

Liu se sorprendió al ver el delicado desayuno de Nía. No había jugo ni café, solo un plato de fruta: manzanas, uvas, fresas, peras y melocotones, todo bañado en yogur y cereal.

—No has pedido café ni jugo —observó Liu.

—No, no suelo beberlos.

—Llevas una dieta estricta.

—Sí, pero no por lo que crees.

Liu notó que Nía se puso incómoda y decidió no preguntar más. Se limitó a comer en silencio, notando también que Nía no había pedido agua ni ningún otro líquido.

—¿Te gustaría dar un paseo en bicicleta? —le propuso Nía a Liu al salir del restaurante.

—Claro.

Fueron a rentar unas bicicletas y se dispusieron a ir hacia el centro de Holbox para visitar sus mercados y tiendas. Tanto Nía como Liu se sintieron a gusto pedaleando por las calles de arena blanca. El ambiente era muy diferente al de la ciudad: bohemio y relajado, sin tráfico pesado, ya que los medios de transporte más comunes eran los carritos de golf, bicicletas y caminar.

Las calles estaban llenas de murales coloridos de arte urbano, y las casas estaban pintadas en tonos brillantes. A lo largo de las vías, la vegetación tropical, con palmeras y arbustos, bordeaba algunas áreas, ofreciendo densas sombras.

El tiempo recorriendo el lugar se les pasó volando, y Nía, al mirar su reloj —que nunca se quitaba y revisaba constantemente—, pidió regresar. Al llegar, devolvieron las bicicletas.

—Tengo algo que hacer, así que volveré al bungaló —le dijo Nía—. Pero si gustas, podemos vernos más tarde.

—Claro, si quieres, podemos nadar.

—Entonces, nos veremos en la playa.

—Allí te espero.

A Liu le habría encantado seguir pasando más tiempo con Nía, pero parecía tener algo urgente que hacer, y ella no podía retenerla. Se sorprendía a sí misma deseando tenerla a su lado más tiempo del que Nía decidía compartir. Sin ella, Liu decidió regresar a su bungaló y tomar una siesta.

Nía también se quedó dormida, sintiéndose descansada y lista para pasar el resto de la tarde con Liu. Se imaginaba mirando a Liu jugar en el agua, aunque deseaba poder aplicar bloqueador solar en las partes que ella no alcanzara. Quería vivir una de esas escenas que a menudo veía en series y películas, o que incluso ella misma escribía, pero sabía que eso no ocurriría.

Liu durmió profundamente y, al despertar, se dio cuenta de que ya era más tarde de lo que pensaba. Al salir, notó que el cielo estaba rojizo y, al mirar hacia la playa, vio a Nía sentada, quizás esperándola o simplemente disfrutando del atardecer.

—Lo siento, me quedé dormida —se disculpó Liu, sentándose junto a Nía, quien no pudo evitar desviar la mirada hacia las piernas de su nueva amiga.

—No te preocupes, yo también me quedé dormida. Solo esperé un poco.

Aunque Nía había deseado ver a Liu nadar de nuevo, se sentía aliviada de no tener que explicar por qué no podía meterse al agua.

—Aun así, podemos nadar un poco antes de ir a cenar —propuso Liu, levantándose y quitándose la bermuda y la camiseta, extendiendo su mano hacia Nía—. Vamos, no perdamos más tiempo.

Nía tomó la mano de Liu y sintió pena por no poder ser saludable para meterse al agua con la mujer que le gustaba. Aunque Liu no era la primera ni la única que despertaba sentimientos en Nía, todas se alejaban al enterarse de su problema.

—Ve tú —dijo Nía.

—No es divertido si voy sola; quedamos en entrar las dos, ¿recuerdas?

Liu, con su mirada inteligente, se dio cuenta de que Nía ocultaba algo que le daba vergüenza compartir. Se sentó nuevamente junto a ella y respetó el silencio que se había instalado entre ambas.

—Puedes confiar en mí —le dijo Liu—. Sé que nos acabamos de conocer y no tienes la confianza suficiente conmigo, pero… soy psicóloga. Si necesitas decirme algo, puedes hacerlo; no voy a burlarme de ti. No estoy cobrando, ya que estoy de vacaciones —intentó bromear, logrando que Nía la mirara de nuevo y le dedicara una media sonrisa.

—Yo soy escritora.

—Nunca había conocido a una escritora.

—Y yo a ninguna psicóloga.

Liu comprendió que Nía estaba intercambiando información, así que continuó desenvolviendo su equipaje.

—Me acabo de divorciar hace un mes y quise escapar de la rutina.

—No puedo meterme al agua porque llevo un catéter en el estómago para diálisis

peritoneal.

—¿Hace cuánto que lo llevas?

—Desde hace seis años.

—¿Ninguno de tus familiares ha sido compatible para donarte un riñón?

—No, mis padres y mi hermana se hicieron las pruebas y nadie fue compatible conmigo. Estoy en una larga lista de espera, pero como sabrás, hay personas que lo necesitan más que yo.

Lo sé. Al menos tu caso no es tan grave; puedes hacerte el tratamiento tú misma y viajar.

—Pues sí, no puedo quejarme. Aunque, por otro lado, las chicas con las que salí dejaban de verme al saber que llevo un catéter para diálisis. Por eso, odio mi condición.

—No entiendo por qué lo hacen; eres una compañía muy agradable —dijo Liu, provocando que Nía sonriera y se sonrojara un poco —. Puedes hacer casi de todo, ¿no?

—Umm, sí, casi de todo.

—También puedes tener sexo, ¿no?

—Sí, también —admitió Nía, sonriendo aún más. Liu le parecía encantadora, pero lamentaba que tuviera el corazón roto y no estuviera lista para algo más que una amistad. Si eso era lo único que podía tener al terminar las vacaciones, lo aceptaría.

—Pero no puedo hacerlo de manera salvaje o en posiciones que me hagan daño debido al catéter.

—Entiendo; imagino que debes proteger esa área antes del acto.

—Sí, con vendaje o una faja suave, para asegurarme de que el catéter no se mueva. A veces, es mejor que se vayan; me da pena que me vean de ese modo.

—Considero que no deberías avergonzarte. Quien te ame y te acepte tal como eres no se fijará en tu condición. Esa persona te querrá por quien eres y cuidará de ti.

A Nía nunca nadie, aparte de su madre y hermana, le había dicho tales palabras, pero no quería aceptar que Liu hablaba bonito solo porque era psicóloga.

—Y te lo digo como amiga, no como psicóloga. Recuerda que estoy de vacaciones —le recordó Liu, brindándole una sonrisa. Entonces, notó que los ojos de Nía se llenaban de lágrimas.

Liu sintió algo extraño al verla y, sin pensarlo, la rodeó en un abrazo, sin importar que ella estuviera casi semidesnuda y Nía vestida con una amplia playera y bermudas. Ahora entendía por qué su ropa era holgada, su alimentación y por qué no bebió café esa mañana.

Nía no pudo evitar que el ligero perfume de Liu invadiera su sentido del olfato; olía a una flor blanca, a una que su madre solía tener en el jardín, aunque no recordaba el nombre. Cuanto más intentaba recordar, más inhalaba y se abandonaba en los brazos de aquella mujer.

—Gardenia —dijo Nía sin pensar.

—¿Qué? —preguntó Liu, sin escuchar bien lo que Nía había dicho cerca de su cuello, lo que provocó que su piel se erizara.

—Que hueles a gardenias.

Capítulo 11

Liu había vuelto bronceada, con una sonrisa en los labios y el número de Nía en su lista de contactos. Aixa no podía creer lo bien que le habían sentado las vacaciones; al verla entrar, solo se limitó a observarla.

—¿No piensas darme un abrazo de bienvenida? —le dijo Liu.

—Claro —respondió Aixa, acercándose para abrazarla—. Lo que pasa es que solo quería seguir mirando a la nueva mujer que regresó de vacaciones. Te sentó de maravilla irte de casa.

Aunque Aixa sabía que no solo había sido el viaje, sino también la compañía de Nía, que encontró sin proponérselo, la piloto solo sabía algunas cosas sobre Nía, únicamente lo que Liu había querido contarle. Ella no preguntó más, solo se limitó a leer los mensajes que Liu le enviaba, donde hablaba de los paseos que hacían juntas o de las comidas que compartían. Aixa concluyó que Liu había pasado la mayor parte del tiempo en compañía de Nía.

—¿Cómo va todo por aquí? —preguntó Liu, dejándose caer en el sofá.

—Bien, todo va bien.

—¿Y la rehabilitación?

—No me quejo —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero ahora que has vuelto, creo que es momento de que regrese a mi casa. He pasado mucho tiempo aquí y mi hogar también necesita mi presencia.

—Está bien, no me opondré. Creo que ya estás mejor, aunque considero que deberías buscar a alguien que te ayude con los quehaceres del hogar, al menos por un tiempo. Cuando estés mucho mejor, podrás prescindir de ella.

—Bueno, por eso no te preocupes. Me llevaré a Toñita.

Liu no pudo evitar reír. Aixa podía llevarse a Toñita; ella podía encargarse de la limpieza y todo lo demás cuando regresara a casa.

—Me parece bien.

—¿No te molesta que me la lleve?

—Ni en lo más mínimo.

—Tacaña.

De vuelta en su casa, Aixa salía todas las tardes al parque cercano. Allí pasaba el resto de la tarde mirando a los niños de su vecindario jugar. Por supuesto, no los conocía a todos; simplemente los observaba de lejos y, debido a su trabajo, nunca entabló conversación con nadie.

Como era costumbre, tomó asiento en la banca donde solía sentarse últimamente. Sin embargo, esa tarde, una mujer de baja estatura (comparada con Aixa) llegó a sentarse en el otro extremo con una niña de meses en brazos.

Ninguna de las dos mujeres se miró; cada una estaba sumida en sus pensamientos. Aixa pensaba en lo mucho que le hubiera encantado criar a aquel niño, mientras que Eir se sentía demasiado cansada. Había días en que pensaba que no podría, pero una siesta de dos horas junto a sus sobrinas la ayudaba a recuperar la energía. Ahora estaba en el parque algunas tardes para que Sofía pudiera correr, subirse a la resbaladilla, jugar en los columpios o hacerse amiga de otros niños.

Mientras tanto, Lía aún era muy pequeña para jugar, pero le gustaba jugar con una sonaja, que llamó la atención de Aixa, quien no pudo evitar girarse para ver a la mujer con la niña en brazos.

Aixa observó a la mujer que solo prestaba atención a su hija en brazos. Disimuladamente, Aixa miró su rostro y descubrió que tenía unos ojos verde aceituna que le fascinaron. Lo único que lamentó fue que fuera una mujer casada; las niñas podría aceptarlas, ya que sabía que no podría tener hijos.

Por su parte, Eir se dio cuenta de que la mujer al otro extremo de la banca la miraba disimuladamente y decidió hacer lo mismo. La consideró atractiva, casi como una modelo, aunque en sus ojos castaños percibió tristeza. Eir notó que no había maldad en su mirada al observar a los niños, sino un anhelo que aún no había podido cumplir. Además, Eir nunca había visto a esa mujer; era la primera vez que la encontraba en el parque desde que se mudó a casa de su hermana. Quizás era alguien nuevo en la zona, pensó Eir.

Ambas mujeres terminaron sentándose varias tardes a la semana en la misma banca, pero a pesar de los días que llevaban así, ninguna se había dirigido la palabra hasta el momento.

∞∞∞

Las semanas pasaron rápidamente y, cuando Aixa menos lo pensó, ya se encontraba con el médico de la aerolínea para que le hiciera por fin la prueba de salud física y supiera de una vez por todas si podría volver a volar un avión, o si ya nunca más. Aunque deseaba con todo su corazón regresar a las alturas, esos meses sin viajar ni pilotar fueron largos y aburridos. Incluso había sido testigo de cómo la niña de la mujer que se sentaba en la misma banca había crecido, llamando casi a la mujer “mamá”.

Ahora que había terminado de hacer las pruebas, Aixa estaba segura de que no volvería a pilotar. Desgraciadamente, su corazón no era el mismo; las pruebas físicas le costaron, y el médico le había pedido que parara. Ella también lo agradeció, pues sabía que su corazón ya no era el de antes.

—Aixa, no quiero darte falsas esperanzas, pero creo que ya no podrás volar un avión —le dijo el médico—. Lo sabes y lo sé. Si gustas, podemos esperar los demás resultados, pero…

—Lo sé, no me van a decir nada que no haya escuchado de otros médicos —respondió Aixa, sintiendo un nudo en la garganta.

Aixa sentía que las lágrimas amenazaban con salir de sus ojos, pero fue más fuerte e impidió que brotaran, al menos en presencia del doctor. Con el corazón aún más roto que antes, salió a la calle y sintió que el aire que respiraba era más denso y caliente de lo habitual. Caminó sin rumbo, sumida en su pesar, cuando algo la hizo levantar la vista del suelo. Vio a una niña

intentando cruzar la calle mientras su madre atendía a la bebé que llevaba en brazos.

Al reaccionar, Aixa se dio cuenta del objetivo de la niña: un helado. Observó a la pequeña y luego al auto que se acercaba. Aunque aparentemente venía lejos, la niña no notó que venía a gran velocidad. Aixa, al ver que la madre no se daba cuenta, tuvo que hacer lo que no debía en su condición, no al menos tan pronto después de su reciente evaluación.

Aixa corrió hacia la niña, sabiendo mejor que nadie que las cosas suceden en un abrir y cerrar de ojos. Esforzándose más de la cuenta, atrapó a la niña en sus brazos a tiempo y la sacó de la calle antes de que el auto la arrollara.

Eir se quedó helada al ver que su sobrina se dirigía a la calle. Con Lía en brazos y las bolsas del supermercado que llevaba, le era imposible alcanzar a Sofía. Sin embargo, vio a una figura femenina correr rápidamente hacia ella.

Aixa sabía que no podía cargar demasiado peso, ya que eso era peligroso para su débil corazón, pero no le importó en absoluto olvidarse de sus limitaciones con tal de salvar una vida que apenas comenzaba a vivir. Dejó a la niña de pie en la acera mientras ella empezaba a respirar pesadamente. Le faltaba el aire y comenzaba a sentir dolor en el pecho y en el brazo.

Eir se acercó rápidamente a Sofía y a la mujer que la había salvado. Su sobrina estaba bien, pero la mujer arrodillada junto a ella parecía estar mal. La cardióloga se olvidó de regañar a su sobrina; lo que importaba ahora era saber qué le pasaba a la mujer que había arriesgado su vida por la de su sobrina.

—¿Se encuentra bien? ¿Qué le pasa? —preguntó Eir, colocando una mano sobre su hombro después de dejar las bolsas en el suelo y sostener a Lía con un solo brazo.

—No… me… siento… bien… —respondió Aixa, apenas logrando respirar mientras levantaba la cara. En ese momento, Eir la reconoció. Aquella mujer era la piloto que había sufrido un infarto mientras volaban y a quien ella había salvado; también era la misma del parque. ¿Cómo no la había reconocido antes? Eir pensó que su buena acción en aquel momento había tenido su recompensa ahora.

—¿Qué sientes? —le preguntó Eir—. ¿Te duele el pecho?

—Sí, un poco.

—No temas —le dijo Eir—. Ya te ayudo.

Lo más rápido que pudo, Eir llevó primero a las dos niñas al auto, luego volvió por las compras corriendo y, al final, fue por Aixa, a quien ayudó a levantarse. Le pasó un brazo por debajo de los hombros y la llevó hasta el coche, donde la sentó en el asiento del copiloto.

—¿A… dónde… me vas a llevar? —quiso saber Aixa.

—A mi consultorio, soy cardióloga. Trata de inhalar y exhalar lento.

Aixa no dijo nada y Eir se puso en marcha enseguida. Llegaron a su consultorio, y Eir pidió ayuda a su secretaria para que cuidara a sus sobrinas mientras atendía a Aixa. Agradeció que aún no hubiera pacientes; le quedaba media hora para iniciar nuevamente con sus consultas, así que podía atender a Aixa sin prisas, aunque tendría que retrasar su consulta media hora para dejar a sus sobrinas con la señora que las cuidaba.

Eir comenzó midiéndole la presión, que estaba alta, y entendía por qué. Le colocó a Aixa

una pastilla debajo de la lengua; al menos ya no le costaba respirar.

—No me va a hacer daño la pastilla, ¿verdad? —preguntó Aixa, acostada en la camilla de exploración.

—No, es solo para bajar tu presión. Se elevó demasiado.

—Sufrí un infarto.

—Lo sé —contestó Eir, y Aixa la miró con sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo iba en el avión cuando escuché que uno de los pilotos había sufrido un infarto, así que me ofrecí a ayudar.

—No lo sabía.

—En la condición en la que te encontrabas, supongo que era difícil que te dieras cuenta de las cosas; estabas inconsciente.

—Gracias.

—La que debe darte las gracias soy yo por lo que has hecho. Arriesgar tu salud por salvar a mi sobrina es algo que no tengo cómo pagarte.

Cuando Aixa escuchó “sobrina” en lugar de “hija”, se quedó un tanto confundida.

—¿No es tu hija?

—Ninguna de las dos.

—Entonces eres una tía bastante descuidada. Si su madre lo sabe, te mata.

—Desgraciadamente, ellas están a mi cuidado ahora. Sus padres murieron hace unos meses y yo soy quien se ha quedado con ellas. Su abuela no las quiso cuidar.

—Lo siento mucho —manifestó Aixa, sintiendo pena por las niñas y un tanto avergonzada por acusar a la cardióloga de descuidada—. Debe ser difícil cuidar de dos niñas.

—Lo es, sobre todo cuando tienes que hacer que continúen su vida sin que sus padres estén presentes. ¿Quieres que te lleve a casa?

—No te preocupes, puedo pedir un taxi.

—Lo pregunto porque creo que vivimos en la misma zona. Te he visto varias veces en el parque de los girasoles.

Aixa, ahora que hacía memoria y apartaba momentáneamente la tristeza que la había engullido, vio con nuevos ojos a la mujer que la estaba cuidando y también recordó a las niñas.

—Es cierto, tú eres la que se sienta en la misma banca que yo por las tardes.

—Así es.

—Perdón por no hablarte.

—No te preocupes, entiendo que estés ensimismada y preocupada por tu futuro. Imagino que tras lo que te ocurrió no podrás volver a pilotar, ¿verdad?

—Así es, me diagnosticaron un raro padecimiento… o al menos no es raro, solo que no

recuerdo el nombre. Esa maldita enfermedad no diagnosticada a tiempo me provocó el infarto.

—Lo siento mucho.

—Todo lo que quería y sabía hacer era volar —y la voz de Aixa se quebró.

—Estoy segura de que podrás hacer algo relacionado con ello —la consoló Eir, tomando su mano y dándole una palmadita reconfortante.

Cuando Eir volvió a medirle la presión y se dio cuenta de que ya se encontraba mejor, se ofreció a llevarla a casa y Aixa no se negó. Mientras viajaban en el auto, Aixa se dedicó a mirar a Lía y a Sofía, que estaban otra vez en la parte de atrás.

—¿Ya te sientes bien? —le preguntó Sofía a Aixa, al ver que la miraba a través del espejo retrovisor. Aixa se giró para verla.

—Ya me siento mejor, tu tía me ayudó.

—Ella es mejor como doctora que cuidando de nosotras —dijo Sofía.

Eir miró brevemente a su sobrina por el espejo retrovisor y sonrió. Pasados algunos minutos, escuchó a Sofía contarle a Aixa las aventuras que había tenido viviendo con su tía y su hermana. Aixa escuchaba atentamente, mirándole la cara, mientras Eir contenía la risa por todas las cosas que su sobrina le contaba a la piloto.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Eir antes de que Aixa bajara del coche tras despedirse de ellas.

—Aixa. ¿Y tú?

—Eir.

—Un gusto, Eir. Espero verlas pronto.

—Estoy segura de que lo haremos.

Capítulo 12

Liu se hallaba triste por Aixa; la noche anterior la había llamado para decirle que su última esperanza se había esfumado y que ahora se sentía como una buena para nada. Sin embargo, Liu le aseguró que eso no era cierto, que aún había cosas que podía hacer, que todavía era joven. Después de un largo discurso, Aixa pareció de mejor ánimo.

Tras colgar, Liu suspiró y se levantó del sofá en el que estaba sentada para irse a la cama. Al día siguiente iría a casa de Nía a conocer a sus padres y hermana. Habían seguido hablando y viéndose algunos fines de semana, y aunque Liu estaba recién separada, con Nía se sentía cómoda. Sabía que la escritora se acercaba a ella con otras intenciones, pero hasta ese momento se había limitado a ser realmente solo amiga, alguien con quien compartía gustos y pasatiempos, lo que hacía que Liu se sintiera a gusto, más de lo que había creído posible con alguien que apenas conocía. Era una amistad muy diferente a la que tenía con Aixa.

Liu estaba nerviosa por ir a casa de los padres de Nía, pero, aun así, estaba feliz de conocer el lugar donde vivía. Después de su padecimiento, era preferible que Nía viviera con ellos. La escritora sentía cierta vergüenza por tener que estar con sus progenitores a su edad, pero Liu le dijo que no tenía por qué avergonzarse. Así, Liu seguía dándole más motivos y razones a Nía para enamorarse aún más de ella.

—¿Has llegado sin problemas? —le preguntó Nía a Liu en cuanto la saludó con un beso en la mejilla.

—Sí, sin problemas.

—Me alegra. Había comenzado a preocuparme.

∞∞∞

—Apúrate, que vamos a llegar tarde —apresuró Cadence a Ebba.

—¡Solo será un minuto! —le gritó desde la habitación.

—Llevas diciendo lo mismo desde hace diez minutos.

—¡No es cierto!

—Por supuesto que sí. Mi hermana va a creer que no quiero conocer a su amiga.

—¿Por qué, si solo es una amiga, ha insistido en que la conozca la familia? —inquirió Ebba, llegando finalmente al lado de Cadence.

—Bueno, al menos la espera valió la pena —dijo Cadence, mirándola con cierta lascivia en la mirada.

—Deja de mirarme así o será tu culpa no llegar. Y respóndeme lo que te pregunté.

—Porque creo que es importante para ella. Por lo que sé, es su única amiga. Desde que

mi hermana tiene ese problema, su vida no es la misma; está bastante condicionada, y como no puede hacer muchas cosas, poco a poco las amigas que tenía dejaron de pasar tiempo con ella.

—¿Y es solo su amiga o son algo más?

—Creo que Nía está enamorada de ella, pero aún no me lo dice.

—¿Y su "amiga" le corresponde?

—No lo sé, pero sé por mi hermana y por lo que he podido notar que la aprecia. Siento que le ha dado ánimos y esperanza para querer continuar en esta vida. Así que la aprecio solo por hacer que mi hermana esté feliz.

∞∞∞

Nía fue a abrir la puerta a su hermana, quien también se alegraba de la felicidad de su hermana mayor, ya que varias veces la había escuchado sufrir por el amor de Ebba. Nía no entendía por qué su hermana se había aferrado tanto a un amor casi imposible. Aunque su hermana nunca había entrado en suficientes detalles sobre lo que le impedía estar con Ebba, al parecer habían resuelto sus problemas, y desde hace seis meses vivían juntas, haciendo planes para ser madres, aunque deseaban casarse primero.

—¡Qué guapa! —le dijo Cadence a su hermana menor, abrazándola lo más fuerte que su condición se lo permitía.

—No es cierto —respondió tímida.

—¿Ya llegó? —inquirió Cadence curiosa—. Muero por conocerla.

—Ya llegó.

Nía y Ebba se saludaron y se dirigieron hacia la sala, donde Liu se encontraba con los padres de Nía y Cadence. Al llegar a la estancia, los ojos de la psicóloga buscaron de inmediato a Nía y compañía. De pronto, el aire se llenó de tensión. Cadence, Ebba y Liu cruzaron miradas que indicaban al resto de los presentes que se conocían.

—¿Se conocen? —preguntó Nía, sin poder evitarlo.

Liu no sabía qué responder. Sabía que Nía adoraba a su hermana mayor y no quería que la viera como la que le había quitado a su mujer, la amante de su esposa, la culpable de que su matrimonio terminara. Por primera vez no sabía qué hacer; tampoco quería mentirle a Nía, porque sabía que las mentiras no son buenas para ninguna relación.

—Sí —respondió Cadence, mirando a Liu y ruborizándose ligeramente.

—¡De verdad! ¿En dónde se conocieron? —quiso saber Nía.

—No recuerdo —dijo Liu—. Pero, ¿no será mejor que pasemos al comedor?

—Tienes razón, ya me muero de hambre —dijo el padre de Nía y Cadence.

Todos pasaron a la mesa y, antes de que Liu y Nía entraran al comedor, Liu le dijo a Nía que por el momento no hiciera más preguntas sobre cómo se habían conocido. Le pidió que se las hiciera más tarde a su hermana, ya que no consideraba correcto hablar del tema ni manchar la imagen que Nía tenía de Cadence.

Ante eso, Nía pasó el resto de la tarde ansiosa y preocupada por saber la verdad. Sin embargo, durante la comida, se dio cuenta de que Ebba miraba de vez en cuando a Liu con atención, mostrando cariño, pero no con el amor que Nía sentía por ella y que estaba segura de que Liu ni siquiera notaba.

Lo que Nía no sabía es que Liu sí se daba cuenta de la forma en que la miraba; hasta un ciego podría notar lo que Nía sentía por ella. Liu, por su parte, comenzaba a sentirse aún más conectada con Nía, mucho más de lo que había sentido con Ebba. La mayor prueba de eso fue cuando pidieron lo mismo en aquel pequeño puesto de comida en su primer día en Holbox y la manera tímida en la que se relacionaban con las personas.

—¿No vas a decírmelo? —preguntó Nía a Liu mientras la despedía.

—No, prefiero que te lo diga ella.

—¿Por qué? ¿Es lo que me imagino?

—No sé qué es lo que te imaginas —respondió Liu, solemne.

—Ya veo que no me dirás nada.

—Prefiero que sea ella. Y cuando lo sepas, toma las cosas con calma. Si deseas llamarme, hazlo a la hora que sea.

Sin que Nía se lo esperara, Liu le dio un breve beso en los labios, el cual le aceleró el corazón y la dejó clavada en el lugar. Solo fue capaz de girar la cabeza para ver cómo Liu se alejaba en su auto, perdiéndose a lo lejos. Entró a la casa tras acariciarse los labios en más de una ocasión, sonriendo como una boba, lo que llamó la atención de todos.

Cuando Ebba y Cadence se despidieron, Nía las siguió para hablar con su hermana a solas, sin que sus padres se dieran cuenta de la conversación necesaria.

—¿Dónde se conocieron? —preguntó Nía a Cadence, una vez a solas.

Cadence miró a su hermana menor, y la culpa y la verdad aparecieron en su rostro.

—Liu se divorció porque descubrió que su esposa tenía una amante, y esa eras tú —la acusó Nía, revelando la verdad, mientras Cadence desvió la mirada.

—No puedo creerlo. Ahora entiendo por qué decías que tu relación era complicada; Ebba estaba casada.

—No fue solo mi culpa. No es nuestra culpa.

—Claro que lo es. Sabías que estaba casada y aun así seguiste viéndola.

—¿Y eso ahora qué importa? Liu es libre y te conoció a ti.

Las palabras de Cadence le dieron aún más coraje a Nía, y Cadence se dio cuenta.

—Nunca te creí capaz de eso —susurró Nía, con lágrimas en los ojos.

—Yo tampoco lo pensé, pero sucedió. Nos enamoramos.

—Estoy segura de que Liu ya no querrá verme por ser la hermana de la mujer que le quitó a su esposa.

Cadence la abrazó, pero Nía la apartó de su lado, y Cadence no intentó forzarla; sabía que su hermana menor no debía hacer esfuerzos.

—Liu no es así.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Nía, mirándola incrédula.

—Lo digo por lo que he podido ver y por lo que Ebba me ha contado de ella.

—¿Te habla de ella? —la confesión sorprendió a Nía.

—Al principio me hablaba de ella y me molestaba.

—¿Por qué, si te ama, te hablaba de ella?

—Porque, aunque no lo creas, Ebba se sentía tan culpable como yo por lo que pasó. Sobre todo porque Liu es una dama. Siempre tan serena, esa tranquilidad que envidio.

—Tal vez solo sea una apariencia, porque en el fondo Liu guarda demasiadas emociones.

—Pues para eso estás tú, para que la ayudes.

—Ahora no sé si quiera verme.

—Estoy segura de que ella sabe quién es quién. No es tonta.

—No, no lo es.

—Ahí lo tienes —dijo Cadence, mirándola a los ojos—. ¿Me odias?

—No —susurró Nía—. Solo… no esperaba eso de ti.

—Lo siento, no soy perfecta, Nía —musitó Cadence, dándose la vuelta para irse, cuando de pronto sintió los brazos de Nía alrededor de ella.

—Te quiero.

—Yo también —respondió Cadence, girándose para abrazarla—. Ahora deja de llorar o mis padres se preguntarán qué ha pasado.

—Y si preguntan de nuevo cómo nos conocimos, ¿qué les digo?

—Que nos conocimos en el gimnasio.

—Pero Liu ni siquiera va.

—Pero ellos no lo saben.

Liu estaba por acostarse cuando recibió la llamada de Nía, quien prefirió llamarla una vez que estuvo acostada y realizando la diálisis. Liu pensó que no la llamaría, ya que supuso que Cadence había dicho cosas poco halagüeñas sobre ella. Sin embargo, sintió alivio al ver que Nía le llamaba.

—¿Ya estabas dormida? —le preguntó Nía a Liu.

—No, estaba a punto de acostarme.

—Lo siento, no quería llamar tan tarde.

—No me molesta —dijo Liu sonriendo, y Nía la escuchó.

Liu había pasado el resto de la tarde pensando en el beso que le había dado a Nía. Lo hizo por impulso, ya que desde que llegó había deseado hacerlo, pero fue solo al despedirse que se animó a llevarlo a cabo. Nía siempre se quedaba con el deseo de hacerlo, pero nunca se atrevía. Quizás era porque Liu le había dicho que era demisexual, y tal vez por eso Nía temía hacerla

sentir presionada. Sin embargo, Liu no sentía eso con Nía. Al menos, el deseo de besarla estaba presente en ella, y lo había hecho esa tarde.

—Yo… yo… no sé qué decir —balbuceó Nía.

—¿Sobre qué?

—Sobre Cadence, mi hermana.

—Tú no tienes la culpa de nada.

Y Nía sintió que se le quitaba un peso de encima al escuchar esas palabras. Sin duda, Cadence había tenido razón en relación a Liu.

—Nunca imaginé que mi hermana fuera la persona que…

—No tienes por qué culparla únicamente a ella. Quizá todas, de alguna u otra forma, contribuimos a que todo se tornara así.

—¿La odias? —Nía necesitaba saber qué sentía Liu por su hermana.

—No, no la odio y tampoco estoy enojada con ella. Puede que sienta cierta incomodidad al estar en el mismo espacio, pero no la odio.

—¿Y a Ebba?

—Tampoco. Creo que solo me siento decepcionada de ella. Pero es humana, y es normal que cometa errores, así como tú y como yo.

—Quisiera ser como tú.

—No, es preferible que no.

—¿Por qué?

—Porque no soy tan buena ni comprensiva como crees. Aunque no lo creas, guardo mis demonios. Los mantengo en un lugar lejos de mi mente y de mi alma. Sé que si los saco, verían una cara muy distinta de mí, una que no me gusta.

—¿Tan terrible eres? —preguntó Nía en tono de broma al escuchar la voz seria de Liu.

—Lo soy, y creo que sería bueno que conocieras esa parte de mí también.

—¿Vas a mostrarme todas tus caras? —inquirió Nía, incrédula.

—Si no te asusta ni te molesta lo que te voy a decir, te contaré lo que cruzó muchas veces por mi cabeza al enterarme de que Ebba me engañaba.

—¿Qué pensabas?

—Quería matarlas a las dos.

La confesión dejó completamente sorprendida a Nía, quien guardó silencio por un largo momento. No había esperado tal revelación, mucho menos de Liu, a quien consideraba casi una santa.

—¿Sigues ahí? —preguntó Liu.

—Sí, estoy aquí. Lo siento. Continúa.

—Una mañana, desperté antes que Ebba y fui a la cocina por un cuchillo. Regresé a la

habitación y estuve a nada de hacerle daño —ahora su voz se había vuelto un susurro, y Nía intuyó que se arrepentía de lo que había estado a punto de hacer.

—Pero no lo hiciste —le dijo Nía.

—No sé qué me pasó —habló con voz quebrada—. Creo que la ira me cegó en ese momento. No sé en qué estaba pensando. No se lo he dicho a nadie, solo a ti.

Nía la escuchaba llorar por primera vez, y lo que antes la había sorprendido y dejado perpleja, ahora la llenaba de preocupación. La manera en que Liu lloraba por la culpa que sentía por esos terribles sentimientos e intenciones la conmovía profundamente.

—Me gustaría ir a verte —dijo Nía, con pena en la voz—. Pero estoy con la diálisis.

—No te preocupes.

Hubo un silencio en la línea, hasta que Nía se atrevió a hablar de nuevo y a expresar lo que sentía tras el beso que recibió.

—Gracias por el beso —se animó a decir Nía, y escuchó cómo Liu sonreía a través de la línea.

—Como nunca te animabas, tuve que hacerlo yo.

—No quería asustarte ni hacerte sentir incómoda.

—Hace mucho que no me siento incómoda a tu lado. Contigo sentí una extraña conexión desde la primera vez.

—Igual yo.

—Fui allí para olvidarme y me encuentro contigo. Fue algo muy agradable.

—Muy, pero muy agradable.

Capítulo 13

Eir tenía la necesidad de saber sobre la salud de Aixa; sin embargo, el día anterior no se le había ocurrido la brillante idea de pedirle su número de celular. No obstante, sabía dónde vivía, por lo que se alistó pronto, al igual que las dos niñas. Les dio de comer y salieron rumbo a casa de Aixa para echarle un vistazo rápido.

—¿A dónde vamos, tía? —le preguntó Sofía al ver que tomaban una calle diferente a la que solían recorrer todos los días.

—A casa de Aixa.

—¿Por qué?

—Para ver cómo ha amanecido.

Eir esperaba que la piloto estuviera despierta. Aparcó el coche frente a la casa y se sorprendió al ver lo bonita que era. Bajó con las dos niñas y tocó el timbre; esperó unos momentos y volvió a tocar.

Aixa despertó algo aturdida al escuchar que alguien tocaba el timbre de su casa tan temprano; por lo general, solo lo hacían los repartidores. Aun así, al escuchar que lo tocaban una segunda vez, decidió vestirse rápidamente con una playera y unos shorts cortos.

Cuando abrió la puerta, se encontró con aquellos singulares ojos color verde, el cabello rubio oscuro y dos niñas que tenían un aire a ella, aunque realmente no eran sus hijas. La imagen provocó que Aixa sonriera de inmediato al verlas.

—Hola —la saludó Eir, avergonzada por haberla hecho levantarse—. Buen día.

—Buenos días.

—Veo que te he despertado.

—No te preocupes —le respondió Aixa, ofreciéndole nuevamente una sonrisa, una que hizo que Eir se olvidara de respirar.

—Pasaba para saber cómo seguías.

—Estoy bien, gracias por preocuparte.

—Te hubiera enviado un mensaje o llamado, pero no tengo manera de comunicarme contigo.

—Qué grosera, pasen —las invitó Aixa.

—Gracias, pero será para la próxima. Tenemos que irnos.

—Entiendo, espera un momento —dijo Aixa, entrando a la casa y volviendo poco después con una hoja de post-it amarillo—. Ahí tienes mi número.

—¡Oh, gracias! —manifestó Eir, tomándolo.

—Envíame un mensaje y así tendré tu número.

—De acuerdo. Nuevamente me disculpo por haberte despertado.

—Soy yo quien debería agradecerte por tomarte la molestia de venir a ver cómo estaba.

—Después de lo que hiciste ayer, no estoy muy segura de que otra persona hubiera hecho lo que tú, y estoy muy agradecida por ello.

Aixa se dio cuenta de lo mucho que aquellas niñas significaban para Eir. Tuvo el impulso de quedar con ella para beber algo o salir a caminar al parque una tarde y charlar. Así que no se quedó con sus pensamientos y lo expresó con voz clara, recibiendo una respuesta positiva por parte de Eir. Esta miró su reloj y se despidió, corriendo de nuevo al auto con las niñas. Pero esta vez, Aixa la ayudó a acomodarlas en la parte trasera del vehículo.

—Gracias —le dijo Eir—. Pero recuerda que no debes hacer demasiados esfuerzos, agacharte o cargar demasiado peso.

—Lo que usted diga, cardióloga.

—Dime Eir.

—Y tú, Aixa.

Sin decirse nada más, únicamente sonriéndose la una a la otra, Eir subió al auto y Aixa la miró alejarse por su calle. Tras lo sucedido con Raina, el infarto y lo de no volver a volar nunca más, Aixa había estado convencida de que no tendría ninguna otra motivación para seguir en la vida. Pero ahora, al conocer a Eir y al darse cuenta de que no era la primera vez que se topaban, sintió que algo muy en su interior brotaba, como si una semillita hubiera quedado sembrada en la tierrita de su corazón tras el incendio y que ahora brotaba para formar algo nuevo.

Sofía se dio cuenta de la sonrisa que su tía mantenía dibujada en los labios desde que salieron de casa de Aixa. Pese a todo lo que había sucedido a su alrededor, la niña notó que su tía Eir ya no solía llevar a Cadence. Así que, mientras viajaban rumbo a la escuela, Sofía inquirió con la curiosidad propia de los niños.

—Tía, ¿por qué ya no vemos a Cadence? —la pregunta tomó por sorpresa a Eir, no se la esperaba, y mucho menos después de varios meses.

—Hemos dejado de ser pareja —respondió Eir con sinceridad.

—¿Por qué?

—Porque ya no me quería.

—¿Y tú la querías?

Eir pensó que aquella era una buena pregunta: ¿la quiso? ¿Amó a Cadence o solo se había convertido en rutina? La amó, sí, la amó, pero quizás ya no con ese mismo fuego que en un principio las consumía a ambas. Eir sabía perfectamente que las relaciones cambiaban con los años y hubiera estado dispuesta a envejecer con Cadence. Pero Cadence quería hijos y Eir no, y esa era una diferencia que al final rompería lo que tenían. A pesar de no querer hijos, Eir había terminado cuidando de sus sobrinas.

—Sí, sí la quería —respondió con sinceridad a su sobrina.

—¿Y por qué ya no la ves?

—Porque ya tiene otra novia y yo he dejado de quererla con el tiempo.

—Ah —fue lo único que Sofía respondió, sin entender mucho cómo funcionaban las relaciones amorosas entre adultos—. Lo bueno es que papá y mamá se han ido juntos.

—Así es, mi amor.

—Ellos se querían, ¿verdad?

—Sí, ellos se querían.

Cuando Aixa se sentó a desayunar su insípido desayuno de siempre, pensó que iba a hacer un día más, uno en el que no tendría nada más que hacer que tenderse en un sofá a mirar la televisión todo el día y responder los mensajes de Liu, que era la única persona con la que se escribía todos los días. Sin embargo, se sorprendió a sí misma dándose ánimos para conseguir un empleo relacionado con la aviación. La inesperada visita matutina de Eir, acompañada de las dos niñas, que, a ojos de la expiloto, no le parecían en absoluto molestas; más bien, eran un encanto, al igual que su tía. Sobre todo la tía, quien había captado la mayor atención de Aixa, le había inyectado las energías necesarias para salir a conquistar el mundo.

En lugar de ser una vagabunda como en días anteriores o de tumbarse en el sofá, decidió ir a buscar trabajo. Pero tenía que ser algo relacionado con los aviones, así que solicitó el puesto de instructora de vuelo. Como Aixa era una piloto reconocida por su trabajo y su impecable trayectoria hasta el momento de su infarto, le dieron el trabajo que solicitó; nadie mejor que ella para enseñar a nuevos pilotos, y no requería exigencias físicas.

Cuando Aixa volvió a casa, estaba feliz, y se sintió aún mejor al recibir un mensaje de Eir, preguntándole si podían verse en el parque esa tarde. Aixa, sin pensarlo demasiado, respondió que sí.

Ya se encontraba sentada en la banca de siempre, esperando a Eir, a quien vio a lo lejos acercarse con las dos niñas: una en brazos y la otra de la mano. Luego, vio cómo Sofía se soltaba de la mano de su tía y corría hacia ella con algo en la mano. Sofía se detuvo delante de Aixa y las dos se sonrieron.

—Te hice un dibujo —dijo, tendiéndole la hoja que llevaba en la mano.

—¿De verdad? —Sofía asintió.—. Muchas gracias —manifestó Aixa, tomando el dibujo y observándolo como si fuera la mayor obra de arte.

—¿Te gustan los gatos? Te dibujé uno, con mariposas y flores.

—Me gustan los gatos.

—A mí también.

Eir llegó, se sentó en la banca y permaneció en silencio escuchando a Sofía hablar tendidamente con Aixa. Antes, Eir nunca se había preocupado por saber si la mujer con la que salía le gustaban los niños, pero ahora, justo en ese momento de su vida, en que la muerte de su hermana le había hecho cambiar su estilo de vida, sabía que su vida, aquella que había tenido antes de sus sobrinas, había terminado. Ahora debía vivir una muy diferente, en la que las pequeñas eran la prioridad, no ella. No obstante, se alegraba de que Sofía volviera a ser la niña que era antes de la muerte de sus padres, aquella que solía hablar y hablar, para luego irse a jugar.

—Espero que no te haya aburrido Sofía con sus historias —expresó Eir en cuanto su sobrina se fue a jugar.

—Para nada, me encantan los niños —manifestó Aixa—. Pero siempre uno está en busca del momento perfecto para tener esto, lo otro o aquello, y al final el tiempo se escapa de las manos. En mi caso, ahora será imposible, me imagino.

—Exactamente, ¿qué te diagnosticó el doctor?

—Cardiopatía isquémica.

—En tu condición sería bastante complejo. Si te embarazas, habría un aumento en la carga cardíaca y correrías el riesgo de tener otro infarto. Por lo tanto, si yo fuera tu doctora, no te lo recomendaría.

Continuaron un rato más en el parque, hasta que, en algún momento, Aixa le pidió a Eir tomar en brazos a Lía.

—No creo que debas. Pesa, y en tu condición…

Eir se dio cuenta del semblante triste y sombrío que su nueva amiga adoptó.

—Quédate donde estás, y te sentaré a Lía en las piernas. Te la voy a permitir solo unos momentos.

El rostro de Aixa volvió a alegrarse.

∞∞∞

—No puedo creer que la novia de tu hermana sea Liu —expresó Ebba al llegar al apartamento.

—Pues yo menos.

—El mundo es un pañuelo cuando quiere, ¿no? Habiendo tantos lugares, ellas coincidieron en el mismo.

—Todo se ha vuelto muy raro —manifestó Cadence, dejándose caer en un sofá y sintiéndose un poco mal por lo acontecido, especialmente porque aquella imagen que tenía con su hermana menor había caído al suelo y se había manchado de lodo.

—¿Le dijiste a Nía la verdad? —quiso saber Ebba, sentándose junto a ella y mirándola al rostro abatido.

—Sí.

—¿Y qué te dijo? ¿Cuál fue su reacción?

—Se enojó, por supuesto.

—Estoy segura de que ahora me odia.

—No lo creo. Si no hubieras dejado a Liu, ella no la habría encontrado.

—Entonces, ¿su enojo solo fue contra ti?

—Sí, porque yo era una de esas mujeres que decía que había otras capaces de cooperar para que la otra persona fuera infiel. ¿Ahora entiendes?

—Oh, una santurrona, fiel enamorada del amor romántico. Y cuando me conociste, lo menos que pensaste fue en eso, ¿verdad? —dijo Ebba, acercando sus labios a la oreja de Cadence.

Ambas sabían que más allá de su amor, lo que tenían cuando hacían el amor era otra cosa. Así como discutían por cualquier tontería o celos, de la misma manera se escuchaban y se apoyaban, pero contra la pared, contra el colchón o contra el sillón como en ese momento, en el que Ebba decidió sacar los pensamientos tortuosos de Cadence con besos húmedos y calientes, que comenzaron en la oreja y descendieron lenta y tortuosamente por el cuello de la pelirroja, que no hizo más que darle mayor acceso a Ebba para que sus labios y lengua se recrearan mejor sobre su piel.

— ¿Te sientes mejor? — le preguntó Ebba susurrándole al oído provocando que la piel de Cadence se erizara de pies a cabeza.

—Aun no — respondió Cadence con la boca seca.

— ¿Continúo?

—Sí.

La boca de Ebba continuó explorando la piel de Cadence, aquella que ya se sabía de memoria, pero que Ebba nunca se cansaba de recorrer y de explorar, simplemente era adicta la una a la otra, incluso gustaba que Cadence la celara, aquello le provocaba cierta excitación y sabía que con la pelirroja pasaba lo mismo, un juego toxico y estúpido pero que en ellas funcionaba muy bien en su relación, siempre y cuando no rebasara ciertos niveles y ellas lo consideraran dentro de lo normal.

Cadence sintió la mano de Ebba meterse por debajo de la falda que llevaba, acarició sus muslos, pero no llegó a su sexo y aquello no hizo más que excitar a la pelirroja, que sintió las bragas húmedas y se quejó cuando Ebba retiró su mano de donde la tenía.

—No somos adolescentes para hacer el amor vestidas — le recordó Ebba —. Somos mujeres adultas y por lo tanto lo hacemos desnudas. Somos libres de amarnos en nuestra casa en donde queramos y cuando queramos. Y hoy, deseo tomarte en el sofá.

Cadence le dedicó una sonrisa torcida y Ebba la besó en los labios, le encantaba cuando Ebba le decía ese tipo de cosas, aunque a veces era más pasadita de tono, en ese momento se había portado decente, pero aun así le gustaba. Sin perder más tiempo, Cadence dejó que Ebba la desnudara, lo hizo rápido y luego se desnudó a sí misma, para dejar que la pelirroja disfrutara del espectáculo que ocurrió en medio de sus piernas. Un hilo de humedad se extendió a lo largo de su muslo cuando se quitó las bragas.

—Ves lo que provocas y eso que estamos comenzando — dijo, dejando caer las bragas en el suelo.

Cadence estiraba la mano hasta alcanzar el fluido de Ebba con dos dedos, los olía y luego se los llevaba a la boca.

—Siempre tan deliciosa.

Capítulo 14

Liu estaba feliz por Aixa, quien ya se encontraba trabajando y tenía una nueva vecina y amiga con la que salía a pasear al parque cercano a su casa, junto a las dos niñas, sobrinas de Eir, que habían quedado a su cuidado tras la muerte de sus padres.

—Un día de estos las invitaré a comer en mi casa para que se conozcan —le dijo Aixa a Liu un sábado por la noche, cuando acordaron verse en casa de la psicóloga.

—Espero que sea pronto.

Por su parte, Liu continuaba viéndose con Nía, quien por fin había perdido la pena de besarla y ahora lo hacía cada vez que se miraban intensamente a los ojos. A Nía le gustaba cómo aquellos ojos grises la miraban; eran hipnóticos, mientras que Liu pensaba lo mismo de los ojos verde claro de Nía. A pesar de que era hermana de Cadence, los verdes de sus ojos eran distintos, pero a Liu le encantaban los de Nía porque había algo inocente en ellos. Todo en sus acciones era diferente a las de las demás mujeres que había conocido; había algo dulce en ella que hacía que aquella conexión se hiciera cada vez más grande, y aquella amargura que una vez sintió dentro de sí había desaparecido.

Liu se alegró de que Nía no la viera diferente después de la confesión que le había hecho aquella noche. Liu llegó a sentirse como un monstruo cada vez que recordaba lo que había estado a punto de hacerle a Ebba. Sin embargo, cuando Nía y Liu se vieron después de que ella le contara su secreto, lo único que hizo la escritora fue abrazarla, y Liu, inesperadamente, se puso a llorar, llena de arrepentimiento. Lloraba por haber estado cerca de cometer semejante locura, de no haber controlado sus demonios, su odio y su ira, de no haber sido lo suficientemente fría y consciente, seguramente estaría en la cárcel cumpliendo una larga condena. Agradeció que esa parte de ella la mantuviera a salvo y ahora pudiera disfrutar de la compañía de Nía.

Pese a la felicidad que la rodeaba, Nía comenzó a sentir molestias, especialmente en el abdomen; se sentía llena e incluso hinchada, lo que la llevó a comer menos de lo habitual. Sus padres, al darse cuenta, comenzaron a alarmarse, pero no le dijeron nada, simplemente decidieron vigilarla.

Esa tarde, mientras intentaba escribir, comenzó a sentir escalofríos y, al tocarse la frente, notó que su temperatura era más elevada de lo normal. Aunque dos días antes había empezado a sentirse fatigada, Nía comenzó a sentir miedo, miedo de que algo malo estuviera ocurriendo. A pesar de que sabía que debía ir al médico, decidió esperar un día más, pensando que tal vez solo estaba cansada.

Al día siguiente, Nía amaneció con diarrea y se negó a comer. Durante su sesión de diálisis, sintió un dolor intenso y notó que el líquido salía turbio. Asustada y con lágrimas en los ojos, llamó a sus padres para contarles lo que estaba ocurriendo. Sin perder tiempo, la llevaron al hospital.

Tras realizarle varios análisis, un médico le diagnosticó peritonitis y explicó que tendría

que ser hospitalizada para un tratamiento más cercano, para asegurarse de que no hubiera otros problemas graves.

—Como la infección que presentas es grave, suspenderemos temporalmente la diálisis peritoneal mientras observamos cómo evoluciona. Pero si la infección se repite y el daño en la membrana es significativo, temo que tendremos que recurrir a la hemodiálisis —añadió el médico con seriedad.

A Nía no le gustó para nada lo que había escuchado; ella no quería hemodiálisis, ya que eso era mucho peor que la diálisis peritoneal. Aun así, deseó que realmente fuera temporal y se resignó a que le colocaran un catéter venoso central para iniciar el tratamiento lo antes posible.

Mientras estaba en cama, observaba a las enfermeras suministrar medicamento vía intravenosa. Nía había tenido miedo a las agujas, pero ahora, tras su problema renal, ese miedo había desaparecido; se había acostumbrado a ellas y, sobre todo, al agujero que había tenido en su estómago por la diálisis peritoneal.

Nía sabía que la hemodiálisis era un caso muy distinto: este tratamiento llevaba más horas y se realizaba en un hospital. Además, conllevaba algunos efectos secundarios y la dieta sería aún más rigurosa. Pensaba que, de este modo, sería menos atractiva para Liu; la confianza que había mostrado se había desmoronado como un castillo de naipes. Estaba segura de que Liu la vería como un animalito indefenso y no como una mujer.

Cadence había recibido la llamada de sus padres y salió disparada del trabajo en cuanto le informaron lo que sucedía con su hermana. Mientras iba en camino, llamó a Ebba para decirle a dónde iba y que no la esperara pronto en casa. La angustia y la preocupación la envolvían, junto con la impotencia de no poder hacer nada más por Nía. Lamentablemente, ninguno de ellos era compatible con ella; ni siquiera Cadence, que era su hermana y compartía la misma sangre, podía donarle un riñón. De nada servía estar sana si no podía ayudarla.

Sabía que no podía hacer nada, pero al menos al acompañar a sus padres en el hospital, sentía que no estaban solos. Además, deseaba que Nía supiera cuánto la quería y que, si hubiera podido, le habría donado un riñón desde hacía mucho.

—Hola —saludó Cadence al entrar en la habitación de Nía.

—Hola, no te hubieras molestado en venir —dijo Nía, tratando de sonar tranquila y como si no le importara lo que le pasaba, pero Cadence la conocía bien y sabía que estaba triste.

—Quería verte y saber cómo va todo —expresó, dándole un beso en la mejilla—. ¿Liu ya sabe que estás aquí?

—No.

—¿Por qué no le has dicho?

—No quiero que me vea así.

—¿Y te vas a esconder de ella los días que estés aquí internada? —inquirió, mirándola a los ojos, pero Nía desvió la mirada.

—Ella está trabajando.

—¿Por qué tratas de esconderte de la única persona que te trata diferente, de la que te has enamorado?

—Porque creo que voy de mal en peor y no me parece justo que esté al lado de alguien como yo. Liu merece a alguien que no le dé problemas como yo. Una persona sana con la que pueda hacer muchas cosas, y yo no puedo. No pude ni siquiera nadar con ella cuando fui a la playa, ni lucir un traje de baño —la voz de Nía se quebró, mientras el dolor del catéter y de todo lo que sucedía en su cuerpo la abrumaba.

Cadence sintió pena por su hermana. Todo lo que decía era cierto; desde muy joven, Nía tuvo que privarse de muchas cosas con la esperanza de que su enfermedad no avanzara. A pesar de todos los cuidados, su cuerpo se desgastaba con la edad. Cadence, en muchas ocasiones, también se privó de ciertas cosas solo por no hacer sentir mal a su hermana menor. Fue solo al mudarse que comenzó a dejar de reprimirse.

—A Liu no le importa tu condición —declaró Cadence con seguridad. Aunque consideraba a Liu una persona fría, eso era lo que siempre percibía cuando la veía; sus ojos grises parecían analizar a las personas. Sin embargo, con Nía su mirada era diferente.

—Quizás antes de llegar a este extremo.

—Pesimista.

Cadence salió de la habitación y preguntó a su madre si tenía consigo el celular de Nía. Como era de esperar, lo llevaba en el bolso. Cadence lo tomó y marcó el número de la mujer a la que le había robado la esposa.

—Hola —dijo Cadence, sin esperar que la voz de Liu pudiera ser tan dulce, pero lo fue al contestar.

—Soy Cadence —anunció para que Liu no continuara con su tono meloso; la psicóloga se sonrojó, a pesar de que nadie la estaba viendo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me llamas del celular de Nía? —ahora la voz de Liu había adquirido un tono receloso y preocupado.

—Para decirte que Nía está en el hospital.

—¿Qué le ha pasado?

—Una peritonitis debido a su problema renal. Está hospitalizada y creo que lo estará por unos días.

—Gracias por decírmelo.

—De nada, te envío la ubicación del hospital en un mensaje.

—Claro, gracias.

—Adiós —dijo Cadence y colgó.

Ahora Liu entendía por qué Nía no se había puesto en contacto con ella ni había respondido a sus mensajes después del saludo de buenos días alrededor de las siete de la mañana. La psicóloga estaba preocupada por su novia; sabía lo mucho que Nía se acomplejaba por su problema renal, lo insegura que a veces podía ser y lo triste que se veía en ocasiones cuando no podía hacer ciertas cosas.

Apenas tuvo un momento libre, Liu salió rumbo al hospital donde Nía se encontraba. Se sorprendió al verla entrar a la habitación. Liu entró sin decir nada, se acercó a ella y le dio un

beso en la frente, seguido de uno en los labios. Ese gesto reconfortó a Nía, aunque también la hizo sentirse culpable por no haber sido capaz de pedirle a sus padres que la llamaran. Sabía que si Liu estaba allí, era por Cadence.

—Hola —le dijo Liu acariciándole la mejilla.

—Hola, perdón por no decirte nada.

Liu le sostuvo la mirada y no dijo nada más. Casi podía escuchar lo que pasaba por la mente de Nía: el miedo y la incertidumbre de no saber si volvería a la diálisis peritoneal o tendría que quedarse con la hemodiálisis de forma permanente. Antes de entrar a la habitación, Cadence la había puesto al tanto de lo que sucedía con Nía. La situación era un tanto extraña; Liu nunca imaginó tener a Cadence como cuñada ni que estarían hablando de manera civilizada en un hospital, cuando apenas unos meses atrás había deseado que tanto ella como Ebba desaparecieran de su vida. Pero ahora, ya no sentía coraje hacia Cadence, sino una extraña sensación.

—Supongo que ya sabes lo que me pasó.

—Así es.

—Voy de mal a peor.

—No digas eso, vas a recuperarte y volver a la diálisis peritoneal. Verás que la infección pasará pronto.

—No lo sé. El líquido salió turbio, nunca antes me había pasado algo así.

Liu no dijo nada más, solo se limitó a abrazarla y sintió su miedo. Se quedó con ella hasta que Nía se quedó dormida, lo que ocurrió entrada la noche. En ese momento, se despidió de los padres de Nía, quienes se quedarían con ella esa noche.

Nía pasó varios días hospitalizada; incluso le hicieron la primera hemodiálisis allí, lo que la dejó más débil y agotada de lo que ya se sentía. Liu la visitó todos los días mientras estuvo internada y, cuando fue llevada a su casa, también la visitó y le llevó libros.

—¿Te gusta visitarme? —le preguntó Nía una noche, cuando sabía que Liu estaba por irse a casa—. ¿O solo lo haces por lástima? Sé que nunca he sido una persona para tener pareja, y mucho menos en este momento.

A Liu no le sorprendió lo que Nía había dicho; lo había estado viendo venir desde hacía algunas noches. Solo que ahora Nía tenía el valor de soltarlo, de liberar lo que llevaba días pensando y dándole vueltas en su mente.

—No te visito por lástima, te visito porque te quiero. Porque de verdad tengo sentimientos por ti. Veo en ti algo más que un cuerpo. Sabes que desde que nos conocimos hubo una conexión entre nosotras. Más que desear un cuerpo, me gusta lo que ocurre entre nosotras sin necesidad de que haya algo más, Nía.

Los ojos de Nía se llenaron de lágrimas; a veces le costaba creer que, por primera vez, conocía a alguien que no le daba mucha importancia al sexo ni a la intimidad. Liu la abrazó; últimamente, Nía necesitaba muchos de esos abrazos, mucha paciencia y cariño.

—Perdóname, lo siento —sollozó Nía.

Conforme pasaron los días, Nía se recuperó y volvió a su diálisis peritoneal, lo que le dio

cierta tranquilidad, al igual que a sus padres, su hermana y Liu, quienes estaban contentos de verla relajada al regresar a su antiguo tratamiento. Sin embargo, el doctor le advirtió que debía cuidarse mucho más, que su cuerpo ya no era tan fuerte y que, tras la primera infección, esta podría volverse recurrente. Si eso sucedía, definitivamente tendría que quedarse con la hemodiálisis y se descartaría la peritoneal para siempre.

Nía ya no conducía, así que Liu era quien la recogía cuando quería dar una vuelta, ir al cine o simplemente ver una serie en casa de Liu, tumbadas en el sofá. Una tarde, Nía estaba decidida a preguntarle algo.

—Sé que me has dicho que me quieres, pero… ¿me deseas?

Liu la miró y supo a qué se refería.

—Sí, he llegado a desearte —admitió Liu, consciente de que eso no sucedía de inmediato al conocer a alguien, sino que se desarrollaba cuando había una conexión. Sin embargo, con Nía fue algo que ocurrió casi de inmediato.

Liu sabía el porqué de la pregunta de Nía y para que no le quedara duda, acortó la distancia que había entre ellas y la besó de la manera en que nunca la había besado, deslizó su lengua al interior de la boca de Nía y luego dejó que sus manos vagaran por su pequeña espalda, Liu pudo sentir los huesos saltados de su columna vertebral ante su exploración, la cual le erizó la piel a Nía, que se quedó sin aliento ante lo que Liu le había hecho.

—Quiero estar contigo —susurró Nía, con ojos brillantes y pupilas dilatadas.

La suave y tímida petición fue aceptada por Liu, y Nía se sonrojó al sentir cómo Liu le tomaba de la mano para levantarla del sofá y guiarla hacia la habitación que ocupaba abajo. Nía pensó que la llevaría a la habitación de arriba, pero comenzó a mostrar reticencias al ver que se dirigía a una de abajo. Liu se dio cuenta y dijo:

—Estoy durmiendo en una habitación de abajo, porque Aixa se quedó un tiempo conmigo tras su infarto, y cuando se fue, seguí quedándome allí.

—¿Por qué?

—Porque no me sentía cómoda durmiendo en la habitación donde estaba antes con Ebba.

—¿Y no te sientes sola en esta enorme casa?

—A veces, no siempre —respondió Liu encogiéndose de hombros.

Nía estaba nerviosa, pero deseaba con toda su alma y su corazón estar con Liu. Al entrar a la habitación, Liu encendió solo una pequeña lámpara cerca de su cama, iluminando tenuemente el espacio. Nía apretó suavemente la mano de Liu, que aún la sostenía.

—Eres hermosa —le dijo Liu—. Me encantan tus ojos y la conexión que tenemos. Me gustaría que me tengas total confianza. ¿Hay algo especial que deba saber antes de comenzar?

—¿Tienes vendas o una faja? Es para proteger el catéter.

—Comprendo. Creo que tengo algo por allí. Espera un momento —le dio un beso en el dorso de la mano antes de salir.

Mientras esperaba, Nía observó la habitación de Liu. Se dio cuenta de que no había nada que la hiciera parecer un espacio personal, íntimo y acogedor; ni siquiera una fotografía. Recordó

la historia que Liu le había contado sobre su familia y sintió pena por ella, porque sabía que Liu no era una mala persona. Poco después, Liu regresó con una venda.

—¿Quieres que te ayude? —le preguntó.

—Sí, por favor. No muy apretada ni tan floja.

—Bien.

Liu le quitó la blusa a Nía. Nunca antes la había visto sin ropa, y mucho menos el catéter que sobresalía a la altura del ombligo, a unos diez centímetros. Estaba asegurado con cinta adhesiva médica y gasas para mantenerlo en su lugar, y el extremo del catéter estaba tapado. Con cuidado, Liu comenzó a colocarle la venda.

—¿Te quedó bien? —quiso saber Liu una vez que terminó.

—Sí, gracias.

Semidesnuda de la cintura para arriba, Nía se sintió un poco tímida ahora que Liu había terminado de ponerle la venda y la miraba, pero su mirada no estaba en sus pechos, sino que estaban sobre sus ojos, estudiándola, intentando saber que era lo que pasaba por su mente.

—Si no estás segura, podemos solo dormir.

—Quiero hacerlo, pero hace mucho que no estoy con nadie. Desde que me colocaron el catéter, mi vida sexual se terminó. No puedo hacer muchos movimientos bruscos ni posturas que arriesguen mi salud.

—Comprendo. Hay que ser cuidadosas, ¿es eso lo que quieres decir?

—Sí.

—Conmigo no tienes por qué avergonzarte, y créeme que no soy de las que le gusta el sexo salvaje.

Aquel comentario hizo reír a Nía.

Capítulo 15

Aixa comenzó a dar clases pronto, lo haría por las mañanas, dos horas al día, tres veces por semana, para no sobrecargarla ni provocarle estrés, y así mantenerse saludable y activa. Esto le agradó mucho, ya que tendría tiempo para participar en los simuladores y, finalmente, dedicarse a la pintura, un hobby que hacía mucho no practicaba, pero que ahora podría retomar.

Además de Liu, Eir se había convertido en una amiga más para Aixa, y Eir también había comenzado a considerar a Aixa como amiga. Pasaban algunas tardes sentadas en una banca del parque, compartiendo sus cosas o simplemente escuchando a Sofía hablar de su día en la escuela, mientras ambas observaban a la niña jugar y trataban de entretener a Lía, quien cada vez luchaba más por mantener los pies en el suelo.

—No aguanto la espalda por las noches —se quejó Eir a Aixa, mientras tomaba a Lía con ambas manos y la ayudaba a ir y venir de un lado a otro, imitando lo que hacía su hermana mayor.

—Te creo, y ella apenas está comenzando.

—Lo sé, parece que fue ayer cuando solo quería los brazos. El tiempo pasa rápido.

—Al menos para ti. Para mí, últimamente pasa más lento.

—Pero das clases a nuevos pilotos y vas a los simuladores, ¿no?

—Sí, pero las clases son solo tres veces a la semana y los simuladores, aunque sean diarios, solo son una hora. Me sobra tiempo.

—Deberías buscar algún hobby, algo que te guste.

—Ya lo estoy haciendo, pero aun así… los días son casi eternos. Si no fuera por ti, estaría más aburrida que una ostra.

—¿Y tu familia? ¿Por qué no vas con ellos? —Eir hizo la pregunta que había querido formular desde hacía un tiempo, pero no se había atrevido a hacerlo hasta ahora, ya que Aixa solo hablaba de su amiga Liu, un nombre que le recordaba al de la psicóloga que había visto a Sofía, con un nombre poco común.

—Tengo familia, pero ellos no quieren verme —Aixa se detuvo un momento ante su declaración, mirando a Eir a los ojos, esperando descubrir si la cardióloga podría aceptar tener una amiga lesbiana o si dejaría de hablarle por el hecho de que pasaba tiempo con sus sobrinas —. Ellos me detestan por gustarme las mujeres, por ser lesbiana. Ya sé que estamos en pleno siglo veintiuno, pero ellos se quedaron en el cretácico.

—¿Sabes algo de ellos?

—No, desde que decidieron apartarme de sus vidas, no sé nada de ellos, ni ellos de mí. Estoy prácticamente sola, a no ser por Liu. Ella y yo somos como hermanas adoptivas; ambas estamos solas y hemos sido desterradas por nuestros padres, así que nos cuidamos mutuamente.

A Eir le parecía increíble la historia que estaba escuchando de Aixa. No podía imaginar unos padres tan crueles; los suyos habían sido maravillosos, incluso cuando descubrieron su orientación sexual nunca la miraron de manera diferente.

—Lo siento —fue lo único que se le ocurrió decir a Eir.

—Eso fue hace mucho tiempo. Me he acostumbrado a no tener familia.

Lo que quedaba de la tarde se llenó de silencio, y Eir, a modo de disculpa por tocar un tema tan triste como el desprecio de la familia de Aixa, la invitó a una cena temprana. La expiloto no se negó. Caminó tomada de la mano de Sofía hasta casa de Eir. Una vez dentro, le sorprendió ver que la casa era totalmente diferente a lo que había imaginado. Eir le parecía una persona más fría, por lo que no esperaba que su hogar tuviera ese aire acogedor y familiar, marcado por la presencia de dos niñas, con juguetes diseminados por toda la casa.

Aixa había anticipado encontrar un lugar con pocos muebles, algo más sofisticado y minimalista, pero lo que descubrió la sorprendió. A pesar de sus expectativas, se sintió cómoda de inmediato. Por otro lado, Eir notó la forma en que Aixa estaba observando su hogar.

—Disculpa un poco el desorden; a veces es imposible tenerlo todo bajo control —dijo Eir.

—No te preocupes por eso, lo que veo le da vida a un hogar. Es eso lo que percibo —manifestó Aixa con una sonrisa—. Aunque, si te soy sincera, no esperaba que tu casa se viera así.

Eir no esperaba escuchar eso; nunca pensó que Aixa se hubiera formado una idea o concepto de ella, al parecer era muy observadora.

—¿Cómo pensaste que sería?

—Algo más sofisticada y minimalista. No quiero decir que tu casa no sea bonita, es solo que así la imaginé.

Eir sonrió ante el comentario.

—Tienes razón, mi casa es de esa forma en que la describes. Esta es la de mi hermana, pero, dado lo que pasó, no me pareció buena idea mover todo lo de las niñas a mi casa, y no me refiero solo a sus cosas.

—Entiendo —dijo Aixa.

—Aun así, no es que hubiera muchos muebles en mi casa —explicó Eir, dejando a Lía en un corralito para que jugara mientras se dirigía a la cocina—. Me acababa de separar cuando ocurrió la tragedia.

—Mi tía no sabía qué hacer con nosotras —dijo Sofía de repente, mientras jugaba con uno de los juguetes que había dejado botado—. Lía lloraba a cada rato y mi tía no era una experta.

—Usted, señorita, ¿no se supone que está jugando? Le recuerdo que los niños no deben meterse en las conversaciones de los adultos —la reprendió Eir.

—No estoy sorda, tía.

—Pórtate bien, corazón —dijo Eir, dándole un beso en la frente—. Ponte cómoda,

mientras voy a la cocina. —Se dirigió a Aixa.

—Sí, si gustas, puedo ayudarte —se ofreció Aixa.

—No te preocupes, prefiero que le eches un ojo a ese par de criaturas.

—De acuerdo.

Aixa tomó asiento en uno de los mullidos sofás y comenzó a jugar con Sofía, quien era muy buena imaginando juegos y también hacía partícipe a Lía, que se reía de vez en cuando. Aixa moría de ganas por tomarla en brazos, pero sabía que, en su condición, no debía ni podía.

—La cena está lista —anunció Eir luego de algunos minutos.

Pasaron a la mesa a comer, y Eir acomodó a Lía en su periquera para que ella también comiera. Desde hacía dos meses, Lía había comenzado a explorar el comer sola, así que Eir la dejaba disfrutar a su manera. Le colocó un cuenco de plástico con brócoli y pechuga de pollo asada, en un tamaño adecuado para que pudiera comer.

Era la primera vez en mucho tiempo que Aixa compartía la mesa con más de una persona, y se sentía extrañamente emocionada por ello.

—¿Te gusta el brócoli? —preguntó Eir al sentarse—. Es algo ligero y saludable; lo salteé un poco con aceite de oliva para darle otro sabor y acompañar la pechuga de pollo.

—Me gusta el brócoli. Gracias por invitarme a cenar.

Comieron en silencio, salvo por Sofía, que tarareaba feliz mientras comía. Aixa disfrutaba de la escena, observando a Lía que, emocionada, hacía que Eir volteara para mostrarle lo que iba a llevarse a la boca. Después de un rato, Lía tenía verde alrededor de la boca y sonreía a Aixa con sus dientitos de leche, tan blancos como la luna.

Al terminar de cenar, Aixa se ofreció a lavar los trastes. Aunque Eir dijo que no era necesario, ella insistió, así que Eir aprovechó para ir a bañar a sus sobrinas. Aunque solo se encargaría de Lía, Sofía se las arreglaba sola, pero su tía la supervisaba cuando salía del baño.

Cuando Eir regresó, Aixa ya había terminado con la cocina.

—¿Y las niñas? —preguntó Aixa.

—Lía se ha quedado dormida y Sofía está haciendo tarea —respondió Eir al sentarse en el sofá, y Aixa la imitó después de haberla esperado de pie en la sala sin saber bien qué hacer.

—Es tarde para hacer tarea. Recuerdo que mis padres me obligaban a hacerla apenas llegaba a casa.

—A mí también. Pero no la obligo; en realidad, no tiene mucha tarea. Sofía es inteligente y se apura cuando lo hace a su ritmo. Me costó bastante que se adaptara a nuestra nueva vida, así que tuve que llevarla a una psicóloga que, curiosamente, tiene el mismo nombre que tu amiga.

—Tal vez sea la misma persona, ya que Liu es psicóloga.

—Dime su apellido.

—Villaseñor. Liu Villaseñor, ¿es ella?

—Sí, sí es ella —respondió Eir asombrada.

—Hay pocos buenos psicólogos como ella, y no lo digo solo porque sea mi amiga.

—En eso te daré la razón, y no porque ahora sepa que es tu amiga, pero ella logró que Sofía volviera a ser la niña que era antes de la muerte de sus padres. Creo que hasta yo recibí su terapia sin darme cuenta.

—Estoy segura de que sí, ella es capaz de leerte con esos ojos que tiene y que analizan todo.

—¿Ella también es soltera?

—¿Te gustó la psicóloga?

«Quien me gusta eres tú», pensó Eir.

—No, solo tengo curiosidad.

—Estuvo casada, pero su pareja la engañó. Se divorciaron y ahora tiene una novia.

—¡Vaya! —no pudo evitar exclamarse Eir con sorpresa.

—Lo sé, a mí también me sorprendió que encontrara una novia tan pronto. Liu es un poco reservada, pero se fue de vacaciones a la playa y tuvo una conexión inmediata con una mujer, con la que creo que tiene más afinidad.

—¿Sí? ¿No te gustaba su exesposa?

—No es que no me gustara, sentía que no tenía la misma sensibilidad que Liu. Además, al principio estaba celosa de mí.

—Eres guapa —declaró Eir—. Puedo entender que estuviera celosa.

Aixa sonrió y un leve rubor cubrió sus mejillas, pero no dejó de sostener la mirada de la cardióloga.

—¿Cómo se conocieron? —se interesó Eir.

—En un bar. A Liu le encanta beber whisky. No es alcohólica, pero cuando está triste, a veces se toma unos tragos y se marea un poco. No lo hace muy a menudo, pero sucede de vez en cuando. Yo intenté ligármela, pero ella no es una mujer fácil. Además, es demisexual; necesita sentir una conexión emocional y especial para experimentar deseo sexual por alguien. Mientras tanto, simplemente no pasará nada.

—O sea que te dio calabazas.

—Sí, me rechazó de una manera tan sutil que me sentí boba. Aun así, acepté el trago que me invitó. Me dijo que no tenía ánimos de ligar y, sin esperármelo, comenzó a contarme lo que había pasado con ella y su familia. No me quedó más remedio que también contarle lo mío y me sentí mejor. Nos quedamos allí varias horas hasta que decidimos irnos a casa. Desde ese día, nos volvimos inseparables y me convertí en su amiga fiel por la confianza que me dio. Ella cuenta conmigo y yo con ella. No hay nadie más para nosotras, o al menos, de momento para mí. Aunque parece que va más lento, ella consigue más novias que yo.

—No eres la única a la que le va mal en el amor.

—¿No?

—No.

—¿Qué te pasó a ti?

—Lo mismo que a tu amiga; me fue infiel. Cuando regresé del viaje en el que tú venías como piloto y sufriste el infarto, al llegar a casa, me encontré con mi pareja haciéndole el amor a otra mujer. Me dio tanta rabia y tanto coraje que creí que le destrozaría la cara si la golpeaba con la ira que tenía.

—Me imagino, supongo que habrás sentido la misma rabia y coraje que yo cuando la mujer a la que perdoné su engaño, quedó embarazada de un tipejo y me utilizó para que la llevara a sus citas y le pagara el parto. Lo peor es que sucedió cuando yo no estaba. Cuando llegué, ya no se encontraba ni en el hospital ni en casa; se había llevado todo y vaciado la cuenta que teníamos en común.

—Supongo que malagradecidas hay en todos lados.

Se quedaron calladas, ambas confirmando que eran lesbianas y considerando que quizás no estaba mal acercarse un poco más. A Eir le gustaba la expiloto y a Aixa le gustaba la cardióloga; nada mejor que tener a la doctora del corazón cerca para cuando la necesitara.

Se habían quedado mirándose a los ojos cuando Sofía salió de repente, anunciando que había terminado su tarea y se acomodó cerca de su tía para mostrarle su cuaderno, rompiendo así el momento que se había formado entre ellas. Cuando Eir terminó de revisar la tarea de Sofía, Aixa aprovechó para despedirse.

—Gracias por la cena y por todo —le dijo Aixa a Eir al cruzar la puerta—. Me la pasé muy bien.

—Yo también.

—Nos vemos.

Capítulo 16

Liu descansó su frente en la de Nía, quien, por un momento, se sintió completamente insegura tras la aplicación de la venda. Liu no la veía solo como una mujer con una enfermedad crónica, sino como la verdadera Nía debajo de sus ropas holgadas. A Nía no le gustaba su cuerpo, demasiado delgado y frágil por la estricta dieta que seguía, donde incluso la fruta era limitada y el agua escasa.

Los ojos de Liu la miraban con intensidad, y Nía sintió que esa mirada le decía más que cualquier palabra. Su confianza regresó; Liu la quería, y sus ojos lo confirmaban, así como la forma en que la trataba.

—Te debo parecer patética —dijo con tono agrio—. Fui yo quien pidió estar contigo y ahora parezco temblar como gelatina mal cuajada, insegura de mi cuerpo.

—No eres patética —la contradijo Liu, abrazándola delicadamente y acercando su cuerpo al de Nía sin causarle dolor—. Si te has arrepentido de esto, podemos simplemente dormir.

—¿Cómo puedo gustarte?

—¿Cómo puede gustarte una mujer con sentimientos y pensamientos tan oscuros?

Nía sonrió, y Liu hizo lo mismo, un acto reflejo mientras sus frentes permanecían unidas y se miraban a los ojos. Recuperando la confianza que su inseguridad había eclipsado, Nía comenzó a deslizar sus manos por los hombros de Liu. Esta se apartó ligeramente, permitiendo que Nía hiciera lo que quisiera con ella.

Nía sonrió al ver que Liu se quedaba quieta permitiendo que la explorara, para luego comenzar a desnudarla, comenzando por quitarle la blusa y en un mutuo acuerdo silencioso, ambas se fueron quitando la ropa por turnos, hasta quedar completamente desnudas.

—La venda me resta puntos — dijo Nía.

—Deja de preocuparte por ello.

Liu se acercó a ella, la estrechó suavemente contra su cuerpo y la besó en los labios, enseguida se acercaron a la cama y cuidadosamente se tendieron en ella, Liu sabía que debía de tener cuidado, sobre todo que no debía dejar caer su peso sobre Nía. Nía era para Liu como una hermosa escultura hecha de cristal que debía ser tratada con mucho cuidado.

Liu yacía a un costado de Nía, podían sentirse, no completamente, pero podían sentir el calor corporal de la otra. La mano de Liu exploraba los rincones del cuerpo de Nía, que también hacía lo suyo explorando la piel de Liu. Era una danza lenta, llena de delicadeza dadas las circunstancias, pero el solo hecho de poder estar de esa manera les era excitante y Liu sentía que estaba haciendo el amor de la forma en que realmente lo había deseado hacer.

Liu siempre había querido hacer el amor lento y de manera menos arrebatada, quería demorar el juego de las caricias y ahora lo estaba haciendo con Nía, que parecía estar en la misma sintonía con ella y esa era una de las cosas que ocurría entre las dos, que había tal

conexión que las hacía comunicarse sin siquiera decirse nada.

Nía se sentía completamente fuera de este mundo, las caricias y besos de Liu la estaban llevando más allá de las estrellas y su bajo vientre, siempre frío y sin ganas, por primera vez parecía estar en ebullición. Se dio cuenta de la humedad que aumentaba cada vez más entre sus piernas, sobre todo cuando la mano de Liu se aproximó lentamente a su sexo y acarició su pubis, jugó con su vello enredando sus dedos en él y luego se deslizó hacia su abertura, sintió su humedad y se hundió en ella. Nía dejó escapar un suspiro antes de cerrar los ojos y entregarse al placer de las caricias de Liu, la miró a los ojos y se abandonó.

Se estremeció y tembló. Gracias a Liu su cuerpo volvía a sentir placer, volvía a sentir caricias y, sobre todo, sentía el amor que Liu le profesaba en cada segundo que pasaba a su lado. Lo único que Nía lamentó, fue el que no pudiera permitirse sentir todo el peso de Liu sobre ella. Más que nunca deseaba obtener un riñón, para poder llevar una vida más o menos más normal de lo que ahora llevaba. A menudo se sentía aburrida de su vida, de su rutina y de ser de cristal, el cual podía romperse en cualquier momento.

Liu se quedó mirando a Nía que seguía en las nubes. Ahora yacían completamente quietas una junto a la otra y Liu acariciaba los pequeños senos de Nía, quien no parecía ser muy consciente de las caricias de Liu.

— ¿En qué piensas? — le preguntó Liu, en cuanto vio que Nía la miraba con un halo de anhelo y tristeza a la vez.

—En que me gustaría no tener este catéter en la panza. Podría tenerte encima de mí, estar completamente desnuda y no con esta venda que me hace sentir ridícula.

Liu, en lugar de responder, se acercó y la besó en los labios, haciendo que Nía olvidara momentáneamente las preocupaciones que la atormentaban. Liu admiraba a Nía, quien escribía novelas tan intensas y llenas de romance, algo que le había faltado hasta hacía poco.

—¿Qué hora es? —preguntó Nía cuando Liu finalmente le devolvió la respiración.

—Son las nueve —respondió Liu—. ¿Por qué?

—Debo hacerme la diálisis.

—¿Trajiste lo que necesitas?

—Sí, está en la mochila que traje —dijo mientras intentaba levantarse, pero Liu la detuvo.

—No te preocupes, yo voy.

Liu salió de la habitación y fue a buscar la mochila que Nía había dejado sobre la mesita en la entrada. Volvió rápidamente, pero solo pudo ayudarla a quitar la venda que ella misma le había puesto. Se cubrió con una bata y le ofreció otra a Nía, quien se la puso de inmediato y fue a lavarse las manos para comenzar con la diálisis.

Realizó cada paso de manera meticulosa, asegurándose de tocar solo lo necesario para no contaminar el proceso. Primero dejó salir el líquido viejo en una bolsa de desecho; luego, comenzó a introducir el nuevo, elevando la bolsa para que fluyera. El proceso tomó veinte minutos, durante los cuales Liu se sentó en el único asiento de la habitación, observando y esperando.

—He terminado —anunció Nía, finalizando la esterilización de su catéter—. ¿Tienes alguna bolsa resistente para la diálisis de desecho?

—Por supuesto, ahora vuelvo.

Una vez que guardaron todo y depositaron las cosas en su lugar, volvieron a acostarse. Por primera vez, Liu reflexionó sobre lo cansada y aburrida que debía sentirse Nía al tener que realizar ese procedimiento varias veces al día.

—Te quiero —le dijo Liu, dándole un beso en la mejilla.

Nía pasó el fin de semana con Liu, así que cuando Cadence visitó a sus padres el domingo al mediodía en compañía de Ebba, se sorprendió al no encontrarla en casa. Por lo general, Nía siempre estaba allí, y fue una sorpresa escuchar que se había quedado en casa de Liu. La noticia no le cayó bien a Ebba, pero a Cadence le alegró; significaba que la confianza de su hermana había vuelto y que se estaba permitiendo disfrutar de la vida, a pesar de su condición. Además, había alguien que la quería y aceptaba tal como era.

—No puedo creer que Nía haya pasado la noche con Liu —fue lo primero que Ebba comentó al entrar al apartamento.

—¿Por qué lo dices? —inquirió Cadence, molesta, sin saber si se refería a Nía o a Liu—. Nía puede llevar una vida casi como cualquier otra persona.

—No lo digo por eso. Lo digo por Liu. Ella no es una mujer que se acueste de inmediato con otra persona. Liu necesita sentir una conexión especial para tener sexo.

—Quizás ella y Nía la tienen.

—No lo creo. Estoy segura de que durmieron como niñas buenas, tomadas de la mano —se burló Ebba.

—No me parece bien que te burles de ellas —dijo Cadence, malhumorada, mientras se dirigía hacia la habitación y dejaba sola a Ebba en la sala.

—No me estoy burlando de ellas —se defendió Ebba, siguiéndola.

—Claro que sí, te ríes de ellas y de su manera de amar. ¿Qué tiene de malo que no compartan los mismos gustos que tú y yo?

—No te enojes —le pidió Ebba, acercándose de manera conciliadora.

—Me molesta que pienses así de mi hermana —recriminó Cadence, alejándose de ella. Ebba se dio cuenta de que realmente estaba enojada—. Liu no era para ti. Creo que se ha librado de alguien que no la merecía, y Nía es una persona sensible, al igual que Liu, que aunque aparenta fortaleza, también es delicada.

Esa noche, Cadence durmió lejos de Ebba y no permitió que la tocara. Le aplicó la ley del hielo; era la primera vez que se enojaba de esa manera con ella. Siempre había sabido que Cadence amaba a su hermana menor, pero ahora entendía que su amor por Nía era profundo.

∞∞∞

Liu devolvió a Nía el domingo por la noche. No pudo evitar sentir cierta vergüenza ante

sus suegros, pero Nía estaba feliz, y eso la hacía sentir bien. Juntas, no se habían sentido solas; habían compartido muchas actividades: paseos, cine y juegos de mesa, además de hacer el amor.

—Creo que no podré volver a dormir sola —le dijo Nía a Liu, guiñándole un ojo.

—Entonces ven conmigo —tomó sus manos entre las suyas y las apretó suavemente.

—¿De verdad?

—Muy de verdad.

—¿Vivirías conmigo? —Liu lanzó la pregunta medio en broma, pero sin poder ocultar su verdadero deseo.

—Sí —respondió Nía sin pensarlo, aunque ambas se estaban tanteando.

—Debo irme. Descansa y sueña con los angelitos.

—Entonces soñaré contigo.

—Pero no me sueñes desnuda.

—Tú me acabas de dar la idea.

Y mientras sonreían, se dieron el último beso de despedida. Liu subió al auto y partió, mientras Nía la miraba alejarse hasta perderla de vista.

∞∞∞

Aixa y Eir comenzaron a interesarse más la una por la otra. La expiloto, llena de felicidad por haber conocido a Eir y a sus sobrinas, se entregó cada vez más a la pintura en sus ratos libres, además de dedicar algunas tardes a sembrar y cuidar rosas. Aixa esperaba que pronto comenzaran a florecer para llevar a Eir y a sus sobrinas a mostrarles su jardín y sus pinturas. Sin embargo, consideraba que aún era pronto y prefería pasar la mayor parte de las tardes en su casa, donde solían conversar, cenar o ver películas animadas con Lía y Sofía.

Una mañana de domingo, Liu decidió visitar a Aixa. Hacía varios días que no se veían, solo habían intercambiado algunos mensajes, cada una ocupada en sus propias cosas, pero aun así se saludaban a diario.

—Si no te visito, tú no lo haces —le reprochó Liu al abrirle la puerta Aixa.

—Ya pasé varias semanas en tu casa; no me parece justo que te veas obligada a verme.

—Graciosa —dijo Liu, dándole un beso y un abrazo.

Aixa la condujo a la cocina, donde estaba preparando el desayuno. Liu se unió a ella, y mientras comían y conversaban sobre cosas triviales, Aixa notó que su amiga parecía tener algo más en mente.

—¿Qué te pasa? —preguntó Aixa.

—Nada, no me pasa nada.

—Mientes con todos tus dientes —la acusó Aixa, mirándola con complicidad. La conocía bien, al igual que Liu a ella—. ¿Sucede algo malo con Nía?

—No, estoy bien con ella. Si te soy sincera, lo que vivo con Nía es muy distinto de lo que

viví una vez con Ebba.

—¿Qué tan diferente?

—Como la noche y el día, como de aquí a la luna.

—Estás enamorada de ella.

—Mucho. Tanto, que de broma le dije que viniera a vivir conmigo.

—¿Y por qué no se lo has propuesto en serio?

—Porque me da miedo.

—¿A qué le tienes miedo? ¿A su enfermedad?

—No, no le temo a eso. Temo que sus padres crean que no puedo cuidarla, que no sea lo suficientemente buena para ella.

—Bueno, sabes que los padres siempre tendrán algo en contra de las parejas de sus hijos. Pero tú estás entre las pasables. Tienes una profesión en la que has sobresalido y eres económicamente solvente. Puedes cubrir los gastos de Nía sin problema, y ella es escritora, ¿no? ¿Qué tal le va en eso?

—Pues bien, obviamente no es para volverse rica, pero gana un poco de dinero cada mes. Si no tuviera una enfermedad crónica, le alcanzaría para vivir.

—Además, tienes ahorros y trabajas todos los días. Creo que eres capaz de hacerte cargo de Nía.

—¿Y tú? Cuéntame de esa vecina tuya con las niñas.

Aixa comenzó a hablarle a Liu sobre Eir y las casualidades de la vida que las habían llevado a conocerse; era una historia que no le había contado a Liu. Pasaron un buen rato conversando hasta que el celular de Liu comenzó a sonar.

—Debo irme.

—¿Qué pasa? —inquirió Aixa, notando que la expresión relajada de Liu se tornaba preocupada.

—Nía se ha puesto mal y la han llevado al hospital.

—Lo siento mucho. Ve con cuidado, avísame de cualquier cosa y si me necesitas, llámame —dijo, abrazándola.

—Gracias.

Capítulo 17

Nía volvía a tener otra peritonitis, y su estado era similar al de la vez anterior: dolor, fiebre y una sensación de hinchazón. Nuevamente, tuvieron que recurrir a la fístula que le habían colocado hace un mes para hacerle una hemodiálisis. Esta vez, los médicos le dieron la mala noticia de que no podría volver a la diálisis peritoneal.

—La peritonitis que presentas ahora es diferente de la anterior; tu cuerpo se ha vuelto más débil y hay un daño significativo en la membrana peritoneal. Por eso ya no podrás hacerte la peritoneal —le informó el doctor a cargo.

Nía se sintió aún más impotente. Sabía que tendría que pasar tres veces por semana de tres a cinco horas en el hospital, viendo cómo una máquina limpiaba su sangre, mientras el tratamiento la dejaba agotada y débil. Temía que, al llegar a ese punto, Liu se marchara; ni siquiera tendría ánimos para disfrutar de las cosas de adultos. Lloró.

Liu llegó lo más rápido que pudo al hospital y, tras saludar a sus suegros, entró a ver a Nía. Por primera vez, notó que estaba verdaderamente acongojada y cabizbaja.

—Hola —saludó Liu, acercándose a Nía. Lo primero que hizo fue tomar su mano entre las suyas y darle un beso en el dorso, luego acarició sus cabellos y le dejó un beso en la frente.

—Qué desagradable debe ser para ti visitar a tu novia un domingo en un hospital en lugar de ir al cine o bailar por la noche.

—No es desagradable, Nía —dijo, mirándola a los ojos—. Yo te quiero.

—Pero, ¿cuánto durará tu amor por mí en estas condiciones? —cuestionó, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Nía, antes te hubiera dicho que toda mi vida. Pero ahora sé que eso es solo romanticismo. Hoy te digo que te amaré cada día en que decidamos construir y confiar la una en la otra. Si desconfías de mi amor por ti, yo sola no puedo luchar contra ello.

Nía la miró, aferrándose a la mano de Liu.

—¿Tú me amas? —preguntó Liu.

—Sí —murmuró Nía.

—¿Quieres seguir construyendo nuestra relación?

—Sí.

—Sé que ahora enfrentas una situación diferente, pero saldrás adelante. Saldremos adelante. Yo voy a estar contigo.

Nía volvió a ser valiente, y Cadence se alegraba de que Liu hubiera causado un efecto positivo en su hermana, que a su vez también beneficiaba a sus padres y a ella. A menudo, especialmente ese día, sentía la necesidad de agradecer a Liu por amar a su hermana y aceptarla tal como era.

∞∞∞

Aixa acababa de llegar a su casa cuando alguien tocó al timbre, algo inusual, ya que casi nadie lo hacía. Antes de abrir, preguntó quién era y se sorprendió al escuchar que era Liu, que la visitaba por segunda vez en el mismo día.

—¿Qué pasa? ¿Nía está bien? —preguntó Aixa en cuanto Liu entró rápidamente, se sentó en uno de los sofás y miró a su amiga.

—Bien, dentro de lo que cabe. Ahora tendrá que dejar la diálisis peritoneal para pasar a la hemodiálisis.

Aixa se sentó junto a Liu y esperó a que continuara.

—Está asustada. Teme que deje de quererla. Hoy que fui a verla, sus ojos se llenaron de lágrimas y me preguntó cuánto duraría mi amor por ella en esas condiciones.

—¿Qué le dijiste?

—Que las relaciones se tratan de confianza y de construirlas cada día.

—¿Vas a dejarla?

—No —respondió Liu, abriendo los ojos como platos—. La que tiene miedo soy yo.

—¿De qué tienes miedo?

—De perderla, la vida de una persona con diálisis no dura más que 10 o 20 años si eres joven y no surgen otras enfermedades. Sabes lo agotador que será para ella.

Sin que Aixa se lo esperara, Liu comenzó a llorar. Su amiga la abrazó, permitiéndole desahogarse, ya que era evidente que Liu estaba sufriendo por el futuro de Nía.

—¿Sus padres y hermana no pueden darle un riñón? —preguntó Aixa.

—Ninguno es compatible con ella.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —inquirió Liu, confundida.

—Tú podrías donarle un riñón.

Liu la miró, sorprendida. Esa idea no se le había pasado por la cabeza, pero ahora que Aixa la mencionaba, parecía posible, aunque la probabilidad de compatibilidad era baja.

—Por supuesto, pero también existe la posibilidad de que no seamos compatibles.

—Recuerda que la esperanza es lo último que muere, y tú le hablaste de que el amor se trata de construir juntas.

Liu sabía que no había mejor persona con quien hablar en ese momento que Aixa, esa hermana adoptiva que la vida le había brindado. Ella era la única capaz de ofrecerle consuelo o un consejo útil.

—Qué mejor manera de demostrarle tu amor —dijo Aixa abrazándola.

—Pero si somos compatibles, ¿vas a cuidarme?

—Por supuesto, tú cuidaste de mí; yo cuidaré de ti.

Al día siguiente, en cuanto tuvo un momento libre, Liu fue al hospital. En lugar de encontrarse con sus suegros, se topó con Cadence, quien se había quedado con su hermana. Se saludaron con la misma distancia de siempre.

—Quiero hacerme pruebas para saber si soy compatible con tu hermana y poder donarle un riñón.

Las palabras de Liu dejaron a Cadence perpleja, sin saber si reír, llorar o saltar de alegría. Aunque sabía que había una posibilidad de que Liu no fuera compatible, ya que ni su propia sangre pudo donarle, le alegraba que la psicóloga se ofreciera a hacer algo tan significativo.

—¿De verdad? ¿Estás segura? —preguntó, tratando de asimilar la información.

—Muy segura. ¿Podemos ir a hablar con su doctor antes de que entre a verla?

—Claro.

Y como si fueran grandes amigas, Cadence y Liu se dirigieron a buscar al médico, con quien se reunieron poco después. Él le explicó a Liu el procedimiento y lo que necesitaba hacer. Lo primero que le pidió fue su expediente médico y el de su familia. En ese momento, Liu tuvo que contarle al doctor, en presencia de Cadence, que no estaba en contacto con su familia, pero que durante los años que vivió con ellos, ninguno había tenido problemas renales y que, en general, eran sanos.

Tras casi media hora de conversación, Liu y Cadence abandonaron el consultorio y se dirigieron a la habitación de Nía, quien, aunque se sentía acongojada, sonrió al ver a Liu.

Nadie le mencionó a Nía lo que Liu tenía en mente; la razón principal de mantenerlo en secreto era que, si las primeras pruebas no resultaban positivas, no quería darle falsas esperanzas. En caso de que fueran positivas, Liu le diría personalmente que estaba dispuesta a donarle uno de sus riñones.

Días más tarde, Nía fue dada de alta, pero aún debía regresar para la hemodiálisis, un tratamiento que la dejaba cansada. Sin embargo, como recompensa, recibía la visita de Liu cada tarde-noche después de sus consultas. Liu era invitada a cenar y se marchaba a casa alrededor de las diez de la noche, donde encontraba un hogar desangelado y vacío. Se sentía extraña, pues no había nadie esperándola, solo la soledad. Cada vez deseaba más pasar las noches junto a Nía y dormir a su lado, pero la presencia de los padres de Nía la avergonzaba.

Mientras tanto, la relación entre Cadence y Ebba no pasaba por su mejor momento. Extrañamente, Ebba se sentía celosa de Liu. Desde que se enteró de que Liu estaba haciéndose pruebas para saber si podía donar un riñón, no dejaba de molestar a Cadence.

— ¿Qué dice tu querida cuñada? — preguntó con sorna en la voz al verla llegar, pero Cadence no le respondió.

— ¿Por qué no me contestas?

— ¿Para qué voy a responder a tus impertinencias? Si quieres saber de Liu, podrías haberme acompañado.

Desde que Ebba supo del romance de Nía con Liu, dejó de acompañar a Cadence a casa de sus padres o al hospital, dedicándose únicamente a molestarla. Su burla se intensificó cuando

Cadence, llena de alegría y admiración, le contó que Liu estaba haciéndose pruebas para donar un riñón a Nía.

—No me interesa saber de ella — replicó Ebba.

—No me parece que sea así.

—Lo que pasa es que no puedo creer que quiera donar un riñón.

— ¿Qué tiene de malo? — inquirió Cadence, plantándose frente a Ebba y mirándola con dureza.

—Con su experiencia, yo no donaría nada a nadie.

Y Cadence, por fin pudo ver aquello que antes no había visto o que quizá su tonto enamoramiento le había hecho cegarse. Se dio cuenta de lo que realmente era Ebba en realidad.

—Egoísta.

— ¿Que? — preguntó Ebba confundida.

—Que eres egoísta, eso es lo que eres. Una persona egoísta y vanidosa. Solo piensas en ti, en tus deseos y nada más — explotó Cadence.

— ¡Mira quién habla! — dijo levantándose del sofá en el que estaba sentada —. Cuando comenzamos con nuestro juego no pensaste en nadie más que en ti y ahora como Liu, puede ser una posible donadora, te haces la santa ¿no?

—No soy ninguna santa, pero me alegra que Liu se haya librado de ti. Ella es mucho mejor que tú. La que se ha equivocado soy yo.

—Santa Liu, Santa Liu. Préndele una vela y dale tú las nalgas por tu hermana.

Aquello hizo hervir la sangre de Cadence, que lo que hizo fue darle una bofetada con todo su enojo a Ebba, quien casi cae de nuevo sentada en el sofá.

—Eres una guarra, no sé cómo pude fijarme en ti ¡Lárgate de mi casa!

Ebba no dijo nada, solo se frotó la mejilla mientras miraba a Cadence con toda la rabia del mundo. Le dio un empellón a su paso y se dirigió a la habitación por sus cosas. Cadence no pudo evitar que se le escaparan las lágrimas; no era la primera vez que se sentía culpable por lo que había hecho, por permitir que lo que sintió por Ebba la primera vez que la vio creciera y la envolviera. Pero ahora se daba cuenta de que solo había sido una fachada, que caía como el telón de una mala obra de teatro.

Momentos después, Ebba salió de la habitación con las mismas maletas con las que, hacía meses, había llegado a su apartamento. Ebba la miró una última vez, esperando ver si Cadence se arrepentía, le pedía disculpas y decidía quedarse, pero de su boca no salió ni media palabra.

Cadence se dejó caer en el sofá y comenzó a llorar. Se arrepentía enormemente de lo que había hecho, de haberse enamorado de Ebba y de haberse dejado deslumbrar por ese encanto que desprendía de manera tan natural como el respirar. No obstante, si se hubiera abstenido y no hubiera caído en la tentación, su hermana y Liu nunca se habrían conocido. Quizá así era como debían suceder las cosas y, aunque ahora estaba sufriendo, se alegraba de que su hermana hubiera encontrado a alguien que la quisiera sin importar su condición.

Cuando Ebba llegó a la acera, se detuvo y miró la entrada por la que había salido,

esperando que Cadence viniera detrás de ella. Esperó algunos minutos, pero nada de lo que había estado deseando ocurrió. Su enojo había remitido y se arrepentía de lo que había dicho; aun así, pensaba que solo había dicho la verdad. Ebba no tenía a dónde ir. Desde que se casó con Liu, dejó de pagar renta y, al divorciarse de ella, de inmediato se fue a vivir con Cadence. Ahora, ¿a dónde iba a ir?

Ebba decidió dejar su orgullo a un lado y volvió a subir con las maletas. Necesitaba suplicar y pedir perdón. Cuando llegó a la puerta, comenzó a tocar. Al escuchar el llamado, Cadence se quedó en silencio y dejó de sollozar, esperando que quien hubiera ido a tocar su puerta se retirara.

—Cadence, por favor, ábreme —pidió—. Yo te quiero; sé que estuvo mal lo que dije.

Cadence continuó en silencio; no pensaba abrirle. Ebba se había equivocado con ella. Cadence la conocía mejor que nadie y sabía que siempre decía lo que pensaba. Estaba harta de los comentarios que hacía sobre ella y Liu. Lo único que conseguía era hacerla sentir culpable, como una zorra roba esposas, y además le molestaba sobremanera que se burlara de su hermana.

—Cadence, sé que estás ahí. Abre y hablemos —rogó—. ¡Cadence!

—¡Vete! No voy a abrirte —respondió Cadence desde el otro lado de la puerta.

—Cadence, yo te amo.

—Ten más dignidad y vete de una vez o llamaré al portero para que te saque.

—No tengo a dónde ir.

—Busca un hotel y luego procura comprarte una casa. Adiós, Ebba.

—¿Vas a dejar que lo nuestro se termine de este modo? —volvió a intentarlo una vez más.

—Tú lo has roto. Todo lo que había entre nosotras lo destruiste con lo que salió de tu boca. Y sabes mejor que nadie que siempre dices lo que piensas. No te pedía que amaras a mi familia, pero sí me hubiera gustado que respetaras a mi hermana. Respeto, Ebba, solo respeto.

—Ya te pedí disculpas.

—Aceptadas, ahora vete.

—¿De verdad no abrirás?

—No —pronunció Cadence con apenas la voz necesaria para que Ebba la escuchara.

Cadence hubiera preferido que Ebba no hubiera regresado a suplicarle, porque solo había hecho que llorara aún más y que tuviera la tentación de perdonarla. Pero sabía que Ebba solo se abstendría de decir ese tipo de cosas durante un breve tiempo y después volvería a hacer lo mismo.

Ebba golpeó la puerta del apartamento de Cadence antes de irse, haciendo que Cadence se sobresaltara y se convenciera de que había tomado la mejor decisión de su vida.

Capítulo 18

Eir escuchaba la historia de amor que Aixa le estaba contando sobre su amiga Liu. Realmente, no se esperaba escuchar algo así y mucho menos vivirlo tan de cerca a través de Aixa.

—Liu ha salido positiva, así que mañana le dará la noticia a Nía. Estoy segura de que no se lo va a poder creer.

—Liu debe de amarla mucho —expresó Eir.

—Sí, la ama. Si te digo la verdad, me gusta más Nía que Ebba; ella nunca me agradó, ni yo a ella.

—¿Quién va a cuidar de Liu?

—Yo. Se quedará en mi casa mientras se recupera.

—¿Tú? —inquirió Eir, arqueando una ceja—. Te recuerdo que no puedes hacer demasiado esfuerzo físico.

—La cardióloga que me ha estado viendo últimamente dice que estoy bien.

Aixa había llevado su expediente médico a Eir para que ella la tratara de ahora en adelante. La confianza que había crecido entre ellas era única, porque Aixa sabía que no era la misma que tenía con Liu ni la que alguna vez tuvo con Raina. Por su parte, Eir tampoco la comparaba con la de Cadence; era distinto. Aixa no era solo una amiga ni una novia, sino una especie de compañera íntima con la que cada vez pasaba más tiempo, junto a las niñas.

Hacía algunos días, Aixa le había llevado regalos a Eir y a sus sobrinas. Además, las salidas al parque habían dado paso a ir al cine y a hacer la cena juntas. El regalo que Eir recibió de Aixa fue un cuadro pintado por ella, y Eir estaba encantada con lo talentosa que era, tanto que la animó a vender sus obras, pero, como era de esperarse, Aixa se negó.

—¿Tú harías lo que está haciendo Liu por su pareja? —preguntó Eir, llena de curiosidad.

—Si me mirara de la manera en que Nía mira a Liu, no lo dudaría.

Aixa, hasta hacía poco, se había dado cuenta de cómo se veían los ojos de una persona enamorada. Lo que había visto en los ojos de Raina no era más que su propio deseo y ansias de ser amada. En la mirada de Raina solo había amor por el dinero y las cosas que podía darle; ella había sido únicamente una caja registradora.

—Pero ahora, supongo que no puedo ser donadora.

—Supones bien. No eres candidata.

—Doy pena —dijo Aixa, y Eir le dio unas palmaditas en la pierna. Últimamente se mostraban afecto con pequeños roces o caricias, que hacían sentir electricidad en todo su cuerpo.

Eir sabía que probablemente Aixa era tan sensible como Liu, considerando el destierro de

su familia y el engaño de la mujer que amaba. Estaba segura de que había sido demasiado para su pobre corazón. La cardióloga encontraba en Aixa a una mujer interesante, tranquila y cariñosa. Aunque aparentara otra cosa al verla por primera vez, Eir pensaba que podría compartir su vida con ella.

∞∞∞

Liu llegó a ver a Nía con un ramo de flores. Estaba tan contenta de decirle que le daría un riñón, que nada le hacía más feliz en el mundo que donarle aquello que necesitaba para que su vida fuera mejor.

Y no solo Liu era feliz; los padres de Nía también estaban contentos y agradecidos con Liu por lo que iba a hacer por su hija.

Liu entró a la habitación de Nía sin tocar, la encontró en la mesa que usaba como escritorio, donde pasaba algunas horas al día escribiendo sus novelas. Como en otras ocasiones, ni siquiera se percató de que alguien había entrado a su habitación. Nía estaba de espaldas a la puerta, muy absorta en su mundo.

Liu se acercó despacio y puso el ramo de rosas delante de su cara, haciendo que Nía saliera de su mundo. Dando un pequeño salto, se quitó las gafas y sonrió a Liu en cuanto reconoció de quién era aquel detalle.

—Para ti —dijo Liu.

—Gracias —respondió Nía, tomando las flores y aspirando su aroma—. Me has asustado.

—¿Estabas escribiendo escenas pornográficas? —inquirió Liu, maliciosa y con sorna.

—Sí, de esas que te gusta leer de primera mano —contraatacó Nía.

Liu la miró con intensidad, y Nía tuvo la sensación de estar desnuda bajo esos ojos; no se refería a que viera su cuerpo, sino a lo que podía ver a través de ellos. La psicóloga se inclinó y la besó en los labios. Nía se quedó sin aliento y se apartaron.

Algo que Liu había notado en Nía era que el color de su piel había cambiado gracias a la hemodiálisis. De ser tan blanca, ahora su piel se veía como si estuviera quemada, con una textura distinta, y su dieta se había vuelto más estricta.

Liu se sentó en el borde de la cama, y Nía descubrió en su semblante que su novia quería decirle algo. Había un brillo en sus ojos y su rostro estaba iluminado, haciéndola lucir más hermosa. Nía sonrió, y Liu le devolvió la sonrisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Nía, sentándose al lado de Liu para ver mejor aquel rostro luminoso.

—Tengo una maravillosa noticia para ti.

—¿Cuál? Dime —respondió Nía con la misma efusividad con la que Liu había hablado.

—¡Voy a ser tu donadora de riñón!

—¿¡Qué!? —exclamó Nía, poniéndose de pie de un brinco.

—Soy compatible contigo —manifestó Liu, levantándose y tomando a Nía de las

manos—. Todas las pruebas que me hicieron salieron positivas. Voy a donarte un riñón.

Nía se soltó de las manos, dejando a Liu desconcertada.

—No quiero tu riñón —declaró, dándole la espalda.

—¿Por qué? Yo no te estoy pidiendo nada —dijo Liu, acercándose a ella.

—¡Ya lo sé, pero no lo quiero!

Liu sintió que su corazón caía a sus pies y las lágrimas le escocían los ojos. Lo que había pensado que sería una buena noticia para Nía le resultaba desagradable.

—Pensé que te alegrarías —dijo Liu en un murmullo, lo que hizo que Nía se ablandara—. No lo estoy haciendo por lástima, Nía. Lo estoy haciendo porque te quiero. Lo que siento por ti no lo había sentido nunca, ni siquiera con Ebba. Lo nuestro es diferente.

Nía comenzó a sollozar mientras se llevaba las manos al rostro. Liu se acercó a ella y la abrazó. Nía lloró más fuerte y Liu, al ver que no era rechazada, giró a Nía para que quedara frente a ella. Escondió el rostro en el cuello de Liu y lloró mientras la abrazaba con fuerza.

—¿Y si no duramos toda la vida? ¿Y si al final rechazo tu riñón? ¿Y si te pasa algo durante la cirugía? —Nía hizo todas estas preguntas mientras hipaba.

—Si no duramos toda la vida, tú vivirás con una mejor calidad de vida. Si tu cuerpo lo rechaza, lo habremos intentado. No creo que me pase nada durante la cirugía; hierba mala nunca muere, solo se marchita, recuérdalo —Nía sonrió al oír esto.

—Eres muy buena —le dijo, mirándola a los ojos.

—No soy buena, solo estoy enamorada de ti —Liu le sostuvo la mirada y secó las lágrimas que escurrían por sus mejillas—. Ahora dime, ¿vas a aceptar mi riñón?

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Si aceptas casarte conmigo.

—Acepto casarme contigo —respondió Liu con una sonrisa.

Semanas más tarde, y después de poner todo en orden, Liu y Nía estaban listas para entrar al quirófano. Al cabo de unos minutos, ambas se encontraban siendo intervenidas. En la sala de espera estaban Aixa y los padres de Nía. Más tarde se les unió Cadence, quien últimamente aparecía sola, sin Ebba acompañándola.

Cadence no había dicho nada a su familia ni a Nía sobre que ella y Ebba habían terminado o, más bien, que fue ella quien la terminó. Aún le dolía pensar en ella y hablar de ella, sobre todo porque Ebba seguía insistiendo en que volvieran. No había un día en que no le llamara o le enviara un mensaje pidiéndole perdón y, aunque había intentado bloquearla, no pudo; le podía más el saber qué era lo que Ebba iba a decirle en el siguiente mensaje.

La operación duró alrededor de cuatro horas, pero afortunadamente todo había salido bien, y tanto Liu como Nía se encontraban en sus respectivas habitaciones, esperando que pasara la anestesia. Pasados unos treinta minutos, Liu despertó y lo primero que notó fue una figura borrosa que le tomó la mano.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Aixa a Liu justo en el momento en que un doctor entraba a verla.

—Veo que ya despertó la paciente —dijo el doctor, acercándose a Liu y revisando sus signos vitales—. Hasta el momento, todo va bien con la paciente, con permiso.

—Respondiendo a tu pregunta, me siento con somnolencia.

—Pues duerme. Estoy segura de que cuando pase un poco más la anestesia, comenzarás a sentir dolor.

Liu cerró los ojos y volvió a quedarse dormida. Nía tardó un poco más en despertar, pero al igual que Liu, se encontraba bien hasta el momento; solo que a ella el dolor había comenzado a aparecer. No obstante, estaba feliz de ya no usar catéter ni nada para realizarse diálisis o hemodiálisis, y deseaba ver a Liu para darle las gracias. Fue tanta su emoción que comenzó a llorar, preocupando a sus padres y a Cadence, que corrieron hacia ella para saber qué le pasaba.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal? —le preguntó su madre.

—No —murmuró Nía, sintiendo la boca seca y pastosa.

—Entonces, ¿por qué lloras? —quiso saber Cadence.

—Porque estoy feliz de tener un riñón; espero que mi cuerpo lo acepte.

—Estoy seguro de que sí, hija —le dijo su padre—. Los inmunosupresores te van a ayudar, ya lo verás.

Pasado un rato, Liu recibió la visita de sus suegros, quienes le dieron las gracias un millón de veces por lo que había hecho por Nía. Después de que ellos se fueron, Cadence entró para darle también las gracias.

—Lo hice porque la amo —respondió Liu, sintiendo que le ardía todo por dentro y dolía a la vez.

—Lo sé. No cualquiera hubiera hecho lo que tú hiciste por Nía. Envidio a mi hermana.

Aquella confesión desconcertó a Liu, ya que no se esperaba escuchar algo así.

—Ella encontró a alguien que la quiere de verdad —dijo Cadence, mirándola a los ojos, mientras Aixa escuchaba sentada en el sofá de la estancia—. Ella creía que nunca iba a encontrar el amor y ahora ama y es correspondida.

—Y todo gracias a ti —habló Aixa desde donde estaba. Cadence la volteó a ver y la expiloto le dedicó una sonrisa perversa.

—¡Aixa! —la reprendió Liu, y el haber alzado la voz le provocó dolor.

—Está bien, es verdad —repuso Cadence—. Y me alegra que el mal que te hice se haya vuelto algo bueno. Creo que tú y Nía se complementan perfectamente.

—En eso tienes razón —dijo Aixa.

Liu pasó cuatro días en el hospital y, antes de irse, la llevaron en silla de ruedas a ver a Nía. Ambas estaban desesperadas por verse, y a Nía se le llenaron los ojos de lágrimas al verla; les permitieron un momento a solas. Minutos más tarde, Aixa la llevó a casa en compañía de Cadence, que se ofreció a ayudarla. Entre las dos, la condujeron con cuidado al interior y la

sentaron en un sillón reclinable que Aixa había comprado especialmente para su amiga, ya que sabía que no iba a querer estar de nuevo encerrada en una habitación.

—Gracias por ayudarnos —le dijo Liu a Cadence una vez que se acomodó en el sillón.

—No me agradezcas.

Mientras continuaban acomodando cosas de Liu, el timbre de la casa de Aixa sonó, y la dueña se dirigió a abrir, sabiendo quién se encontraría detrás de esa puerta. Eir se encontraba impecablemente vestida, como siempre, y llevaba en sus manos una canasta de frutas.

—¿Me estabas espiando? —le preguntó Aixa en broma.

—Algo así —le siguió el juego Eir.

—Pasa. ¿Y las niñas?

—Las dejé con la señora que me ayuda; no me pareció correcto traerlas. Solo he venido brevemente a ver a tu amiga.

Cuando Eir llegó a la sala, se quedó de piedra al encontrarse con Cadence, que le estaba dando un vaso de agua a Liu.

—¡Eir! —exclamó Cadence al verla.

—Hola, Cadence.

—¿Se conocen? —preguntó Aixa.

—Ella es mi ex —dijo Eir.

—El mundo sí que es un pañuelo —manifestó Aixa.

—¿Son amigas? —le preguntó Eir a Aixa.

—No, en realidad es cuñada de Liu y, curiosamente, la que provocó que su matrimonio terminara. Pero la cosa no fue tan mala; Liu encontró su alma gemela.

—¡Dios mío, Aixa! —manifestó Liu al ver que Cadence se ponía tan roja como un tomate.

—Eso sí que es de locos —expresó Eir, mirando a su ex.

—Creo que es mejor que me vaya —anunció Cadence, despidiéndose de Liu—. Luego volveré a darme una vuelta.

—Gracias —le dijo Liu.

—Hasta luego —fue lo que dijo Cadence antes de retirarse.

Tras su salida, la estancia se quedó en silencio. Eir continuaba con la canasta de frutas en las manos, y Aixa levantaba las cejas cómicamente, mientras Liu intentaba contener la risa, a pesar del dolor que padecía por el movimiento de su estómago.

—Deja de hacer eso —le pidió Liu.

—Para, ¿no ves que le duele? —la reprendió Eir.

—¿Con que esa es tu ex? ¿Te gustan las pelirrojas? —inquirió, mientras se miraba el cabello.

Ahora fue el turno de Liu de mirarlas con curiosidad. Aixa no le había dicho nada sobre un romance con Eir; solo le había hablado de que eran amigas, pero al parecer habían dado un paso más allá.

—No, simplemente me gustan las mujeres en general.

—¿Yo te gusto?

—Sabes que sí.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—Esperaba que me lo dijeras tú primero, pero simplemente no lo dices.

Liu observaba con gran fascinación la escena que se llevaba a cabo delante de ella, como si se hubieran olvidado de que estaba allí.

—Antes quería estar segura —admitió Aixa.

—Bueno, ya lo sabes.

Eir dejó de lado la conversación que había mantenido con Aixa y esta vez se dirigió a Liu. Le dio un beso en la mejilla y le dijo que le alegraba mucho volver a verla, que Aixa le había hablado mucho de ella. Aunque a Eir le hubiera encantado seguir conversando con Liu, debía volver a casa para cuidar a las niñas.

—Para la próxima vez que vengas, trae a las niñas —le dijo Liu.

—Lo haré, pero hoy no me pareció correcto.

Capítulo 19

Nía permaneció diez días en el hospital, pero afortunadamente todo estaba bien. Al momento de recibir el alta, su cuerpo estaba aceptando el riñón y todos estaban felices.

Como ninguna de las dos podía visitarse, Liu y Nía se comunicaban a través de videollamadas todos los días, a cualquier hora. Se preguntaban las más mínimas estupideces y, si no estaban hablando, se enviaban mensajes; Aixa y Eir eran testigos de ello.

Eir y Aixa eran oficialmente novias y, dadas las circunstancias, Eir pasaba la mayoría de las tardes en casa de Aixa, donde Lía y Sofía se entretenían jugando en el patio trasero.

Los días transcurrieron lentamente para Liu y Nía, pero para Eir y Aixa pasaron rápido. El tiempo que pasaban juntas les sabía a poco, ya que Eir quedaba libre por las tardes y Aixa debía compartirla con Lía y Sofía, que la esperaban con la emoción de volver a verla y abrazarla.

Aun así, las semanas pasaron y, apenas Liu pudo andar por sí misma, tomó un taxi que la llevara a donde su corazón hacía mucho necesitaba ir. Al llegar a su destino, sintió que la ansiedad que había experimentado se desvanecía, y una nueva inquietud se apoderaba de ella. Su corazón palpitaba con agitación en su pecho y la felicidad comenzó a extenderse por todo su cuerpo cuando le abrieron la puerta.

Su suegra se sorprendió de verla, pero no lo suficiente; ya la esperaban, porque Nía había estado pidiendo salir de casa en más de una ocasión últimamente, aunque ellos aún no deseaban que se montara a un taxi sola.

Como en otras tantas ocasiones, Liu se dirigió hacia la habitación de Nía y la encontró en su lugar habitual. Estaba escribiendo de espaldas a ella. Liu entró sigilosamente, como un gato; sin embargo, Nía se dio cuenta, ya que, justo en el momento en que Liu entraba, levantó la vista de su laptop y el cristal de la ventana le mostró la figura de la mujer que amaba. Aun así, le siguió el juego y volvió a teclear. Las manos de Liu le cubrieron los ojos.

—Adivina quién soy —dijo Liu, fingiendo un tono de voz.

—Cadence.

—No.

—Mamá.

—No.

—No sé quién puede ser —dijo acariciando las manos de Liu de la manera en que lo hacía cuando estaban a solas, y entonces Liu supo que lo había sabido desde un principio.

—Ahora me doy cuenta de que a la que al final le han tomado el pelo es a mí —expresó Liu, haciendo girar a Nía en su silla para que quedara de frente.

—Me alegro de verte —manifestó Nía con una amplia sonrisa, levantándose para quedar a la altura de Liu.

Se miraron a los ojos y se fundieron en un fuerte y cálido abrazo, en el cual por primera vez pudieron estrujarse con todas las fuerzas permitidas tras su operación y llevadas por la alegría y emoción por verse, rompieron a llorar. Luego, Nía comenzó a llenarle la cara de besos a Liu y esta rió ante tanta muestra de afecto, se dejó hacer mientras sus manos descansaban ahora sobre las caderas de Nía, pero sin dejar que hubiera demasiado espacio entre sus cuerpos.

—Y dejé lo mejor para el final —dijo Nía, sosteniéndole la mirada mientras llevaba sus labios a los de Liu y la besaba con hambre, pero también con esa dulzura que solo ella era capaz de transmitir. Liu se derritió a su lado mientras se besaban, terminando sin aliento.

—Te quiero —declaró Liu una vez más—. Y te eché mucho de menos.

—Yo también te extrañé —respondió Nía, envolviéndola nuevamente en un fuerte abrazo.

Tras los arrumacos, se acomodaron en la cama y comenzaron a contar sus experiencias vividas tras la cirugía, cómo cada una fue atendida y las cosas chistosas que le ocurrieron a Liu en casa de Aixa. También hablaron sobre lo pequeño que solía ser el mundo, debido a la forma en que el destino las había hecho conocerse y cómo, de alguna manera, todas terminaron coincidiendo.

—Entonces, ¿la ex de mi hermana sale con tu amiga ahora?

—Correcto —afirmó Liu.

—Al parecer, todas encontramos pareja y, sin embargo, la que inició todo este enredo ya no está con nadie —declaró Nía.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —se interesó Liu.

—No lo sé muy bien. Cadence no me ha dicho mucho sobre la razón de su separación, pero seguramente fue algo que no le empezó a gustar de Ebba. ¿Crees que Ebba se haya buscado otra amante? —preguntó Nía, tanto para sí misma como para Liu.

—No lo sé.

Liu conocía a Ebba y sabía lo lengua suelta que podía ser; seguramente habría dicho cosas ofensivas, burlándose de Nía, y eso no le habría gustado a Cadence, que claramente quería a su hermana. Ojalá hubiera tenido un hermano que la hubiese querido de esa forma, pero, desgraciadamente, los tres que tenía vieron su partida de la familia como algo positivo, como si ella tuviese la peste negra.

—Cierra los ojos —le pidió Nía a Liu—. Pero ciérralos bien.

Liu lo hizo obedientemente y escuchó cómo Nía se movía un poco sobre la cama. Abrió un cajón cercano y poco después lo volvió a cerrar, acomodándose nuevamente en la cama.

—Ábrelos —le ordenó.

Al hacerlo, Liu se encontró con una cajita entre las manos delgadas de Nía; en su interior había una bonita argolla de compromiso. Los ojos de Liu viajaron del rostro sonriente de Nía al anillo.

—No puedes echarte atrás; dijiste que te casarías conmigo —dijo Nía.

—Y lo haré.

Nía ensanchó su sonrisa. Aunque había dicho eso, en el fondo temía que Liu se arrepintiera de lo que había aceptado meses atrás. Pero ahora era real, tan real como la forma en que le colocó el anillo en el dedo corazón. Una vez que lo terminó de poner, sellaron el momento con un beso en los labios.

—¿Cuándo lo compraste? No me digas que saliste de casa a escondidas de tus padres.

—No, le pedí a Cadence que lo comprara por mí, y ella accedió a hacerlo una tarde. Le di mucho trabajo, porque debía enviarme fotos de todos los anillos y en algunos lugares tuvo problemas.

—Cadence es una buena hermana. Te quiere mucho.

—Y yo a ella.

Nía vio cierta tristeza en los ojos de Liu, pero sabía que no era por ella, sino por el tema de los hermanos y la familia.

—Me hubiera encantado tener un hermano incondicional —confesó Liu—. Pero todos parecían tener las mismas ideas que mis padres.

—Lo siento mucho. Pero ahora yo seré tu incondicional, y estoy segura de que puedes contar con Cadence. Aunque sé que seguramente no la ves como yo, ella no es mala.

—No odio a tu hermana —le aclaró Liu, mirándola a los ojos—. Más bien, le estoy agradecida por haber hecho que mi matrimonio terminara, lo que me permitió conocerte a ti.

—¿Aunque fuera alguien con problemas de salud?

—Por supuesto, pero ahora tendrás una mejor calidad de vida.

Nía sonrió y se acurrucó junto a Liu. No hacía falta decir nada más; las palabras ya estaban dichas.

∞∞∞

Eir y Aixa eran oficialmente novias, y Aixa se comprometió a que, si en algún momento ellas cortaban, no dejaría de visitar a Lía ni a Sofía, porque se había encariñado con ellas, y las niñas también la querían. Eir no pasaba esto por alto.

Eir también descubrió que Aixa tenía más paciencia que ella con sus sobrinas; solía jugar más tiempo con ellas, lo que le dejaba a Eir tiempo libre para pensar, leer algún libro sobre cardiología o simplemente tomar una siesta. Esto comenzó a suceder en el momento en que Liu volvió a su casa y Aixa se quedó sin nadie a quien cuidar y sin muchas cosas que hacer.

Aixa comenzó a pasar más tiempo en casa con Eir y las niñas, ya que ahora era ella quien las recogía de la escuela, las llevaba a casa y les preparaba el almuerzo. Después, les enseñaba a pintar. Aunque con Lía eso no siempre resultaba tan artístico, ella se entretenía manchándose las manos con pintura y dejando sus huellas en el lienzo que tenía delante.

Mientras Aixa y Eir construían su relación paso a paso, cada una con sus respectivas desconfianzas por lo vivido, pero con ganas de que fuera más, Liu y Nía se encontraban organizando su boda. Ahora habían pasado tres meses desde el trasplante de riñón, y Nía se sentía mejor que nunca. Aunque debía cuidarse, no era lo mismo que cuando estaba en diálisis;

ahora podía hacer cosas que antes no podía, como darse un abrazo apretado con Liu o meterse a nadar en una piscina. Antes era impensable, pero ahora podía hacerlo e incluso deseaba ir pronto a su luna de miel nuevamente en Holbox, esta vez con un traje de baño para meterse al mar con Liu.

∞∞∞

El día tan esperado para Nía y Liu llegó. En la celebración, solo fueron convocados aquellos más cercanos, formando un círculo de apenas treinta personas. Liu no tenía familia que invitar, solo a sus amigas, y Nía contaba solo con sus familiares, razón por la cual había pocos invitados.

La boda se llevó a cabo en casa de Liu, ya que contaba con más espacio para la ocasión y ambas deseaban quedarse en casa una vez que la celebración terminara.

Nía estaba nerviosa. Cadence y su madre la habían ayudado a vestirse, maquillarla y peinarla. Nunca se había puesto un vestido tan entallado como el que llevaba, y la felicidad de no verse en ropa holgada la hizo llorar de alegría al darse cuenta de que la vida que había conocido hasta hacía poco había cambiado completamente gracias a Liu.

—¿Por qué lloras? —le preguntó su madre.

—Porque nunca pensé que volvería a ponerme algo ajustado, ni que recibiría un riñón.

Su madre la abrazó, y Cadence se unió al abrazo. También le conmovía lo de Nía; en el fondo, todos habían tenido miedo de perderla demasiado joven, pero ahora, ahí estaba, a punto de casarse y hacer su vida al lado de una mujer que la amaba.

Mientras tanto, Liu se encontraba siendo ayudada por Aixa. No es que realmente necesitara ayuda, pero sí necesitaba la presencia de su amiga para no sentirse sola en un momento así, donde solo la tenía a ella como la persona más cercana en su vida. No obstante, Liu se veía pensativa.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Aixa al notar que Liu se quedaba en silencio.

—Nada —mintió.

—Mientes con todos tus dientes —le dijo Aixa—. Dilo, sabes que puedes confiar en mí. Y si no hablas conmigo, ¿con quién vas a hacerlo?

Liu la miró con esos ojos que ahora lucían apesadumbrados.

—¿Y si ocurre lo mismo con Nía? Si al cabo de un tiempo descubre que soy aburrida.

—Ebba es una idiota, tanto que Cadence la mandó al garete —manifestó Aixa, acercándose a Liu para tomarla de las manos y hacer que la mirara a los ojos—. Nía no es como Ebba; ella te ama tanto como tú a ella. ¿O es que ya no te quieres casar?

—Yo… —Liu agachó la cabeza.

—¡Dios, Liu! ¡No puedes salir con esto ahora! —se escandalizó Aixa—. Vas a desilusionar a Nía. Diste tu palabra, y las damas como tú cumplen con su palabra, ¿o es que ya no la quieres?

—No solo la quiero, la amo y me da miedo —declaró, mirándola a los ojos—. Y si lo nuestro no funciona, estoy segura de que no podré ser fuerte como antes, Aixa. Sé que no es bueno aferrarse a una persona, pero…

—Te entiendo, Liu. Pero el que no arriesga no gana, y estoy segura de que con Nía estás en el lugar correcto. Ella te ama; se le nota en la mirada.

—Te creeré —dijo Liu—. Porque cuando me casé con Ebba, no parecías muy contenta por mí.

—No, no lo estaba. Pero ahora sí.

—Entonces te creo, y gracias por estar conmigo y por tus palabras —y la abrazó fuerte.

El reloj marcó las tres y Liu ya se encontraba esperando a Nía junto a la mesa ceremonial, donde el juez aguardaba la llegada de la otra novia. Nía apareció acompañada de su padre, quien la llevaba del brazo para luego entregarla a Liu.

—Sé que la quieres, pero no está de más repetirte que la cuides —le dijo el padre de Nía a Liu.

—Lo haré —respondió Liu sonriendo, mientras el miedo que había sentido hacía unos minutos se esfumaba al ver a Nía en su sencillo vestido blanco y esos ojos verdes mirándola con ilusión y amor. Amor era exactamente lo que sus ojos reflejaban, y a Liu se le formó un nudo en la garganta.

Dieron el “sí” y no hubo nadie que se opusiera al matrimonio. Terminada la ceremonia, vinieron las felicitaciones y dio inicio el convivio. Aunque no hubo demasiadas bebidas alcohólicas, todos disfrutaron de la fiesta. Nía bailó todo lo que no había podido hacer en años, hasta que Liu le pidió que parara. Ambas estaban empapadas en sudor y Liu se apresuró a hacer que su esposa se hidratara. Sabía que ahora gozaba de buena salud, pero que aun así debía cuidarse, que ambas debían hacerlo.

Cuando la fiesta terminó y tras haber limpiado todo con ayuda de los padres de Nía, Cadence, Aixa y Eir, la casa estaba ahora silenciosa, con ellas dos en la cocina bebiendo agua en el mismo vaso.

—¿Una ducha? —propuso Liu.

—Por supuesto —aceptó, tomando la mano de su ahora esposa y arrastrándola hacia la habitación de abajo. Sin embargo, Liu se detuvo.

—¿Qué pasa? —inquirió Nía, confundida.

—Ahí no. Arriba.

—Pero…

—Ven —dijo Liu, arrastrando a Nía de la mano hacia las escaleras y deteniéndose en la puerta de la habitación principal, aquella que había compartido con Ebba—. Esta es nuestra habitación.

Liu abrió la puerta y Nía se sorprendió al ver la habitación, ya que de inmediato notó el romanticismo. Se dio cuenta de que Liu había puesto especial cuidado en los detalles de sus novelas y, sobre todo, en su propia habitación en casa de sus padres. Lo que más llamó la

atención a Nía fue la cama con dosel y las velas aromáticas, que llenaban la estancia con un aroma a vainilla y rosas.

—Cambié la cama e hice algunos cambios. ¿Te gusta? —preguntó Liu al ver que Nía no respondía.

—Me encanta.

Epílogo

Aixa y Eir llevaban un mes viviendo juntas y las niñas lo estaban tomando bien, sobre todo Sofía, que era la que más sabía de las cosas. Ella lo estaba llevando bien, pero se atrevió a hacer una advertencia a Aixa.

—Yo te quiero mucho —le dijo Sofía a Aixa una tarde mientras pintaba bajo la tutela de la expiloto—. Pero no hagas llorar a mi tía; me enojaré contigo y ya no te voy a querer.

Al terminar de decir esto, Sofía levantó la vista y miró a Aixa, que la contempló conteniendo la risa y adoptó una expresión seria. Eir, sentada en un sofá leyendo, se mordió los labios para no soltar la risa ante lo que decía su sobrina, pero continuó haciendo como si leía, ahora atenta a lo que sucedía.

—Te prometo que no haré llorar a tu tía —dijo Aixa, levantando su mano derecha y sosteniéndole la mirada a Sofía.

—También prométeme que no nos dejarás.

Aquello fue doloroso de oír para ambas mujeres, que conocían la pérdida de seres queridos, pero, sobre todo, les dolió que Sofía temiera a la pérdida nuevamente. Aixa se conmovió tanto que una lágrima escapó de sus ojos y, sin dudar, se acercó a Sofía para abrazarla.

—Te prometo que no las dejaré —aseguró, dejándole un beso en la frente.

Por la noche, Aixa y Eir, una vez a solas en su habitación, tumbadas en la cama y mirándose de frente, hablaron sobre lo que había pasado esa tarde con Sofía. Sin saberlo, la niña las había puesto en una situación difícil, porque, aunque se amaban y su relación estaba bien hasta el momento, no sabían qué pasaría en un año o dos.

—Ambas estamos de acuerdo en no querer casarnos —habló Eir—. Pero…

—Estoy dispuesta a hacer que lo nuestro funcione —declaró Aixa, algo que a Eir le costaba decir. Ya se había dado cuenta de que eso le resultaba difícil, pero a Aixa no le costaba expresar—. Ya no soy tan joven ni tan sana, y me conviene tener como pareja, amante y compañera de vida a una cardióloga —esto fue medio en broma, medio en serio—. Pero te amo y amo a Lía y a Sofía. Son mi familia, junto con Liu; solo las tengo a ustedes.

—Y yo a ellas y a ti —dijo Eir, acercándose a Aixa para rodearla con un brazo y entrelazando su pierna con la de ella—. También te amo, aunque no sea precisamente muy expresiva con las palabras.

—Tus acciones hablan y me bastan; son suficientes para mí.

∞∞∞

Liu y Nía, habían regresado de sus vacaciones bastante bronceadas y felices, porque habían podido hacer casi de todo, sobre todo hacer el amor por las noches y a su regreso a casa

también.

Nía había ganado un poco más de peso, y Liu disfrutaba de esos kilos ganados, ya que sus manos se llenaban con cada parte del cuerpo de Nía. No es que antes no le gustara; le gustaba, pero ahora se veía mucho mejor, más llena de vida, y eso se reflejaba en lo que escribía. Liu era la primera persona en leer lo que salía de la cabeza de Nía. Esto solo quería decir que ambas habían sabido encajar perfectamente sus ocupaciones: Liu trabajaba fuera de casa y Nía tenía todas esas horas para crear.

Mientras tanto, Cadence no perdonó a Ebba. Aunque esta seguía insistiendo cada vez que la veía en el gimnasio y, como no desistía, Cadence tuvo que dejar de ir allí y buscar uno nuevo. Por el momento, no quería saber nada del amor.